

010651
2



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

*THE LINKS IN THE CHAIN:
IMAGENES DE LA MUJER EN LA LITERATURA
DEL SIGLO XVIII EN INGLATERRA*

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

MAESTRA EN LETRAS INGLESAS

P R E S E N T A :

ARGENTINA FELICIA RODRIGUEZ ALVAREZ



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

CIUDAD DE MEXICO



2003

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SERVICIOS ESCOLARES



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A

mis padres

Tania y Karla

Colin White y Sergio Fernández

Raquel Serur y Bolívar Echeverría, Anamari Gomís y Salvador de Lara, Marina Fe y Sergio Zermeño, Eva Cruz y José Juan Dávila, Flora Botton y Dean Kistler, Charlotte Broad y Nick Gibson, Roberto Escudero, Ma. de la Luz Olmos y Enrique Esquivel, Laura Ochoa, Claudia Lucotti, Nair Anaya, Hernán Lara Zavala, Laura López Morales, Luz Aurora Pimentel, Marisa Belausteguigoitia, Carmen Arriola, Olga Correa y Marta Sánchez

Fedo, Jean, Giselle, Jean Paul Peschard y Ana Luisa Alvarez

TESIS CON
FALLA DE REVISIÓN

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo I	
Notas preliminares a una crítica de la escritura femenina del siglo XVIII	11
Capítulo II	
<i>The brinks of all we hate</i> : imágenes de la mujer en la sátira	47
Capítulo III	
<i>We live not the Life of a Rational Creature but only of an Animal</i> : educación y racionalidad de la mujer	71
Consideraciones finales	102
Notas	111
Bibliografía	127

TESIS CON
FALLA DE CEMENTO

INTRODUCCIÓN

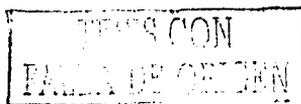
Al comenzar esta investigación tenía el propósito de estudiar los orígenes de la novela en Inglaterra en relación con las primeras novelistas inglesas, dando como un hecho, tal como lo afirman algunos críticos, que con Jane Austen y la publicación de su novela *Sense and Sensibility* en 1811, se inicia el periodo de la novela escrita por mujeres. El punto de partida de mi investigación sería, entonces, el inicio del siglo XIX en Inglaterra. En ese momento desconocía que una larga tradición femenina había nacido a finales del siglo XVII. Y es así que mi propósito inicial tomó otro rumbo: el de tratar de establecer una cadena de escritoras olvidadas por el canon literario, *the links in the chain*, término empleado por la crítica feminista norteamericana Elaine Showalter.

Esta investigación toma sus bases de la ginocrítica —categoría analítica sustentada por Elaine Showalter en su teoría literaria feminista— e intenta brindar una reconstrucción social, política y cultural de la experiencia de la mujer en el periodo que abarca el final del siglo XVII y el siglo XVIII. Asimismo, alude a imágenes y estereotipos que el hombre creó para la mujer y que ella internalizó. En especial, intenta establecer un continuum de la escritura femenina que escritoras como Aphra Behn, Mary Astell, Mary Robinson, Eliza Haywood, Catherine Macaulay Graham, Priscilla Wakefield, Mary Hays, Hannah More, Susannah Centlivre y Mary Wollstonecraft, entre otras, ayudaron a construir. Para ello, no podemos perder de vista un hecho importante: el que la crítica masculina se ocupe de algunas escritoras que juzga importantes y pasa por alto a otras que constituyen los eslabones de la cadena que une a una generación con otra. Uno de los temas centrales de esta investigación, reitero, reside en el estudio de las imágenes de la mujer y la situación de la escritora. Considero, como afirma Virginia Woolf, que resulta decisivo para la literatura el momento en que la mujer comienza a incursionar en el campo literario y a recibir dinero por su trabajo.

Un propósito central de esta investigación es querer brindar a la mujer un papel más activo en los cambios culturales del dieciocho. Esto último no tiene el único afán de querer exaltar a la mujer y su producción literaria porque tal actitud podría restarle importancia a su obra y volverla aun más invisible. No debemos olvidar que en el periodo que se estudia, escribir y publicar constituía para la mujer un acto transgresor pero, a la vez, liberador. Considero que un estudio sobre un periodo de la historia literaria que ellas ayudaron a construir, debe prestar especial atención a la posición sumamente ambigua de ser mujer y escritora. Acercarnos a lo escrito por ellas nos proporciona la oportunidad de realizar nuevas lecturas desde una perspectiva diferente.

Me propongo, en primera instancia, brindar un estudio introductorio a la escritura femenina de finales del siglo XVII y del siglo XVIII, para después abordar las imágenes de la mujer en el periodo de la Restauración y el siglo XVIII, para finalizar con el debatido e importante tema de mujer y educación. Aproximamos a estos aspectos conlleva, necesariamente, a una vertiente que influyó de manera notable: la doble moral o *double-standard* que juzga a la mujer y al hombre con criterios diferentes. Dado el enfoque de esta investigación, se tratará de hallar respuesta a algunas preguntas que se plantean en relación con la mujer y la escritura, lo cual nos remitirá al surgimiento de la novela en el siglo XVIII en Inglaterra y al papel de la mujer en el desarrollo de este género. Es por esto que nos centraremos en escritoras olvidadas o ignoradas por la crítica. Considero que sin la participación de ellas, así como de tantas otras, la novela inglesa no hubiera alcanzado tan altos niveles de auge y popularidad. Las escritoras que aquí se estudian constituyen unos cuantos eslabones de una cadena de escritura femenina que influyó enormemente en el surgimiento de una tradición.

Hace años, al iniciar la investigación que culminaría con esta tesis, algunas voces me aconsejaron no seguir avanzando en esta dirección. Que hacer hincapié en escribir la "historia de nadie" sólo derivaría en un lamento más por la injusta ausencia de la mujer en el canon de la literatura inglesa de la Restauración y del siglo XVIII. Sin embargo, este es un punto que deseo aclarar. Estas escritoras, estas "nadie", a las que me acerco en este trabajo, no son mujeres que vivieron en el silencio o en el anonimato. De hecho, si se insiste en nombrarlas "nadie", considerémoslas entonces como "nadies literarias". Durante el periodo



que se estudia, ellas tuvieron una identidad como autoras, adquirieron reputaciones literarias, publicaron libros y ganaron dinero por su trabajo. Ellas señalaron el camino que culminó en el ejercicio de la autoría en nuestros tiempos, e indicaron así a un gran número de escritoras los pasos a seguir en el crepúsculo del siglo XVIII.

Pero la palabra "nadie" no estaba en mi mente cuando comencé este estudio. Hay que recordar que entre finales del siglo XVII y principios del XVIII nació el término *female authorship*, el cual coincidió con el surgimiento de un mercado literario. Hay que recordar también que muchas escritoras hicieron gala de su femineidad para obtener mejores ganancias económicas, estableciendo, de manera imperceptible, lazos cercanos entre género y profesión. A pesar de las críticas que sufrieron por incursionar en el ámbito público del mercado literario y recibir una percepción económica por su trabajo —tareas que no pertenecían al ámbito de lo privado y de lo "femenino"— ellas, de manera ingeniosa, a la vez que implacable, feminizaron la profesión de escribir. Y, lejos de crear variaciones de poca monta a partir de modelos masculinos, pusieron de relieve aspectos inéditos de lo que constituía ser "autora". De esta manera, comenzaron a brindar nuevas formas de relacionar los términos "mujer" y "autora".

En la realización de este trabajo, quise llegar a saber cómo las escritoras lograron integrar el concepto de mujer en una persona autorial; cómo vincularon su discurso con el discurso del mercado literario, y cómo el concepto de autora fue sufriendo alteraciones durante el proceso. Es por eso que elegí a escritoras como Aphra Behn, Mary Astell, Mary Robinson, Eliza Haywood, Catherine Macaulay Graham, Priscilla Wakefield, Mary Hays, Hannah More, Susannah Centlivre y Mary Wollstonecraft, para ilustrar diversas etapas de este proceso de autoría en el mercado literario. Todas estas escritoras publicaron y fueron conocidas durante su vida; su popularidad brindó a sus carreras un cierto estatus y a sus vidas alguna estabilidad económica. Pero también el hecho de ser mujeres derivó en contradicciones que varios críticos consideraban implícitas en el concepto de "autora".

Es durante este periodo que nace en la conciencia del público lector una nueva categoría de discurso: la ficción. Si pensamos en el inicio del siglo XVIII, las narraciones ofrecían uno de dos aspectos: narrar la verdad o la mentira; y ésta era una convención compartida tanto por autores como por lectores. Numerosos escritos anteriores al siglo XVIII

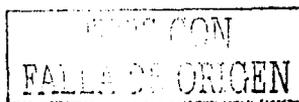
son de naturaleza ficticia: romances, fábulas, alegorías, poemas narrativos, en suma, escritos que no expresan una verdad, pero que tampoco tienen la intención de engañar. En la primera mitad del siglo XVIII todas estas diversas formas eran clasificadas de acuerdo con su intención (como serían las fábulas morales,) o por su forma (como sería la épica). La categoría discursiva que ahora denominamos ficción constituía, entonces, un espacio de expresión abierto y novedoso.

El término “realismo formal”, empleado por Ian Watt en su estudio *The Rise of the Novel*, no denota una manera más de ocultar o disfrazar lo ficticio sino que constituye el signo formal de la obra de ficción del siglo XVIII. Lectores y lectoras se identificaron con los personajes de las novelas y aprendieron a leer de otra manera, a establecer nuevos códigos y formas afectivas con la lectura. Y es así que la ficción crea nuevas versiones y revisiones de la novela, lo cual resultó atrayente para muchas escritoras que se integraron a la inauguración de este mercado literario.

Considero, como ya lo he mencionado, que los orígenes de la novela en Inglaterra se pueden trazar desde finales del siglo XVII. La novela surge, de manera coincidente, con nuevas pautas sociales y económicas, con nuevos mitos sobre la sexualidad, el amor y el matrimonio. El inicio de la economía capitalista, la vida urbana, la división del trabajo, la relación de la familia con la propiedad, la vida urbana —en resumen, el aparato económico y social que define a la época moderna— redefine las funciones económicas y sociales de hombres y mujeres. También es el momento en que Inglaterra inicia su rumbo hacia el comercio y la mujer necesita establecer una relación diferente con el trabajo. O, en palabras de Ruth Perry en *Women, Letters, and the Novel*, cuando recrea la situación de la mujer en la Edad Media:

Women did productive labor in medieval society. [...] Women were barbers, tailors, tylers, joiners, carpenters, furriers, saddlers, spurriers. F.W. Tickner points out that our language carries the record of these occupations of women. The suffix *ster* indicated a female worker. Thus because there are Websters today, we know that women did weaving. Baxters were professional bakers. Brewsters were brewers, and Spinsters were spinners.¹

Ya para el siglo XVIII esta situación ha cambiado de manera radical. La mujer ya no tiene a su alcance aquellos trabajos que le brindaban independencia económica. Pensemos tan sólo



en *Moll Flanders* de Daniel Defoe, donde la protagonista es una mujer sin recursos económicos ni protección familiar quien descubre que mientras sea joven y bella tiene sólo un recurso: el matrimonio, ocupación *sine qua non* para la mujer.

El mercado para la novela así como para periódicos, revistas y folletines crece de una manera nunca antes conocida. Pero las novelistas tienen que enfrentarse a críticas severas —y a menudo crueles—. Este es el caso de Eliza Haywood (c.1667-1756), una novelista de gran popularidad que sufrió los ataques de Alexander Pope en "The Dunciad". Debemos reconocer que varios escritores también fueron blanco de los ataques de Pope, pero su saña hacia Haywood adquiere otras dimensiones. Pope hace uso del estereotipo de la escritora —la *scribbler*— para dar cauce a su ira a través del cuerpo femenino, al que considera de una sexualidad repugnante:

"The Dunciad" Book II²

As from the blanket high in air he flies,
And oh! (he cry'd) what street, what lane but knows,
Our purgings, pumpings, blankettings, and blows?
In ev'ry loom our labours shall be seen,
And the fresh vomit run for ever green!
See in the circle next, Eliza plac'd,
Two babes of love close clinging to her waist;
Fair as before her works she stands confess'd,
In flow'rs and pearls by bounteous Kirkall dress'd.
The Goddess then: 'Who best can send on high
The salient spout, far-streaming to the sky;
His be yon Juno of majestic size,
With cow-like udders, and with ox-like eyes.
This China Jordan let the chief o'ercome
Replenish, not ingloriously, at home.'

A Haywood y a muchas otras escritoras se les consideró *hacks* o *scribblers*; y es así que ante el temor al desprecio y al ridículo no se atrevieron a publicar —y con razón—. Baste recordar las palabras de Anne Finch, Countess of Winchilsea:

Did I my lines intend for public view
How many censures would their faults pursue³

Y aunque el número de escritoras aumentó a pesar de las críticas, una reacción implacable señaló la incapacidad de escribir de la mujer. Es así que en 1702 un autor anónimo, Chagrin

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

the Critick, en "A Comparison Between the Two Stages", propone el siguiente argumento: la palabra "escritora" constituye en sí un error gramatical, anulando de un plumazo el valor y la credibilidad de la obra literaria femenina:

I hate these Petticoat-Authors; 'tis false Grammar, there's no Feminine for the *Latin* word, 'tis entirely of the Masculine Gender, and the Language won't bear such a thing as a She-Author.⁴

Pero es también en el siglo XVIII que el interés por la mujer crece y, en especial, por su subjetividad. Sin embargo, este interés no conduce necesariamente a una visión feminista, aunque con cierta frecuencia se hace hincapié en la diferencia y experiencias individuales de la mujer. Gran parte de lo escrito en el siglo XVIII sobre la mujer conlleva un doble mensaje, sobre todo, cuando se abordan temas como la naturaleza femenina y la educación. Se brindan relatos detallados de la vida de la mujer y se intenta evitar cualquier conflicto entre el deseo de la mujer como individuo y las normas sociales y morales. Este interés del dieciocho por la mujer crea en ella una mayor conciencia de los límites impuestos a su vida, y es por esto que en sus respuestas encontramos con frecuencia un tono de resignada aceptación. Sin embargo, también existen voces de protesta. Las mujeres del dieciocho expresan a través de una visión sutil y compleja las dificultades y tribulaciones de sus vidas; con inteligencia, cuidado y seriedad abordan el tema de la mujer —y esto resulta una condición necesaria para la evolución del feminismo—.

Hemos señalado que en el siglo XVIII se escribe sobre y para la mujer, que aumenta el número de obras escritas y publicadas por mujeres, y que las lectoras constituyen un factor sumamente importante para el mercado editorial. Asimismo, que durante este siglo surgen ideas y teorías acerca de la mujer que sólo demuestran una gran inconsistencia. La mujer es el blanco de sátiras misóginas o es motivo de elogio cuando sus sentimientos y conducta se asemejan a los que de ella espera el hombre. Las obligaciones y la educación de la mujer constituyen los temas de libros de conducta, y en obras de ficción se intenta brindar ejemplos que expresen esta intención. Y es así que el éxito editorial de la escritora se encuentra siempre constreñido por la doble moral, y ser aceptada depende, en gran medida, de su femineidad. Ella debe ceder ante las ideas y opiniones que definen "lo

femenino” y rechazar a cualquier precursora cuya femineidad no responda a la norma establecida.

Hemos aludido a la recepción que lo escrito por la mujer tuvo en el siglo XVIII —unas veces el rechazo; otras, la tolerancia— así como a las condiciones que debía aceptar para lograr reconocimiento en el mundo eminentemente masculino de la escritura. Hemos también mencionado que a medida que el siglo XVIII siguió su curso, las cualidades consideradas “femeninas” —tales como la delicadeza y el decoro— adquirieron una mayor importancia para la sociedad burguesa. A la escritora se le adjudicó el papel de representar estos valores, y su aceptación dependió de la obediencia y del cumplimiento de normas morales y sociales. Una vida casta equivalía a una escritura moral, base absolutamente necesaria para establecer una buena reputación, y, por consiguiente, asegurar el éxito. Es por esto que escritoras como Aphra Behn (1640-1689), Delarivière Manley (c.1667-1724) y Eliza Haywood (c. 1693-1756) —conocidas por sus contemporáneos como *The fair triumvirate of wits*— fueron consideradas, años más tarde, corruptas y depravadas porque sus escritos no expresaban una clara intención moral. Lo anterior ilustra la doble moral del dieciocho. Después de 1730 el gusto de lectores y lectoras cambia, y ya no existe el interés por novelas de escándalo y seducción. A la escritora se le juzga a través de una clara analogía entre el cuerpo femenino y la escritura. Veamos como ejemplo de esta actitud una carta que Samuel Richardson escribe a Sarah Chapon en 1751:

Mrs. Pilkington, Constantia Phillips, Lady V-...what a Set of Wretches, wishing to perpetuate their Infamy, have we,- to make the Behn's, the Manley's, and the Heywood's [sic], look white. From the same injured, disgraced, profane Sex, let us be favoured with the Antidote to these Womens Poison!³

Escribir plantea una incompatibilidad, al parecer, irreconciliable: la imagen pública de la escritora y la privada de la mujer. También, la dificultad de lograr el equilibrio apropiado entre la imagen de la mujer que, por su naturaleza, pertenece a la esfera de lo privado y la de la autora que transgrede su naturaleza femenina por el hecho de publicar. Cualquier error o descuido en este delicado equilibrio entre lo privado y lo público, provoca la incomprensión de lectores y lectoras que podrían juzgar este acto como una falta de propiedad y decoro —claro está, de parte de las escritoras—. Toda obra carente de una clara intención moral, que se desvía de la imagen tradicional de la mujer, se convierte en el

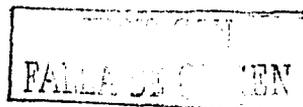
objeto de severas críticas y, en ocasiones, de escarnio. Debemos recordar que durante el siglo XVIII el arte necesita una justificación, es decir, debe entrañar una clara intención moral, social o política. El hombre, se afirma, posee un sentimiento de la moralidad; un rechazo natural por la maldad y una satisfacción ante el bien. El sentimentalismo moral marca, en gran medida, la corriente británica del pensamiento de la segunda mitad del siglo XVIII, pero se debe también considerar que la existencia de un sentido moral no implica que los principios éticos sean universales y absolutos y que deban ser educados por la razón.

La literatura del siglo XVIII tiene una utilidad social que se expresa a través de un propósito moral. Se elogia el recato y el decoro y, por tanto, lo "femenino" y lo "literario" se redefinen de acuerdo con estos términos. El vínculo entre las virtudes femeninas y las literarias cobra fuerza en la segunda mitad del dieciocho durante el periodo que la crítica denomina *The Age of Sentimentality*. Durante este periodo la moral y el sentimiento se consolidan como las características esenciales de la femineidad. La escritura sentimental resulta, entonces, "femenina", en el sentido de poseer el sentimiento y la delicadeza de expresión tradicionalmente asociadas con las mujeres y que, a grandes rasgos, constituye el sello distintivo de la escritura sentimental. Se elogian las virtudes femeninas pero se interpretan —y juzgan— de manera diferente en hombres y mujeres:

When Steele contended that modesty was as important in a man as in a woman, he was careful to qualify this by distinguishing between modesty in men, 'a right judgement for what is proper for them to attempt', and the modesty of a woman, 'a certain agreeable fear in all she enters upon'.⁶

Las palabras de Steele expresan claramente este juicio de la doble moral. Lo escrito por la mujer no es producto de la razón y, por tanto, debe someterse al juicio de la moral.

El sentimentalismo contribuyó, por otra parte, a consolidar la imagen de la debilidad como un atributo femenino. Es así que se llegó a pensar a finales del siglo XVIII que lo escrito por la mujer debía poseer delicadeza y sensibilidad mas no la fortaleza de la razón. Tales atributos configuraron, de acuerdo con Jane Spencer en *The Rise of the Woman Novelist*, la imagen de la femineidad, y es así que la debilidad se constituye como un matiz esencial de la escritura femenina:



Sentimental attitudes led to a glorification of weakness, not just in ideal heroes and heroines but in real women, whose beauty according to Edmund Burke, 'is considerably owing to their weakness or delicacy, and is even enhanced by their timidity, a quality of mind analogous to it'.⁷

La crítica del dieciocho dictó reglas tajantes a partir de la diferencia, y estableció una división jerárquica entre lo escrito por mujeres y hombres. Esta división no surgió del análisis crítico sino de la diferencia sexual. Se estima a la escritora por sus observaciones de salón, su énfasis en las costumbres y en los detalles, por su atención a los asuntos del corazón. Al escritor se le reconoce por su fuerza, la magnitud y diversidad de sus temas, su énfasis en la moral, en resumen, por todo aquello relacionado con la razón. Es así que los términos *woman's novels* y *romance* se emplean indistintamente para definir lo escrito por la mujer. Resulta difícil saber si la condición de inferioridad de la mujer se trasladó al romance o si el desprecio hacia el romance se trasladó a la mujer. Si una obra era considerada como romance, esto la descalificaba de inmediato, lo cual puede explicar que lo escrito por la mujer padeciera la misma suerte.

Afirmar que todas las escritoras del dieciocho escribieron con maestría artística resulta tan absurdo como afirmar que sólo escribieron con mala prosa sobre temas vulgares. Hubo escritoras buenas y malas, y aunque resulte simplista igualar la buena escritura con un grupo reducido de lectores, y la mala escritura con un público masivo, resulta un hecho que el aumento de lectores —y lectoras— interesados en la novela abrió el mercado literario a la mujer. Las mujeres tomaron la pluma y aceptaron el reto.

La atracción que ejerció la novela es a la vez compleja y contradictoria. La novelista logró expresar sus miedos y su ira, así como también sus deseos y esperanzas. Aquella que inventaba un mundo romántico e idealizado parecía pisar el terreno falso de la evasión, aunque también creaba la visión futura de un mundo mejor —y esto forma parte esencial del pensamiento feminista—. En la novela, la mujer se revela como una persona muy diferente de aquella concebida por las ideologías populares. La heroína no es un ser sumiso ni desanimado. Las novelistas aprendieron a disfrazar a sus personajes —y a ellas mismas— para explorar el mundo interior femenino.

La mujer contribuyó de manera importante al desarrollo de la novela en Inglaterra. De cierta manera, su escritura fue una extensión lógica del papel asignado a la mujer. A ella

se le permitía escribir cartas —y si consideramos que las primeras novelas fueron epistolares— la relación entre la mujer y la novela resulta más fácil de comprender. A la mujer le fue negado el derecho a la educación, se le excluyó del ámbito público, pero se le permitió el “capricho” de escribir cartas. Esta ocupación resultó un medio excelente de expresión, además de promover nuevas formas de establecer relaciones. Resultó muy astuto de parte de la mujer del dieciocho transformar una ocupación privada en una actividad profesional y pública. A través de este “capricho” literario, la mujer logró una voz y ayudó a crear una nueva forma literaria.

Claro está que una de las razones del éxito de la escritora reside en el hecho de que sus libros daban respuesta a las necesidades de sus lectoras. Las mujeres —excluidas de muchas actividades políticas, sociales y económicas y sin saber qué hacer para brindar sentido a su tiempo y a sus vidas— hallaron en las obras escritas por mujeres una nueva dimensión. La novela les permitió entrar a un nuevo mundo de ideas; les brindó nuevas pautas para la reflexión y constituyó un medio sumamente importante para dar a conocer —y compartir— la experiencia femenina. Las novelas escritas por mujeres (*women's novels*) brindaron, en cierta medida, educación a las mujeres, y proyectaron una transgresión sutil y velada. Es por esto que no nos extraña que esta nueva literatura recibiera la crítica y la desaprobación masculina.

La escritora del dieciocho abrazó una profesión que, por su propia naturaleza, la situó en el ámbito público y, por tanto, en el blanco de las críticas. Ella resultó una figura conspicua que desafiaba el ideal femenino. Cuando la mujer era sumisa y obediente, sus críticos se mostraban corteses; cuando asumía una actitud de desafío, las críticas podían adquirir un matiz abiertamente insultante. Los efectos de la doble moral no son fáciles de precisar. Debido a que las novelas escritas por mujeres se consideraban autobiográficas, muchas escritoras intentaron proteger su vida privada asumiendo una posición de autocensura, para lograr prevenir los ataques en su contra. Muchas otras, como veremos, asumieron la posición contraria y combatieron abiertamente esta doble moral.

CAPÍTULO I. Notas preliminares a una crítica de la escritura femenina del siglo XVIII

For very little is known about women. The history of England is the history of the male line, not of the female. Of our fathers we know always some fact, some distinction. They were soldiers or they were sailors; they filled that office or they made that law. But of our mothers, our grandmothers, our great-grandmothers, what remains? Nothing but a tradition. One was beautiful; one was red-haired; one was kissed by a Queen. We know nothing of them except their names and the dates of their marriages and the number of children they bore.

Virginia Woolf, "Women and Fiction"

En el año de 1811 se inicia, según la tradición crítica inglesa, el periodo de la novela escrita por mujeres. Es la publicación de *Sense and Sensibility* de Jane Austen el momento que marca la historia de la literatura como el hecho definitivo para la génesis de la novela femenina. Sin embargo, no podemos ignorar que más de ciento cincuenta años de producción femenina —obras de teatro, poesía, ensayos sobre conducta, educación, moral, filosofía, derechos de la mujer— rica en géneros y temáticas distintas, van a allanar el camino a la Jane Austen novelista. De ahí mi interés en estudiar a las escritoras poco conocidas, silenciadas, olvidadas por la crítica tradicional; como si Austen apareciera como por generación espontánea, al margen de tantas otras escritoras que posibilitaron su "sentido" y su "sensibilidad". El propósito de esta tesis es centrarse en los eslabones de la cadena de la escritura femenina que contribuyeron a desarrollar una tradición. Resulta así indispensable para una correcta comprensión del fenómeno histórico que comienza con Jane Austen, conocer la producción literaria de sus antecesoras, su visión del mundo y la significación de sus textos. Por lo mismo, nos atrevemos a afirmar que estudiar la novela inglesa, implica remontarse hasta finales del siglo XVII.

Este estudio propone abordar temas como: las imágenes de la mujer en el periodo de la Restauración y el siglo XVIII; el discurso de la Ilustración como un discurso que, a pesar de su pretensión universal, establece un doble discurso: el del hombre sobre el hombre y del hombre sobre la mujer; así como el *double-standard* o doble moral que juzga a la escritora

con criterios distintos a los que se aplica al escritor. Poner en perspectiva estos temas puede ayudar a responder algunas preguntas sobre la mujer y su relación con la novela. Un estudio sobre la mujer y la escritura nos remite necesariamente al surgimiento de la novela (*the rise of the novel* como lo define el crítico inglés Ian Watt) y al papel de la mujer en el desarrollo de este nuevo género. Esta investigación se centra específicamente en las escritoras olvidadas y deliberadamente ignoradas por la crítica. Por lo tanto, no se intenta soslayar por qué la tradición literaria canónica se equivoca al borrar de un plumazo la voz de todo un conjunto de mujeres que posibilitaron a una Jane Austen y con ella el surgimiento de la novela, que podemos trazar a partir de finales del siglo XVII hasta 1811. Asimismo, se pretende mostrar que sin la influencia de muchas otras escritoras, la novela inglesa, especialmente aquella escrita por mujeres, no hubiera alcanzado el auge y la popularidad que adquirió. Entre ellas, podemos mencionar a Aphra Behn, Mary Astell, Mary Robinson, Eliza Haywood, Catherine Macaulay Graham, Priscilla Wakefield, Mary Hays, Hannah More, Susannah Centlivre y Mary Wollstonecraft.

La crítica feminista norteamericana, Elaine Showalter, en su ensayo "Toward a Feminist Poetics" plantea la necesidad de establecer una crítica feminista basada en la reconstrucción social, política y cultural de la experiencia de la mujer. Divide a la crítica feminista en dos grandes grupos. El primero, *woman as reader*, aborda el estudio de la mujer como lectora de una literatura escrita por hombres; ésta se basa en imágenes y estereotipos femeninos, en la interpretación de la mujer por la crítica masculina. Esta aproximación, por lo tanto, omite a un gran número de escritoras en la historia de la literatura. Al segundo grupo lo nombra *woman as writer*, es decir, "woman as the producer of textual meaning, with the history, themes, genres, and structures of literature by women."² Los temas de este análisis planteados por Showalter abarcan "the psychodynamics of female creativity, linguistics and the problem of a female language; the trajectory of the individual or collective female literary career; literary history; and, of course, studies of particular writers and works. No term exists in English for such a specialized discourse, and so I have adapted the French term *la gynocritique*: 'gynocritics'."³

Esta investigación toma la ginocrítica como base y utiliza las categorías analíticas de Elaine Showalter para intentar hacer una reconstrucción social, política y cultural de la experiencia de la mujer a finales del siglo XVII y, especialmente, durante la segunda mitad del siglo XVIII. Es por eso que se pretende reconstruir un continuum de escritura femenina que abarca el periodo antes mencionado. Para lograrlo se ponen de manifiesto las imágenes y estereotipos femeninos elaborados por el hombre e internalizados por la mujer. La crítica masculina sólo se ocupa de algunas escritoras a las que juzga importantes, olvidando a otras que constituyen los eslabones de la cadena que une a una generación con otra. Éstas son las escritoras olvidadas, silenciadas, a quienes se les niega un lugar en un buen número de libros y antologías.

Si comenzamos a pensar en el periodo de la Restauración, vemos que las escritoras que se dedicaron a la literatura como profesión fueron objeto de burla y desprecio. Para estudiar a la escritora profesional de los siglos XVII y XVIII, la que escribe para ganar dinero, se deben considerar ciertos aspectos de ese periodo en el que la literatura se convierte en un producto de consumo que depende del mercado. Estos aspectos a estudiar son las relaciones entre mujer y sociedad; entre mujer y comercio; entre mujer y convenciones de la época. Las interrogantes inmediatas se podrían formular de la siguiente manera: ¿Por qué la mujer se convierte en escritora profesional? ¿Cómo organiza su vida familiar para dedicarse a escribir? ¿Cuál fue su imagen como escritora profesional? ¿Qué acogida tuvo su obra? ¿Cuáles fueron las críticas? ¿Cómo se concebían a sí mismas? ¿Qué relación tenían con otras escritoras y escritores, y con sus lectoras y lectores? ¿De qué manera esta profesión afectó sus vidas? Al estudiar la tradición femenina de dichos siglos hallamos que en lo escrito por las mujeres se subvierten las imágenes tradicionales, se crean relatos secretamente subversivos, superficies decorosas en las que irrumpe el desco de igualdad, de libertad, de individualidad, relatos en los que cobra vida el lenguaje del silencio que se rehúsa a ser acallado, que vuelve focal lo marginal. La característica de esta escritura es que se desarrolla dentro del discurso masculino dominante a través de actos de revisión, apropiación y subversión. A este respecto Dale Spender en *Mothers of the Novel* señala:

By the time of the Restoration when more and more women were earning their living by the pen, the distinction between the prostitute and the woman writer was so blurred as to be almost non-existent and it is possible that the opprobrium associated with both is more

closely connected to the *selling* and the *money making* than it is to any particular commodity they were trying to sell.⁴

Es así que en la segunda mitad del siglo XVIII muchas escritoras se interesan por cuestiones éticas. Entrelazadas en sus narraciones hallamos sus planteamientos sobre moral, conducta, educación; sobre el individuo y su relación con la sociedad. Estas escritoras nos brindan opiniones y perspectivas diferentes sobre las experiencias y la historia de la mujer. Desde una perspectiva actual, ser escritora en el siglo XVIII resulta en sí una contradicción. La mujer, quien carecía de derechos y, por tanto, de una existencia legal y moral como individuo, se expresa en el acto de escribir; su palabra se dirige a un público lector y a través de este acto logra afirmar su individualidad. Escribir equivale a ser, a crear y, por tanto, a existir. Escribir significa construir una visión de mundo. Esta afirmación constituye una transgresión que la escritora disfraza y, veladamente, a través de las conductas que la sociedad considera apropiadas, cobra identidad. Al elegir la profesión de las letras debieron inventar estrategias para defenderse de los ataques de una sociedad que las tachaba de transgresoras o las condenaba al ridículo. Esto puede explicar por qué muchas de ellas se disculpaban, en los prólogos y dedicatorias de sus obras, por la audacia, atrevimiento y presunción de escribir. El ejemplo de Charlotte Lennox es ilustrativo de esta actitud. En el prefacio a su novela *The Female Quixote* escribe:

The Dread which a Writer feels of the public Censure; the still greater Dread of Neglect; and the eager Wish for Support and Protection [...] are unknown to those who have never adventured into the World [...] 'Tis therefore, not unlikely, that the design of this Address may be mistaken, and the Effects of my Fear imputed to my Vanity.⁵

La falta de una educación formal es una realidad dolorosa que muchas mujeres comparten en el dieciocho. La educación, uno de los temas más debatidos en ese siglo, constituye uno de los medios para conservar la ideología imperante. Existen argumentos a favor de los derechos de la mujer a la educación y, desde la óptica de una política sexual, se plantea una cuestión muy importante que hasta el día de hoy continúa vigente: el tema de la diferencia. Varias escritoras critican los ensayos sobre conducta femenina y cuestionan la imagen de la femineidad creada por el hombre. En sus escritos rechazan la hipotética inferioridad e incapacidad de la mujer que se considera "natural" a causa de la diferencia sexual. Mary

Astell (1666-1731) escritora conservadora y religiosa que defiende la educación de la mujer escribe en "A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of their True and Greatest Interest" (1696):

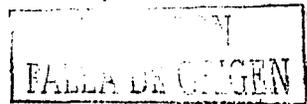
Altho' it has been said by Men of more Wit and Wisdom, and perhaps of more malice than either, that Women are naturally incapable of acting Prudently, or that they are necessarily determined to folly, I must by no means grant it; that Hypothesis would render my endeavours impertinent, for then it would be in vain to advise the one, or endeavour the Reformation of the other. Besides, there are Examples in all Ages, which sufficiently confute the Ignorance and Malice of this Assertion.

The Incapacity, if there be any, is acquired, not natural; [...] Some disadvantages indeed they labour under, and what these are we shall see by and by and endeavour to surmount; but Women do not take up with mean things, since (if they are not wanting to themselves) they are capable of the best. Neither God nor Nature have excluded them from being Ornaments to their Families and useful in their Generation; [...] The Cause therefore of the defects we labour under is, if not wholly, yet at least in the first place, to be ascribed to the mistakes of our Education, which like an Error in the first Concoction, spreads ill Influence through all our Lives.⁶

Casi todas estas novelistas y escritoras son, en cierta medida, autodidactas. Claro está que las más afortunadas pertenecen a familias acomodadas que cuentan con bibliotecas y disponen de tiempo libre para leer, traducir y estudiar. Aun así, muchas mujeres de clase privilegiada temen ser consideradas ilustradas (por lo tanto pedantes y, sobre todo, vanidosas) y abandonan cualquier empresa relacionada con lo literario, en especial si tiene que ver con la publicación de sus obras. Otras escritoras que provienen de clases sociales bajas (como Ann Yearsley, *The Bristol Milkwoman*, poeta, novelista y dramaturga) aceptan publicar sus obras con la intención de obtener algún ingreso económico.⁷

Lo anterior nos lleva a explorar el problema de la doble moral, y el caso de Ann Yearsley puede servir de ejemplo. Cuando se descubrió que una de sus novelas había sido escrita por *A Farmer's Daughter in Gloucestershire*,⁸ sus críticos la acusaron de perder el tiempo escribiendo obras de ficción en vez de dedicarlo a empresas más meritorias, como el trabajo doméstico: "When a farmer's daughter sits down to *read* a novel, she certainly mispends her time, because she may employ it in such a manner as to be of real service to her family: when she sits down to *write* one, her friends can have no hope of her".⁹

Muchas mujeres dependían del dinero que obtenían de sus publicaciones. Un buen número de autoras del siglo XVIII, y algunas del XVII, escribieron para mantener



económicamente a sus familias. Los escritores monopolizaban el mercado literario y no veían con buenos ojos que las mujeres, carentes de una educación formal, publicaran y, además, con éxito. A finales del siglo XVIII las obras escritas por mujeres tuvieron tal auge que algunos autores emplearon pseudónimos femeninos para poder publicar sus obras.¹⁰ Sin embargo, Elaine Showalter afirma, que alrededor del año 1840 esta costumbre toma otros rumbos y son las mujeres las que deben ocultarse bajo pseudónimos masculinos para poder publicar.

Existen varios estudios acerca del momento en que la mujer se integra al mercado literario. J.M.S. Tompkins, en *The Popular Novel in England 1770-1800*, afirma que la mayoría de las novelas epistolares del dieciocho tuvieron la autoría de mujeres; asimismo Dorothy Blakey, en *The Minerva Press 1790-1820*, señala que esta imprenta publicó más novelas escritas por mujeres que por hombres;¹¹ Ian Watt en *The Rise of the Novel* sostiene que la mayoría de las novelas del dieciocho fueron escritas por mujeres:

[Jane Austen's novels] reflect the process whereby, as we have seen, women were playing an increasingly important part in the literary scene. The majority of eighteenth century novels were actually written by women, but this had long remained a purely quantitative assertion of dominance; it was Jane Austen who completed the work that Fanny Burney had begun, and challenged masculine prerogative in a much more important matter. Her example suggests that the feminine sensibility was in some ways better equipped to reveal the intricacies of personal relationships would be difficult and lengthy to detail; one of the main ones is probably that suggested by John Stuart Mill's statement that 'all the education that women receive from society inculcates in them the feeling that the individuals connected with them are the only ones to whom they owe any duty'.¹²

Por su parte, Myra Reynolds en *The Learned Lady in England 1650-1760* señala: "men were able to imitate, and even to usurp, female experience".¹³ En *A Literature of their Own* Elaine Showalter afirma que Oliver Goldsmith abrigaba la sospecha que un buen número de escritores publicaron con pseudónimos femeninos novelas sentimentales, libros sobre el cuidado de los niños, partería, economía doméstica y cocina.¹⁴ Dale Spender, en *Mothers of the Novel*,¹⁵ nos habla de aquellas novelistas que dieron a conocer las experiencias de la mujer, ocupando así un lugar destacado en la tradición literaria de fines de los siglos XVII y XVIII. Afirma también que resulta muy sospechoso que toda una tradición femenina de la novela desapareciera en favor de cinco autores: Daniel Defoe, Henry Fielding, Samuel Richardson, Tobias Smollett y Laurence Sterne. O en palabras de Ellen Moers: "almost

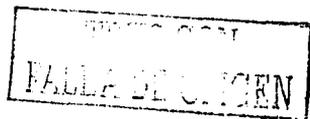
uninterruptedly since the Interregnum, a small group of women have enjoyed dazzling literary prestige during their own lifetimes, only to vanish without trace from the records of posterity".¹⁶

La novela constituye una extensión lógica del papel de la mujer en la sociedad de esos siglos, como lo asevera Ellen Moers. Una de las principales formas de expresión de la femineidad se realiza a través de cartas. Resulta, por tanto, interesante pensar que ésta fuera una de las causas principales que dieron origen a la novela epistolar. A la mujer se le niega educación y participación en el mundo público, pero se le permite escribir cartas, y este resulta un medio apropiado para la expresión de sus ideas y sentimientos. Es entonces que la mujer halla la oportunidad de transformar una ocupación privada en una actividad pública y profesional; de participar en la creación de una nueva forma literaria y de adquirir una voz. Es por esto que no resulta sorprendente la participación activa de la mujer en el origen y desarrollo de la novela.

Una razón del éxito de la novelista y la escritora del dieciocho es que sus obras satisfacen las necesidades de las lectoras. Muchas mujeres, excluidas de actividades sociales, políticas y económicas, reconocen que lo escrito por otras mujeres brinda sentido a su existencia. Estas obras les abren las puertas a un mundo de ideas y constituyen un medio para establecer relación con otras experiencias vistas desde una óptica femenina.¹⁷

Sin embargo, el camino hacia el reconocimiento y, en algunos casos, el éxito estuvo sembrado de obstáculos. Antonia Fraser, en su libro *The Weaker Vessel: Woman's Lot in Seventeenth Century England* habla de la desigualdad de la mujer en el siglo XVII a partir de las grandes diferencias sociales y económicas que las mantenían aisladas y divididas. Aquello que las homologaba, afirma Fraser, eran las restricciones impuestas por las leyes y las costumbres sociales:

The denial of so many legal rights, of any form of independence, the lack of mobility, education and property, the insistence on the weaker nature of women along with the liabilities of child bearing and of being the disposable property of men, was the lot of all women in the seventeenth century and hardly conducive to literary aspirations let alone literary success.¹⁸



Fraser señala también que hallar una tradición literaria femenina en el siglo XVII no es tarea fácil; la mujer que decide escribir lo hace de manera anónima u ocultándose con un pseudónimo.

Pero la mayor limitante para estas escritoras es, sin duda, la doble moral (*double-standard*) con la que se juzga a la mujer. Lo que una mujer escribe resulta, a los ojos de la sociedad, autobiográfico. Así que una dama siempre está en riesgo de quedar expuesta al ridículo o al rechazo por manifestar su intimidad al público. Una escritora, según las buenas costumbres, no debe ambicionar la fama, pues este deseo va en contra de la visión idealizada de la virtud femenina, específicamente, la modestia y el recato. Publicar es un acto de rebeldía que puede traer como consecuencia la hostilidad y el ridículo. Para ilustrar más claramente lo anterior, recordemos a muchas mujeres que tuvieron el atrevimiento de publicar sus obras, y con éxito, se les llamó despectivamente *scribbling women*. De acuerdo con Antonia Fraser en *The Weaker Vessel: Woman's Lot in the Seventeenth Century England*, las imágenes del 'ideal femenino' creadas por el hombre pudieron originarse en temores masculinos, por ejemplo, que la mujer encontrara nuevas alternativas más satisfactorias que el matrimonio y la maternidad. El yugo de este ideal femenino ejerce una influencia determinante en la vida de la mujer y la coloca frente a una paradoja que surge de la doble moral. Las mujeres luchan con denuedo para no ser consideradas intelectuales (en otras palabras, y adoptando una visión dieciochesca: vanidosas, atrevidas y pedantes). Y, sin embargo, son el objeto de la crítica y del ridículo por seguir conductas impropias para una dama. A este respecto señala Antonia Fraser:

For women, fame was certainly not something that was sought as it was far more closely associated with *infamous* than *famous*. To acquire a reputation these days may be for both sexes a plus in literary terms, but in the seventeenth and eighteenth centuries -and even into the nineteenth century according to Harriet Martineau in her *Autobiography* (1877)- for a woman to have any sort of a reputation was for her to have a bad name and to be beyond the pale. To seek public attention -which was precisely what the *publication* of a book entailed- was for a woman to lay herself open to every charge of indecency.¹⁹

Lo anterior quizás explique la actitud un tanto incómoda que las primeras novelistas tuvieron hacia su profesión. Muchas recurren al estereotipo de la mujer desvalida para ganarse la protección de escritores, críticos y editores. Esta actitud prevalece hasta el siglo XIX, cuando muchas mujeres prefieren ocultar su identidad y publican de manera anónima o

con pseudónimos masculinos. Este es el caso de Mary Brunton, autora de la novela *Emelina*, quien en 1810 relata sus razones para permanecer en el anonimato:

I would rather, as you well know, glide through the world unknown, than have (I will not call it *enjoy*) fame, however brilliant, to be pointed at, -to be noticed and commented upon -to be suspected of literary airs- to be shunned, as literary women are, by the more unpretending of my own sex; and abhorred as literary women are, by the pretending of the other! -my dear, I would sooner exhibit as a rope-dance!²⁰

Resulta difícil estudiar la tradición literaria femenina de los siglos XVII y XVIII sin referirnos a la situación política, económica y social de la mujer, y en especial al tema de la educación, por ser ésta decisivamente diferente a la del hombre. Un aspecto social y económico que influye de manera determinante en la desigualdad entre los géneros reside en las leyes que prohíben a la mujer poseer propiedades. Esta situación no sufre modificaciones sino hasta la aprobación de la "Married Women's Property Act" (1875), casi al término del periodo victoriano. Antes de dicha aprobación, la personalidad legal de la mujer quedaba al "amparo" de la *common law* que decretaba una unión indisoluble, tanto social como económica, de la esposa con el esposo. Como consecuencia de ello, las propiedades de la mujer se consideraban parte del patrimonio que establecía el contrato matrimonial:

The professional and social emancipation of women went forward on the lines advocated by Mill's *Subjection of Women* (1869); women's colleges were founded at Oxford and Cambridge and women's secondary schools were much improved; the Married Women's Property Act released the wife, if she had money of her own, from economic bondage to her husband: the 'equality of sexes' began to be advocated in theory, and found its way increasingly into the practice of all classes.²¹

En el Siglo de las Luces el contrato matrimonial planteaba, de acuerdo con George Duby y Michelle Perrot en *Historia de las mujeres en Occidente*, la contradicción del discurso ilustrado:

el matrimonio se concibe como un contrato voluntario, pero, en realidad, descansa sobre un contrato de *sumisión*. El siglo que rechaza que un hombre contraiga un contrato para someterse, que denuncia toda teoría que fundamenta la esclavitud en una voluntad, admite, sin embargo, la existencia de un contrato de servidumbre entre la mujer y su señor.²²

TRUJILLO CON
VALLE DE ORIGEN

La emancipación de la mujer a través del voto no se logró en algunos países sino hasta finales del siglo XIX y, en la mayoría, a principios del XX —Nueva Zelanda (1893); Australia (1902); Finlandia (1906); Noruega (1913); Unión Soviética (1917); Gran Bretaña (1918); Estados Unidos (1920); México (1953)—. Este hecho trascendental tuvo importantes repercusiones en las leyes civiles y en la propiedad marital.

Pero en el siglo XVIII se excluye a la mujer de participar en transacciones relacionadas con bienes y propiedades. Estas actividades forman parte de un mundo masculino muy alejado del ámbito de la mujer. Ruth Perry, en *Women, Letters and the Novel*, señala que esta situación no siempre fue así; en la Edad Media las mujeres disfrutaron de una posición económica y social mucho más ventajosa:

Although women could not serve as judges, or juries, or in government councils, a widow could obtain some degree of power, for she usually received a third part of her husband's estate, and in 1215 King John promised such widows a measure of freedom from royal authority: they were no longer forced to remarry according to the king's wishes. [...] No medieval husband could dispose of his wife's property without her free consent. Nor was a woman's inheritance treated like a dowry; each could manage her own inherited holdings as would a single woman, obligated only to feudal lords. If a husband mismanaged his wife's property or deprived her of her due proceeds from it, she had legal means to protect herself. Women had separate legal rights from her husbands' to make petitions and testify in court: man and wife were not legally considered "one". [...] The wives of middle-class English farmers were responsible for looking after their husbands' stock, making butter and cheese, helping in the fields, and producing cloth for the family from the wool of their own sheep. From the evidence of manorial court records, it is also clear that many widows independently farmed the holdings of their deceased husbands and engaged in litigation on their own behalf. Moreover, country women brewed and sold ale at a profit, while bourgeois and working-class women in towns and cities earned considerable sums of money from two other major home industries -textiles (spinning and weaving) and food production (brewing and baking); wives and so-called *femme soles* (widows and unmarried women) also sometimes worked as leather sellers, wool merchants, shopkeepers, chandlers, shoemakers, bookbinders and goldsmiths. [...] In the early Middle Ages, women were often active members of craft guilds, but as the era progressed, female workers were less frequently admitted as full members of these organizations.²³

Reiteramos que un debate crucial en el llamado Siglo de las Luces fue el de la mujer y la educación. En el siglo XVIII, la influencia del filósofo John Locke (1632-1704) tuvo una importancia decisiva; sobre él escribe Voltaire:

Cuando tantos razonadores habían hecho la novela del alma, ha venido un sabio, que modestamente ha hecho su historia. Locke ha esclarecido al hombre la razón humana, como un excelente anatomista explica los resortes del cuerpo humano.²⁴

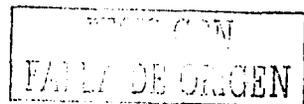
Locke expone su teoría sobre la adquisición del conocimiento en *An Essay Concerning Human Understanding* (1690), y sus ideas sobre educación en *Some Thoughts Concerning Education* (1693). En ellos propone, a grandes rasgos, que todo lo que tenemos en el pensamiento constituye un reflejo de aquello que hemos visto u oído, por lo tanto, nuestra conciencia es una *tabula rasa* en la cual se inscribe aquello que nuestros sentidos llegan a aprehender. La conciencia no es una receptora pasiva, afirma, ya que ordena y elabora todas las sensaciones. Locke aboga además por la libertad de pensamiento, la tolerancia y la igualdad entre los sexos.

En *The Eighteenth Century Feminist Mind*, Alice Browne señala que Locke en un comentario acerca del Génesis 3:16, afirma que la sumisión y la subordinación de la esposa hacia el marido tiene su origen en un contrato matrimonial que puede variar de acuerdo con las circunstancias sociales e, incluso, llegar a abolirse:

In a comment on Genesis 3.16, Locke pointed out that not all men work by the sweat of their brow, and suggested that the wife's subordination was a matter of contract, which could be varied in different social circumstances. [...] Locke does not say a great deal about women, but what he says does not rule out the possibility of extending citizens' rights to women. He argues that women and men should receive similar educations.²⁵

El siglo XVIII se distingue por su deseo de dilucidar el origen del pensamiento. La frase de Alexander Pope: "The proper study of mankind is man",²⁶ expresa el concepto fundamental de una época en la que la razón adquiere un significado y un valor unívoco e invariable. La razón es la misma para todos los sujetos; aun de los mudables principios religiosos, políticos y sociales es posible obtener algo sólido y perdurable: la razón. El siglo XVIII se llama a sí mismo el siglo de la razón y de la filosofía. A este respecto, Ernst Cassirer en *La filosofía de la Ilustración* señala:

El siglo diecisiete consideró como misión propia del conocimiento filosófico la construcción de "sistemas filosóficos". [...] Esto se consigue cuando, mediante el método de la demostración y de la consecuencia rigurosa, se enlazan a la certeza primordial, de manera mediata, otros principios y, por la vía de este encadenamiento, se recorren todos los eslabones de lo cognoscible, sin que pueda destacarse de la totalidad ningún miembro de la cadena. Ni puede explicarse por sí mismo. La única explicación consiste en la



"derivación", en la rigurosa *deducción* sistemática, mediante la cual se le retrotrae al fondo del ser y de la certeza. [...] El siglo dieciocho renunció a este género y a esta forma de deducción, de derivación y fundación sistemáticas. Ya no compite con Descartes, Malebranche, Leibniz y Spinoza por el rigor sistemático y la perfección sistemática. Busca otro concepto de la verdad y de la "filosofía" [...] La Ilustración no recoge el ideal del pasado, sino que lo forma ella misma según el modelo que le ofrece la ciencia natural de su tiempo. Se trata de resolver la cuestión central del *método* de la filosofía, no ya volviendo al *Discurso del método* de Descartes, sino, más bien, a las *regulae philosophandi* de Newton. [...] Porque el camino de Newton no es la deducción, sino el análisis. No comienza colocando determinados principios, determinados conceptos generales para abrirse camino gradualmente, partiendo de ellos, por medio de deducciones abstractas, hasta el conocimiento de lo particular, de lo "fáctico"; su pensamiento se mueve en la dirección opuesta. Los *fenómenos* son lo dado y los *principios* lo inquirido. [...] El verdadero método de la física no podrá consistir jamás en partir de un punto inicial cualquiera, arbitrariamente supuesto, de una "hipótesis", para luego desarrollar por completo las conclusiones implícitas en ella. [...] No podremos pasar de esta equivalencia e indiferencia *lógicas* a la verdad y determinación *físicas* si no buscamos el patrón en otro lugar. Un punto de partida realmente *unívoco* no nos lo pueden proporcionar la abstracción y la "definición" física, sino tan sólo la experiencia y la observación.²⁷

De acuerdo con Ian Watt en *The Rise of the Novel*, el pensamiento político y ético de los empiristas ingleses del siglo XVII se distinguía por su individualismo:

Bacon hoped to make a really new start in social theory by applying his inductive method to an accumulation of factual data about a great number of particular individuals. Hobbes based his political and ethical theory on the fundamentally egocentric psychological constitution of the individual; while in his *Two Treatises of Government* (1690) Locke constructed the class system of political thought based on the indefeasibility of individual rights, as against the more traditional ones of Church, Family or King. That these thinkers should have been the political and psychological vanguard of nascent individualism, as well as the pioneers of its theory and knowledge, suggests how closely linked their reorientations were both in themselves and in relation to the innovations of the novel.²⁸

Estas corrientes del pensamiento se ven reflejadas en la literatura: lo universal y lo ideal se transforman en la visión moderna por lo particular; por todo aquello que los sentidos y el individuo, como ser autónomo, aprehende.

Es en el siglo XVIII cuando la educación inicia un difícil tránsito que la llevará a convertirse en una responsabilidad del Estado. Pero no es hasta 1802 que el Parlamento inglés se pronuncia a favor de la educación en la "Health and Morals of Apprentices Act" que exige a los patrones ofrecer a sus aprendices enseñanza básica en aritmética, lectura y escritura.²⁹ Sin embargo, sostiene el historiador G.M.Trevelyan, los patrones no mostraron mayor interés por la educación, así que esta ley más que una realidad fue tan sólo una

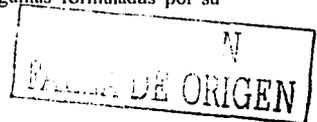
demanda escrita. En el siglo XVIII el camino hacia la educación fue lento y accidentado. Por una parte, el estado se mostró renuente a responsabilizarse por la educación, así que indujo a diversos grupos, religiosos en su mayoría, a fundar agrupaciones educativas dedicadas a la enseñanza de los pobres. De acuerdo con el historiador G.M. Trevelyan, se funda en 1796 la sociedad "For Bettering the Conditions of the Poor", y las escuelas dominicales (*Sunday schools*) promueven una educación primaria básica. La primera escuela de educación primaria se funda en 1780, y para 1785 éstas se agruparán bajo el nombre de "Sunday School Society".³⁰

El Estado inglés, como se mencionó anteriormente, tardó en intervenir y regular las cuestiones educativas. La educación era un asunto de índole privada o filantrópica.³¹ No fue sino hasta 1870, continúa Trevelyan, que el Parlamento aprueba la "Elementary Education Act", base del sistema inglés de educación. La educación media y superior no eran consideradas obligatorias, y sólo escuelas privadas como Eton y Harrow, a las que alumnos provenientes de familias acaudaladas asistían, impartían estos niveles de educación. No es sino hasta la segunda mitad del siglo XIX que se fundan algunas escuelas privadas para mujeres que ofrecen una educación similar a la de los colegios privados para hombres.³²

Considero importante detenernos para apreciar una influencia decisiva en el pensamiento del dieciocho en relación con la educación. Me refiero al *Emilio o de la educación* (1762) de Juan Jacobo Rousseau. Esta obra está integrada por cinco libros, y en los cuatro primeros se diseña una teoría de educación para un joven a cargo de su preceptor, un filósofo ilustrado. En el quinto libro, *Sofía o la mujer*, aparece la compañera destinada a la felicidad de Emilio y educada con ese propósito:

El destino especial de la mujer es agradar al hombre. Si recíprocamente debe agradarle el hombre a ella, es necesidad menos directa: el mérito de un varón consiste en un poder, y sólo por ser fuerte agrada.³³

La diferencia como Rousseau aborda la adquisición del conocimiento de uno y otro sexo resulta sumamente interesante. En el libro tercero, por ejemplo, en el que Sofía se halla ausente, el preceptor ilustrado guía a Emilio a través del conocimiento intuitivo. Sofía, que al parecer no tiene derecho a incursionar en el discurso racional, debe conformarse, como lo ejemplifica el libro quinto, con un catecismo elemental de preguntas formuladas por su



maestra y con respuestas formadas de unas pocas palabras. Este catecismo sólo le enseña a Sofía los rudimentos más elementales de la vida: todo el mundo nace, crece, se reproduce, envejece y muere. A continuación se citará de los libros tercero y quinto para mejor aproximarnos a estas diferencias:

Libro tercero:

Indudablemente se adquieren nociones más claras y seguras de las cosas que aprende uno por sí propio, que las que se saben por enseñanza de otro, y además de que no se acostumbra la razón a sujetarse ciegamente a la autoridad, se torna uno más ingenioso para hallar relaciones, ligar ideas, inventar instrumentos, que cuando, adoptándolo todo como nos lo dan, dejamos que nuestro espíritu caiga en la desidia.³⁴

[...] Nuestro alumno al principio sólo sensaciones tenía, ahora tiene ideas: sólo sentir sabía, y ahora juzga: porque de la comparación de muchas sensaciones sucesivas o simultáneas, y del juicio que uno forma de ellas, resulta una especie de sensación mixta o compleja, que llamo yo idea. El modo de formar las ideas es lo que caracteriza el entendimiento humano. El que sólo forma sus ideas arreglándose a las relaciones reales, es un entendimiento sólido; el que ve las relaciones tales cuales son, un entendimiento justo; el que las valúa mal, un entendimiento torcido; el que se fraga imaginarias relaciones que no tienen realidad ni apariencia, es un loco; el que no compara, un simple. La mayor o menor aptitud para comparar ideas y hallar relaciones, es lo que constituye en los hombres más o menos entendimiento.³⁵

Libro quinto:

[...] De este apremio habitual resulta una cualidad que necesitan las mujeres toda su vida, supuesto que nunca cesan de estar sujetas o a un hombre o los juicios de los hombres, y que nunca les es permitido hacerse superiores a estos juicios. La prenda primera y más importante de una mujer es la blandura: destinada a obedecer a tan imperfecta criatura como es el hombre [...] desde muy temprano debe aprender a padecer hasta la injusticia, y aguantar sin quejarse, los agravios de un marido; debe ser blanda no por él, sino por ella.³⁶

[...] La educación de las muchachas es diametralmente opuesta a la razón. [...] Dad sin escrúpulo educación de mujeres a las mujeres; haced que se aficionen a las tareas de su sexo, que sean modestas, que sepan cuidar y gobernar su casa.³⁷

[...] Por lo mismo que la conducta de la mujer está sujeta a la opinión pública, su creencia lo está también a la autoridad. Toda doncella debe ser de la religión de su madre, y toda casada de la de su marido.³⁸

[...] Lo que mejor sabe Sofía, y lo que con más esmero le han hecho aprender, son las tareas de su sexo, aun aquellas poco usadas, como cortar y coser sus vestidos. No hay una

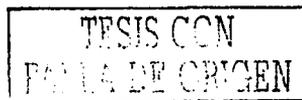
obra de aguja que no sepa hacer bien y con gusto; pero la que prefiere a todas las demás es el punto de encaje, porque no hay otra que ofrezca más agradable postura, y en la que se ejerciten los dedos con más gracia y ligereza.

[...] No es propio de la mujeres la investigación de las verdades abstractas y especulativas, de los principios y axiomas en las ciencias; sus estudios se deben referir todos a la práctica; a ellas toca aplicar los principios hallados por el hombre, y hacer las observaciones que le conducen a sentar principios. Todas las reflexiones de las mujeres, en cuanto no tienen conexión inmediata con sus obligaciones, deben encaminarse al estudio de los hombres o a los conocimientos agradables, cuyo objeto es el gusto; porque las obras de ingenio vasto exceden su capacidad; no tienen la atención ni el criterio suficientes para aprovechar en las ciencias exactas.³⁹

En *Emilio*, Rousseau nos habla como hombre a propósito de la mujer: "Empecemos, por tanto, examinando las diferencias y conformidades de su sexo y el nuestro" dice al comienzo del libro quinto. Y añade: "En todo cuanto al sexo no tiene conexión, la mujer es un hombre: los mismos son sus órganos, las mismas sus necesidades y facultades".⁴⁰

Pero la cuestión no es tan clara como parece; la mujer debe ser lo que es y no pretender ser un hombre: "Por lo tanto, cultivar en las mujeres las dotes del hombre y descuidar las que de ellas son privativas, es afanarse visiblemente en su detrimento".⁴¹ Ésta es la razón por la que no deben cultivarse en la mujer las cualidades del hombre: "el sistema de su educación debe ser contrario al nuestro".⁴² Aquí, en realidad, no estamos en presencia de un discurso femenino sino de un discurso constituido por un sujeto distinto del femenino que se pone en su lugar. Somos testigos de una palabra doblemente masculina, ya que toma la palabra del otro sexo y la hace suya. Resulta entonces evidente que el discurso dominante que representa a la mujer se origina en una construcción masculina de la naturaleza femenina. El argumento de Rousseau es claro: la mujer se diferencia del hombre por la constitución de su cuerpo. Pero esta idea suscita una pregunta esencial a la que muchas escritoras del dieciocho trataron de dar respuesta: ¿la condición intelectual, moral, social y política de la mujer se basa en esta diferencia biológica o guarda relación con la educación que recibe?

De acuerdo con Rousseau, la desigualdad y la inferioridad de la mujer tienen sus raíces en la diferencia sexual y se extienden a su ser entero, en particular, a sus facultades intelectuales:



Una vez demostrado que ni en cuanto al carácter ni al temperamento están ni deben estar constituidos del mismo modo en el hombre y la mujer, se infiere que no se les debe dar la misma educación. Siguiendo las instrucciones de la Naturaleza, deben obrar acordes, pero no deben hacer las mismas cosas.⁴³

Estas palabras traen como consecuencia un planteamiento de gran importancia en los debates del siglo XVIII: ¿posee la mujer la capacidad de razonar? Rousseau considera a la mujer como un ser subordinado a la pasión, a las emociones, incapaz de conceptualizar. La mujer, afirma, no está desprovista totalmente de razón, pero esta facultad es en ella más simple que en el hombre y sólo debe cultivarse en relación con sus deberes naturales (obedecer al marido, serle fiel, cuidar el hogar, los hijos). En otras palabras, la mujer debe permanecer en el mundo cerrado de la domesticidad por ser éste el legado de la naturaleza. La única ciencia que debe conocer tiene sus bases en el sentimiento, y el objeto de sus sentimientos y emociones debe centrarse en los hombres que la rodean, en su esposo principalmente.

El mundo, señala Rousseau, es el libro que la mujer debe leer; es su responsabilidad realizar una lectura intuitiva de ese mundo. Por consiguiente, ella no necesita de otras lecturas. La incapacidad de la mujer para razonar se expresa, según él, en su imposibilidad para comprender las razones y conceptos necesarios para elegir una religión. Por esta razón, la hija debe tener la religión de su madre y la esposa la de su marido. Rousseau arriba a la siguiente conclusión: el espíritu femenino carece de una facultad conceptual; la razón, en la mujer, no es una razón teórica. Una afirmación tan rotunda y contundente sobre la naturaleza de la mujer emana de una pluma masculina, la de Rousseau, y muestra más claramente la personalidad rousseauiana que la naturaleza femenina. Rousseau eleva a conceptos filosóficos aquello que es común al pensamiento masculino de la época.

Si continuamos con esta línea de pensamiento, la sexualidad femenina se debe someter a juicio. Una vez que Rousseau destaca la belleza de la mujer, su encanto, el irresistible atractivo que ejerce sobre el hombre, insiste, claro está, en la debilidad y coquetería del sexo femenino, y nos advierte:

Yo he notado que las repulsas por melindre y las provocaciones son comunes en casi todas las hembras, hasta en los animales, y aun cuando más dispuestas estén a rendirse: es necesario no haber nunca observado sus maulerías para no convenir en esto.⁴⁴

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Las inconveniencias de ser mujer se traducen también en una servidumbre fisiológica que la persigue implacablemente hasta que finaliza su etapa de fecundidad:

No hay paridad alguna entre ambos sexos en cuanto a lo que es consecuencia del sexo. El varón sólo en ciertos instantes lo es, la hembra es toda su vida hembra, o al menos toda su juventud: todo la llama a su sexo.⁴⁵

El sexo es, ante todo, lo que legitima por naturaleza la inferioridad femenina, pues en la mujer lo que prevalece es el sexo. En el acto sexual, de acuerdo con Rousseau, el hombre es activo y fuerte, mientras que la mujer es pasiva y débil. El hombre debe poder y querer, mientras que la mujer se contenta con resistir un poco. Para el hombre, agrega, la necesidad sexual no es una necesidad física, por lo tanto, el sexo no define la naturaleza del hombre pero sí, de manera paradójica, la naturaleza femenina:

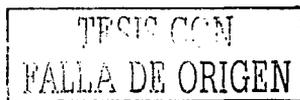
La tercera consecuencia de la constitución de los sexos es que el más fuerte sea en la apariencia el árbitro, y en la realidad dependa del más débil; y no así por un frívolo estilo de galanteo, sino por una invariable ley de la Naturaleza, que dando más frivolidad a la mujer para que excite deseos que al hombre para que los satisfaga, hace a éste dependiente, mal de su agrado, de la buena voluntad de aquélla.⁴⁶

En la sexualidad de la mujer, afirma, la naturaleza se permite desbordamientos. El sexo llamado débil tiene deseos ilimitados, una actividad devoradora que, en determinados climas, se desborda amenazante:

Con la facilidad que tienen las mujeres para inflamar los sentidos de los hombres, y avivar en el interior de sus corazones las chispas de un temperamento casi apagado, si hubiese un malhadado clima en la Tierra donde la filosofía hubiera introducido esta práctica, con especialidad en los países cálidos, donde nacen más mujeres que hombres, tiranizados éstos por aquéllas, al cabo fueran sus víctimas, y todos se vieran arrastrados a la muerte sin poderse defender.⁴⁷

También la violencia, según Rousseau, caracteriza la relación sexual. Si bien el hombre desempeña el papel activo ante el consentimiento femenino, en realidad la mujer no deja de provocarlo. La coquetería es un elemento devastador y el hombre vive bajo su amenaza constante.

Sin embargo, Rousseau nos brinda una solución. La naturaleza provee los medios para controlar los excesos de la naturaleza femenina; estos son: la vergüenza, el recato y el pudor:



[...] si da al hombre desmedidas inclinaciones, le da juntamente la ley que las regula, para que sea libre y mande en sí propio; si le abandona a immoderadas pasiones, con estas pasiones junta la razón para que las rija: si abandona a descos sin raya la mujer, con estos deseos junta el pudor que las contiene.⁴⁸

[...] ¿Por qué decís que el pudor hace falsa a las mujeres? ¿Son acaso más ingenuas, las que le han perdido, que las otras? Lejos de eso; son mil veces más falsas. [...] Las que aún no han perdido la vergüenza, las que no hacen gala de sus culpas, las que saben ocultar sus deseos a aquellos mismos que se los inspiran, aquellas que más trabajo cuesta arrancarles su consentimiento, son las más verídicas, las más sinceras, las más consistentes en guardar sus promesas, y aquellas con cuya fe se puede generalmente contar.⁴⁹

El pudor es una protección natural que la mujer debe emplear para protegerse de los asaltos de los varones. Esta protección le permite, además, ejercer sutilmente su dominio sobre ellos. La mujer, entonces, emplea por naturaleza aquello de lo que está dotada con fines, en apariencia, incompatibles. El hombre, según Rousseau, no tiene necesidad de agradar; la mujer, sin embargo, gusta de adornarse casi desde el nacimiento. De ahí se deriva que si la mujer, por naturaleza, quiere agradar, sólo se concibe a sí misma a través de la mirada del otro, en este caso, de la mirada del hombre.

En el discurso de la Ilustración el hombre utiliza la facultad que lo define: el entendimiento y la razón. Si el discurso ilustrado se dirige a todos los seres humanos, éste adquiere una dimensión universal. Sin embargo, el discurso ilustrado es un discurso de hombres para hombres. Se considera que vale para todos pero, en realidad, es privilegio de unos pocos. En consecuencia, es excluyente; en él la mujer es sólo un objeto de estudio. El discurso ilustrado se cifra en un discurso dual: el del hombre sobre el hombre, y el del hombre sobre la mujer. A la mujer, entonces, sólo se le concede el espacio de objeto del discurso masculino. La palabra y la escritura se cargan de elementos ideológicos que derivan de la necesidad de dominio que tiene una parte del género humano sobre la otra. Al legitimizarse, este discurso dicta el destino de la mujer como un destino donde su palabra carece de valor.

El argumento que recorre varios textos del dieciocho con el fin de justificar la desigualdad de los sexos se apoya en la idea, pocas veces cuestionada, de que una de las partes es superior a la otra. La fuerza y la razón definen la naturaleza del hombre mientras que a la mujer la determinan los sentimientos y el deseo de atraer. Un arma consustancial al

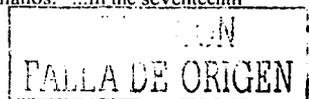
TEJAS CON
FALLA DE ORIGEN

discurso de poder es la educación. Por lo mismo, es necesario tomar en cuenta las diferencias en la educación que se imparte a hombres y mujeres en el siglo de la Ilustración. En este sentido, es notable que pese a estarles vedada la palabra, se producen un gran número de tratados sobre educación escritos por mujeres. En ellos se insiste en la necesidad de brindar un carácter práctico a la educación que se ofrece a las niñas. Pero, como una golondrina no hace verano, estos cuestionamientos que en ocasiones se convierten en denuncias, no trascienden. La creencia en la desigualdad natural de hombres y mujeres hacen que venzan los prejuicios vinculados a lo que debe ser la educación de la mujer y, por lo mismo, estos cuestionamientos no repercuten en el grueso de la población. El ciudadano común del siglo XVIII no vislumbra aún la influencia crucial de la educación en la vida de cada individuo, y pocas son las voces que reconocen su importancia.

A pesar de todo, muchas escritoras del dieciocho señalan que la desigualdad entre géneros no se debe a condiciones físicas, climáticas, etcétera, sino que estriba en factores sociales y políticos que a lo largo de la historia marcaron al género humano. Estos factores traen consigo las diferencias entre hombres y mujeres, y establecen ciertas características que se atribuyen más a un sexo que a otro. La desigualdad entre los géneros se basa, en gran medida, en diferencias naturales; es el resultado de una educación deficiente que Mary Astell (1666-1731) denuncia en *A Serious Proposal to the Ladies* (1694):

For since God has given women as well as men intelligent souls, why should they be forbidden to improve them? Since he has not denied us the faculty of thinking, why should we not (at least in gratitude to him) employ our thoughts on himself their noblest object, and not unworthily bestow them in trifles and gaities and secular affairs? Being the soul was created for the contemplation of truth as well as for the fruition of good, is it not as cruel and unjust to exclude women from the knowledge of the one as from the enjoyment of the other? [...] A rational mind will be employed, it will never be satisfied in doing nothing, and if you neglect to furnish it with good materials, 'tis like to take up with such as come to hand.⁵⁰

No sorprende, entonces, que un buen número de mujeres desearan tener una educación y que lo lograrán por ellas mismas o mediante la orientación de algún miembro de la familia o un tutor. En el siglo XVII la educación era privilegio de unos cuantos, y no es sino hasta el dieciocho que surgen nuevas ideas sobre ella. Sin embargo, las oportunidades para la mujer eran escasas y se privilegiaba la educación de los varones, aunque muchas hijas de familias acaudaladas compartían la educación que se brindaba a sus hermanos: "...in the seventeenth



and eighteenth centuries a significant number of women writers who belonged to the middle class and the aristocracy had brothers with tutors."⁵¹ Muchas mujeres aprendieron lenguas extranjeras a través de diccionarios y gramáticas, como Mary Wollstonecraft quien para ganarse la vida tradujo del francés, holandés y alemán. En consecuencia, al percibir sus limitaciones, un buen número de escritoras manifiestan su descontento e intentan quebrar los límites que impiden el desarrollo de la educación de las mujeres: "they grumbled about their inadequate instruction and the absence of a system, which they assumed was delivered only by institutional learning".⁵² Por lo mismo, y no sin un dejo de ironía, muchas escritoras piden en sus publicaciones disculpas en los prólogos o dedicatorias y hacen alusión a sus carencias en el terreno de la educación formal. Es sorprendente descubrir cómo muchas mujeres no se arredran ante las prohibiciones impuestas. Piensan, dicen y escriben e, incluso, algunas publican con éxito sus manuscritos. Esto puede atribuirse a dos factores decisivos: el aumento en el número de lectoras y lectores, y el interés por la educación.

En el siglo XVII la educación para los varones de clase alta consistía esencialmente en el aprendizaje de latín y del griego. Esto creó una distancia aún mayor entre los dos sexos, pues no era muy común que niñas y jóvenes supieran leer y escribir. Antonia Fraser, en *The Weaker Vessel*, señala un hecho histórico que empeoró aún más la situación: "The disappearance of the convents at the time of the Reformation had deprived English girls not only of convenient places of learning but also of a pool of women teachers in the shape of the nuns themselves".⁵³ Para 1600, señala Fraser, 90% de las mujeres en Londres eran analfabetas y en 1640 esta cifra se redujo a 80%; en East Anglia el índice de analfabetismo de las mujeres era de 100%.⁵⁴

En el siglo XVII la mujer incursionó en el mercado literario, pero también pagó el precio de su osadía. Las damas de clase alta establecieron, de manera paralela, una tradición literaria, pero su matiz principal reside en su carácter privado. Éste es el caso de Margaret Cavendish, Duchess of Newcastle (1623-1674), Katherine Philips (1621-1664), Lady Mary Chudleigh (1656-1710) y Anne Killigrew (1660-1685). Según la crítica resulta difícil precisar el número de obras escritas por mujeres, ya que muchas escribieron en manuscritos que circularon sólo entre amigas y amigos, y, como es natural, sólo el texto impreso tiene mayores posibilidades de perdurar.

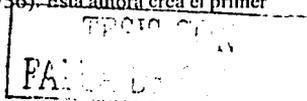
TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

En el siglo XVIII la mujer tiene mayor libertad de escribir y publicar, y esto se debe a varios factores. En este siglo la literatura se vuelve un bien de consumo y esto da pie al inicio del proceso de comercialización. Es el momento en que el editor sustituye al mecenas y al mundo de la corte, y cuando se presta especial importancia al gusto de lectores y lectoras. Por vez primera en la historia de la literatura, muchas escritoras no son religiosas ni pertenecen a la clase alta o a la aristocracia, son mujeres comunes, la mayoría de clase media, que se dedican a la literatura como profesión. Resulta significativo que Virginia Woolf en *Orlando* (1928) hable de un personaje que nace en el Renacimiento y se transforma en mujer en la segunda mitad del siglo XVII, época crucial para la tradición literaria femenina y para la historia de la literatura inglesa que, como Woolf señala, coincide con el momento en que la mujer ingresa en el mercado literario:

A fines del siglo diecisiete se operó un cambio, que de estar yo reescribiendo la historia, lo estudiaría más prolijamente, considerándolo de mayor importancia que las Cruzadas o la Guerra de las Rosas. La mujer de la clase media empezó a escribir. Porque si *Pride and Prejudice* cuenta, y *Middlemarch* y *Villete* y *Wuthering Heights* cuentan, entonces cuenta mucho más que lo que puedo demostrar en una conferencia de una hora, el hecho de que las mujeres de todas clases escribieran y no simplemente la aristócrata solitaria encerrada en su casa de campo entre sus adulones y sus infolios.⁵³

Durante el siglo XVIII se operan cambios en la sociedad inglesa que generan el capitalismo. Esta transformación tiene su origen en una nueva economía basada en el comercio y no en la agricultura. Por tanto, la participación económica de la mujer en la nueva sociedad capitalista tomará otros rumbos. El interés por la educación y el surgimiento de profesiones para una clase media contribuyen a que la mujer se integre al nuevo mercado literario y periodístico dando inicio, como se menciona anteriormente, a una tradición literaria femenina. Los periódicos que se publican en Londres constituyen un factor muy importante de este mercado. Tal es el caso de *The Daily Courant* (1702) y de publicaciones periódicas (*periodical essays*) como *The Tatler*, *The Spectator* y *The Gentleman's Magazine*. En ellos se difunden artículos, cuentos, y en la ensayística predominan temas de educación, moral o conducta escritos en su mayoría por hombres que generan, con un claro propósito didáctico, una serie de opiniones sobre la mujer.

Entre estas publicaciones periódicas encontramos un fenómeno interesante: *The Female Spectator* (1722-1746) de Eliza Haywood (c. 1693-1756). Esta autora crea el primer



periódico escrito por —y para mujeres— con artículos sobre educación, literatura, arte y filosofía. Uno de los temas centrales de esta publicación es la mujer y su educación en la nueva y fluctuante sociedad del dieciocho. En 1746 Haywood publica una carta (bajo el pseudónimo de Cleora) en la que se señala que la educación que se brinda a la mujer tiene el propósito de confinarla al ámbito de lo privado y lo doméstico. Haywood, de esta manera, subvierte el debatido tema de la educación. En su argumento central advierte que la desigualdad de la mujer es sólo una invención que tiene su origen en la educación que se le brinda, basada en la obediencia, la subordinación y el sometimiento:

There is, undoubtedly, no Sexes in Souls, and we are as able to receive and practise the Impressions, not only of Virtue and Religion, but also of those Sciences, which the Men engross to themselves as they can be: -Surely our Bodies were not form'd by the greater Creator out of the finest Mould, that our Souls might be neglected like the coarsest of the Clay.

[...] The Objection, therefore, that I have heard made by some Men, that Learning would make us too assuming, is weak and unjust in itself, because there is nothing would so much cure for those Vanities we are accused of, as Knowledge.

[...] O but, say they, Learning puts the Sexes too much on an Equality, it would destroy that implicit Obedience which it is necessary the Women should pay to our Commands: - If once they have the Capacity of arguing with us, where would be our Authority!

Now I will appeal to any impartial Reader, even among the Men, if this very Reason for keeping us in Subjection does not betray an Arrogance and Pride in themselves, yet less excusable than that which they seem so fearful of our assuming.⁵⁶

Otro factor de suma importancia que no podemos hacer de lado por su relación tan cercana con el concepto de individualismo y con la participación de la mujer en el mercado literario es el puritanismo. Los primeros puritanos en Inglaterra y en las colonias americanas cimentaron su fe en la creencia de que Dios había otorgado un contrato de gracia (*Covenant of Grace*) al hombre por medio de Cristo, su hijo, y que tan sólo algunas almas elegidas podían establecer un contrato directo con Él. Ya que Dios vertía su gracia en el individuo, los puritanos desconocieron la autoridad de la iglesia e instauraron al individuo como la fuente de autoridad. Éste, a través del conocimiento de sí mismo, del mundo y de la Biblia, podía lograr la paz espiritual y la rectitud moral necesarias para establecer un contrato con Dios. A través de esta doctrina basada en la igualdad espiritual, los puritanos desafiaron las

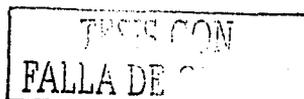
instituciones civiles y religiosas, y defendieron la conciencia de cada individuo. A este respecto señala Ian Watt en *The Rise of the Novel*:

If God had given the individual prime responsibility for his own spiritual destiny, it followed that he must have made this possible by signifying his intentions to the individual in the events of his daily life. The Puritan therefore tended to see every item in his personal experience as potentially rich in moral and spiritual meaning. [...] All souls had equal chances, and it therefore followed that the individual had as full an opportunity of showing his spiritual qualities in the ordinary conduct of life as in its rare and more dramatic exigencies. This was one reason for the general Puritan tendency towards the democratization of the moral and social scale, and it was assisted by several other factors. There were, for instance, many social, moral, and political reasons why the Puritans should be hostile to the aristocratic scale of values; nor could they fail to disapprove of its literary expression in the traditional heroes of romance, extrovert conquerors whose victories are won, not in the spirit or in the counting-house but on the battlefield and in the boudoir. It is at all events clear that Puritanism brought about a fundamental and in a sense democratic orientation in the social and literary outlook of its adherents.⁵⁷

Los puritanos se opusieron a la doctrina de la predestinación e impulsados por una fuerte moral lucharon por alejar al alma de todo desecho terrenal. Sin embargo, se enraizaron cada vez más en asuntos terrenales a través del trabajo y el comercio. Los efectos del puritanismo resultaron fundamentales para el desarrollo de la sociedad inglesa. La fe puritana, como lo señala Ian Watt retomando las palabras de Max Weber, resulta esencial para el desarrollo del capitalismo en sociedades como la inglesa:

The primacy of individual economic advantage has tended to diminish the importance of personal as well as group relationships, and especially of those based on sex; for sex, as Weber points out, being one of the strongest non-rational factors in human life, is one of the strongest potential menaces to the individual's rational pursuit of economic ends, and it has therefore been placed under particularly strong controls in the ideology of industrial capitalism.⁵⁸

Para entender el movimiento puritano resulta necesario recordar la historia política inglesa del siglo XVII que en un lapso de cincuenta años abarca dos revoluciones, la consolidación de la iglesia anglicana, su derrocamiento y reconstrucción, la caída de la monarquía encabezada por Carlos I, el juicio de un rey y su condena. Los puritanos encabezaron la lucha por la libertad civil y religiosa en contra de la Iglesia de Inglaterra y del autoritarismo de los reyes de la casa de los Estuardo, Jaime I (1603-1625) y Carlos I (1625-1649). En 1642, la lucha entre el Parlamento y el rey —en otras palabras, la oposición entre Puritanos



y Realistas o entre el campo y la corte— desembocó en un conflicto armado, la Guerra Civil. Carlos I fue llevado a juicio y ejecutado en 1649; la sucesión de Oliver Cromwell, líder del ejército parlamentario, y más tarde Lord Protector de Inglaterra (1653-1658), apresuró el paso de la clase media al poder. Con la doctrina puritana, Inglaterra llegó a ser la abanderada del progreso y la máxima modernidad en la segunda mitad del siglo XVII. Con esta doctrina los peregrinos (1620) y los puritanos (1628) fundaron las bases de la Nueva Inglaterra que con el tiempo se constituiría en los Estados Unidos.

Las revueltas políticas del siglo XVII repercutieron en las vidas de muchas mujeres. La revolución puritana puso en crisis muchos valores y las mujeres de ambos bandos tuvieron que asumir nuevas responsabilidades: "Royalists like Margaret Cavendish, duchess of Newcastle, and Charlotte Stanley, countess of Derby, defended their homes against parliamentary armies and traveled back and forth between England and France in their husbands' behalf. Similarly, Puritans like Lucy Hutchinson and Quakers like Margaret Fell recorded their efforts to help their families survive quickly shifting political circumstances".⁵⁹ Sin embargo, esta participación de la mujer, lejos de lanzarla al ámbito de lo político, la devuelve al confinamiento de lo doméstico y lo privado.

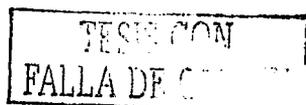
Una reacción conservadora sigue a esta época de inestabilidad revolucionaria y, finalmente, se arriba a una época de pactos y de paz. Las disputas entre los parlamentarios, el miedo al fanatismo y el deseo de paz y estabilidad dieron como resultado la Restauración de la monarquía de los Estuardo en 1660 con la coronación de Carlos II (1660-1685). Este rey, al comienzo de su reinado, abre los teatros que habían permanecido cerrados durante el Protectorado de Cromwell e inicia la restauración de Londres con edificios que le brindan un nuevo esplendor. Así también comienza una era de mayor libertad y relajamiento de las costumbres. La comedia se convierte en el género literario representativo de la Restauración; ésta se caracteriza por representar en escena una mayor libertad sexual que, es a su vez, espejo de la vida en la corte. Además trae consigo un importante acontecimiento en la vida de la mujer: por primera vez se le permite actuar en el teatro.

Durante la Restauración, el poder político se aleja de la Corte para centrarse paulatinamente en el Parlamento. La Corona se enfrenta a varios cambios que traen consigo un nuevo equilibrio de poderes. Las políticas parlamentarias tienen el propósito de

fortalecer el comercio y la agricultura, y se va gestando la transición del poder de la Corona hacia un nuevo sistema político basado en dos partidos: los Tories o la aristocracia conservadora, y los Whigs o la nueva y pujante clase comerciante. Cuando Carlos II muere, su hermano Jaime es coronado rey (1685-1688), pero su deseo de revivir el catolicismo en Inglaterra lleva al país a la Revolución Gloriosa de 1688 (*Glorious or Bloodless Revolution*) y la consecuente abdicación del rey en 1688 a favor de María, su hija protestante, casada con Guillermo de Orange. Este cambio pacífico de gobierno asegura, a finales del siglo XVII, el fin de revueltas políticas y religiosas, sentando así una promesa de paz, estabilidad y equilibrio a través de pactos políticos, sociales y económicos.

A pesar de las divisiones que los desórdenes políticos y religiosos del siglo XVII trajeron consigo, éstos abrieron camino para que en el siglo XVIII se instaurara un gobierno monárquico y parlamentario que finalmente logra la paz, principalmente a través de la separación de la Iglesia de los asuntos de Estado. En 1689, *The Act of Toleration* libera de persecuciones religiosas a los disidentes o separatistas (*Dissenters*), en otras palabras, aquellos protestantes que no pertenecían a la Iglesia de Inglaterra. La tolerancia religiosa y política crece al ritmo de la libertad de prensa y el libre comercio. El Parlamento obtiene el control de los impuestos, de la política y el comercio exterior, e Inglaterra comienza su transformación hacia una potencia mundial. A fines del siglo XVII, después de la derrota de Jaime II, se inicia un periodo de auge comercial que llevaría a Inglaterra a convertirse en un imperio que en el siglo XIX se extiende desde la India hasta Canadá.⁶⁰ En el siglo XVIII la autoridad y el poder del gobierno oscila entre la corte, el Parlamento y el gabinete ministerial. Esta nueva posición política se consolida de manera definitiva durante el reinado de Anna (1702-1714), la última reina perteneciente a la dinastía de los Estuardo. Más adelante, durante el largo periodo de Sir Robert Walpole (1721-1742), la figura del Primer Ministro adquiere una importancia determinante. Esto se debe en gran parte a que Jorge I, Jorge II y Jorge III, de la casa alemana Hanover, quienes reinaron de 1714 a 1820, carecían de popularidad y sensibilidad política, en menor o mayor grado, por los problemas del país.

Antes y después de la Guerra Civil de Inglaterra, los puritanos encarnaron al fanatismo tajante y obstinado en contra de la frivolidad que, según ellos, conlleva la



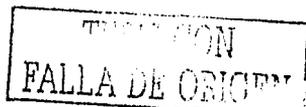
idolatría por las artes. Desde las colonias americanas, el predicador Cotton Mather advertía "beware of a boundless and sickly appetite for the reading of poems which now the rickety nation swarms with".⁶¹ El puritanismo no intentó erradicar la literatura sino que procuró que ésta brindara testimonio de la gracia de Dios. Durante la Guerra Civil y el Protectorado, la oratoria religiosa de sermones y panfletos políticos dio como resultado una prosa más simple, directa y funcional. Para los puritanos la Biblia poseía la única verdad y era la fuente no sólo de inspiración religiosa y moral, sino también política y económica. Este nuevo pueblo de Dios se inspiró en las enseñanzas bíblicas y construyó su vida sin mediaciones ni influencias críticas o históricas. El hombre puritano, el elegido, estaba destinado a ser amo del mundo:

El cristianismo anglicano o puritano, como sabe que el llamado de Dios le pertenece a éste en absoluto, aguarda entre esperanzado y temeroso el perfeccionamiento de sus dones y cualidades espirituales para mayor gloria de Dios y provecho del propio elegido. [...] Por supuesto es el propio hombre, de acuerdo con su positivo vivir en el mundo, el que decide en última instancia; porque psíquicamente se inclinará a interpretar sus *éxitos* en el mundo como signo patente de elección y considerará por la misma, pero contraria razón, sus *fracasos* como señal evidente del rechazo divino. El político, el eclesiástico, el comerciante, el industrial, el marino, el artesano, el empleado, el labrador e incluso el sirviente necesitan las señales tranquilizantes y optimistamente orientadoras; es decir, la marca de la prosperidad o el sentimiento confiado de que se está en vía de alcanzarla: confirmación del auténtico *calling*.⁶²

Los puritanos creen ser los únicos depositarios de la alianza con Dios y los representantes exclusivos de la alianza entre Dios y el hombre. Dicha alianza se establece a través de tres contratos: de gracia, religioso y civil.⁶³ Pero esta triple alianza también obliga a Dios a cumplir con lo prometido en el pacto:

A pesar de su omnipotencia absoluta, o acaso justamente por ella, se compromete mediante el pacto a otorgar a sus terrenales súbditos un estatuto de derechos inviolables y absolutamente de acuerdo con la racionalidad constitutiva del hombre; pero hay que tener en cuenta que por lo mismo que todo lo bueno procede del pacto, igualmente todo lo malo que pudiera ocurrir al hombre proviene del desconocimiento o quebranto de un convenio semejante.⁶⁴

La doctrina puritana renueva la moral cristiana y la adapta a las nuevas exigencias burguesas:



La economía tradicional fundada en la virtud cede ante la nueva economía fundada en la necesidad, la especulación y la ganancia. A la riqueza feudal sentida como un legado (seguridad para todos) sucede la riqueza como estricta apropiación individual (seguridad sólo para el electo). [...] La doctrina vocacional (*calling*) elimina el pesimismo predestinatorio; lo cual proporcionará al hombre puritano una sana confianza en sí mismo. [...] Por semejante, pero contraria razón, el mismo hombre puritano considerará el retroceso, el fracaso y la imperfección como estigmas que evidencian la condena.⁶⁵

El puritano exige libertad para servir a Dios y a su comunidad pero también busca su propia ganancia individual. La teoría del individualismo económico, que Ian Watt señala como un factor esencial para el nacimiento de la novela en el dieciocho, va de la mano con el espíritu de la burguesía puritana.

A este respecto, Ian Watt en *The Rise of the Novel*, señala que el interés de la novela por las vidas diarias de la gente común —por sus acciones, sus emociones, sus pensamientos— depende del nuevo valor que el individuo adquiere en la sociedad. Y este interés, afirma, depende también de una nueva sociedad en la cual el término 'individualismo' adquiere matices más ricos y complejos:

It posits a whole society mainly governed by every individual's intrinsic independence both from other individuals and from that multifarious allegiance to past modes of thought and action denoted by the word 'tradition' - a force that is always social, not individual.⁶⁶

Dicha sociedad, indica, es la consecuencia de una organización económica y política que plantea una ideología basada en la autonomía del individuo y muy distante de las tradiciones del pasado.

El capitalismo plantea una estructura social menos rígida y un sistema político más democrático que brinda al individuo una mayor autonomía. En este nuevo orden económico, afirma Ian Watt, cada individuo es responsable de su elección social, económica y religiosa, y ni la iglesia ni el gremio constituyen el basamento de la sociedad. De acuerdo con Watt, el capitalismo surge en el periodo posterior a la Revolución Gloriosa de 1688 cuando la clase comercial, factor principal del nuevo orden social basado en el individualismo, obtiene poder en lo económico y en lo político. Este cambio repercute en el terreno de la literatura porque la clase media urbana trae consigo un importante número de lectoras y lectores:

TESIS CON
FALLA DE O

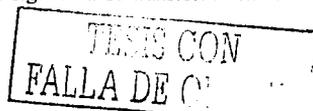
Earlier writers, Spenser, Shakespeare, Donne, Ben Jonson, and Dryden, for example, had tended to support the traditional economic and social order and had attacked many of the symptoms of emergent individualism. By the beginning of the eighteenth century, however, Addison, Steele, and Defoe were somewhat ostentatiously setting the seal of literary approval on the heroes of economic individualism.⁶⁷

Es entonces que el interés por la literatura depende en gran medida, como ya se ha explicado, del aumento en el número de lectores y del nuevo orden social y económico instaurado por el capitalismo. Pero, sobre todo, depende del nacimiento de una nueva forma literaria: la novela. Su comercialización produjo nuevos modos de hacer negocio y de difundir la literatura. En la segunda década del siglo XVIII existen en Londres más de setenta imprentas y surgen nuevas formas de comercializar la literatura, como las bibliotecas circulantes (*circulating libraries*) y las suscripciones a libros antes de ser publicados (*subscription sales*).⁶⁸

La pluralidad y la tolerancia resultan el rasgo distintivo de la Inglaterra del dieciocho. Esto pudo surgir del desecho de estabilidad, armonía y paz, del cansancio por las revueltas civiles y religiosas del diecisiete, pero también esta pluralidad y tolerancia surgen del auge y la consolidación de las ciencias, en especial de las matemáticas, la física y la química. Y es así que Carlos II funda en 1660 la *Royal Society of London for the Improvement of Natural Knowledge*. Esta nueva actitud influye de manera determinante en el nacimiento de una nueva época que da la espalda a los problemas religiosos que marcaron profundamente a Inglaterra en el periodo de Oliver Cromwell.

De acuerdo con G.M. Trevelyan: "The Puritans had made them 'eat religion with their bread', till the taste of it sickened them".⁶⁹ Aunque en los años posteriores a 1660, afirma Trevelyan, la persecución en contra de los puritanos tuvo más razones de carácter político y social que religioso. El *Clarendon Code* (1661-1665), que da nombre a las cuatro leyes aprobadas durante el ministerio de Edward Hyde, Earl of Clarendon, restringe el poder de los disidentes o separatistas (*Dissenters*). La *Corporation Act* (1661) los excluye de ejercer cargos en el gobierno y la *Act of Uniformity* (1662) de los cargos religiosos; las *Conventicle Act* (1664) y *Five Mile Act* (1665) restringen su libertad de culto.

Señala además Trevelyan que estas leyes afectan más directamente a disidentes de clase urbana media y baja, aunque también se lesionaron los intereses de muchos comerciantes adinerados. El espíritu de los *Roundhead* del siglo XVII se transformó en el

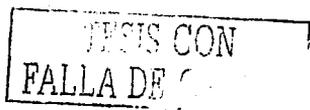


partido *Whig* que no mostró abiertamente su alianza con el puritanismo. Los *Whigs* defendieron la nueva actitud de tolerancia hacia los protestantes que rindió como fruto la aprobación de la *Toleration Act* en 1689. A través de este pacto se estableció el nuevo orden después de la Revolución Gloriosa de 1688.⁷⁰

Voltaire, atento observador del nuevo orden de la sociedad inglesa, relata en sus *Cartas filosóficas* (1736) sus experiencias y reflexiones sobre Inglaterra durante los años que vivió en exilio (1726-1728). En su Sexta carta "Sobre los presbiterianos" señala que el pluralismo y la tolerancia religiosa en Inglaterra mantienen vínculos muy cercanos con una estructura social más libre y un sistema político más democrático que se deriva del nuevo orden económico capitalista, el cual surge, a su vez, del comercio y de la industria:

Entrad a la Bolsa de Londres, ese lugar más respetable que muchas cortes; allí veréis reunidos a los diputados de todas las naciones para la utilidad de los hombres. Allí el judío, el mahometano y el cristiano tratan el uno con el otro como si fuesen de la misma religión, y no dan nombre de infieles más que a los que hacen bancarrota; allí el presbiteriano se fía del anabaptista, y el anglicano recibe la promesa del cuáquero. A la salida de estas pacíficas y libres asambleas, los unos se van a la sinagoga y los otros a beber; éste se va a hacerse bautizar en una gran cuba en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; aquél hace cortar el prepucio de su hijo y hace farfullar sobre el niño las palabras hebraicas que no entiende; esos otros se van a su iglesia a esperar la inspiración de Dios, con el sombrero en la cabeza, y todos están contentos. Si no hubiese en Inglaterra más que una religión, sería de temer el despotismo, si hubiese dos, se cortarían mutuamente el cuello; pero como hay treinta, viven en paz y felices.⁷¹

A principios del siglo XVIII, Londres es la ciudad más poblada de Europa con más de medio millón de habitantes. El incendio devastador de 1666 (*the Great Fire*) destruye gran parte de la llamada *City*, la sección más antigua, en la cual se asentaba primordialmente el comercio. Se reconstruye la antigua ciudad de madera con materiales más resistentes, como el ladrillo y el mármol, y se crean nuevos espacios que brindan una mayor amplitud. Sir Christopher Wren diseña una ciudad barroca que no logra concluir en su totalidad, aunque la construcción de su obra más ambiciosa, la catedral de St. Paul, finaliza en 1709. Es así que la reconstrucción de Londres trae consigo la estructuración de un nuevo orden social, económico, religioso y político, y plantea además nuevas ideas sobre la ciudad y el individuo. Varios escritores percibieron este cambio y nos brindan su testimonio. El Dr. Samuel Johnson, a propósito de Londres, afirma contundentemente: "Why, Sir, you find no man, at all an intellectual, who is willing to leave London. No, Sir, when a man is tired of

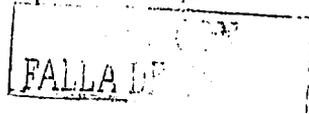


London, he is tired of life; for there is in London all that life can afford"; Jonathan Swift señala que sólo en Londres se hallan "our schemes of wealth and power". Aunque un escritor como Alexander Pope tiene una opinión muy diferente, nos dice que la ciudad impide "the feast of reason and the flow of thought".⁷²

La nueva sociedad urbana pondera el sentido de colectividad e impersonalidad que la ciudad ofrece, así como la vitalidad de la sociedad y la grandeza de la colectividad humana. De acuerdo con Marshall Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, es posible dividir la historia de la modernidad en tres fases. La primera, señala, abarca desde los inicios del siglo XVI hasta finales del XVIII cuando por vez primera se percibe la vida moderna a través de "una atmósfera de agitación y turbulencia, vértigo y embriaguez psíquicos, extensión de las posibilidades de la experiencia y destrucción de las barreras morales y los vínculos personales, expansión y desarreglo de la personalidad, fantasmas en las calles y en el alma —ésta es la atmósfera en que nace la sensibilidad moderna"—.⁷³ Berman define esta nueva forma de experiencia vital, la modernidad, como "la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y peligros de la vida".⁷⁴

En la ciudad de Londres durante el siglo XVIII esta incipiente modernidad se pone de manifiesto a través de mundos y submundos muy diversos y contrastantes. William Hogarth en sus grabados muestra el hacinamiento y la sordidez de los pobres, estableciendo así un doloroso contraste con la afluencia de la clase media. Londres ofrece el sentido de impersonalidad y libertad de una gran ciudad. Y subraya, en particular, su rasgo distintivo: el interés y el orgullo por el comercio. Todo esto, como es de esperarse, lo reflejará la literatura. En ella la figura del comerciante adquiere matices casi gloriosos y es así que el comercio en Inglaterra adquiere imágenes de gran color y riqueza. Es esta belleza casi sensual del mundo del comercio el tema favorito de los ensayos que Richard Steele y Joseph Addison escriben en los *journals* "The Spectator" y "The Tatler". El siguiente fragmento pertenece al ensayo periodístico "The Royal Exchange" de Joseph Addison:

There is no place in the town which I so much love to frequent as the Royal Exchange. It gives me a secret satisfaction, and, in some measure, gratifies my vanity, as I am an Englishman, to see so rich an assembly of countrymen and foreigners consulting together upon the private business of mankind, and making this metropolis a kind of emporium for the whole earth.



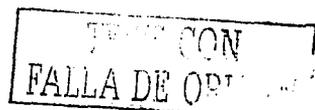
[...] If we consider our own country in its natural prospect, without any of the benefits and advantages of commerce, what a barren uncomfortable spot of earth falls to our share! Natural historians tell us that no fruit grows originally among us, besides hips and haws, acorns and pig-nuts, with other delicacies of the like nature; that our climate of itself, and without the assistance of art, can make no further advances towards a plum than to a sloe, and carries an apple to no greater a perfection than a crab. [...] Nature itself furnishes us with the bare necessaries of life, but traffic gives us a great variety of what is useful, and at the same time supplies us with every thing that is convenient and ornamental.

[...] For these reasons there are not more useful members in a commonwealth than merchants. They knit mankind together in a mutual intercourse of good offices, distribute the gifts of nature, find work for the poor, add wealth to the rich, and magnificence to the great. Our English merchant converts the tin of his own country into gold, and exchanges his wool for rubies.⁷⁵

Inglaterra comienza un movimiento de desarrollo que parte de una economía eminentemente rural de pequeños terratenientes o agricultores hasta alcanzar una economía industrial de grandes hacendados y mercados nacionales. El Banco de Inglaterra (1694) y la Bolsa de Londres (1689) logran grandes inversiones en Inglaterra y, más tarde, en las colonias. El dieciocho es el siglo de los inventos que señalan el rumbo por el que transitará la modernidad; la nueva ciencia está al servicio del hombre y de la sociedad. La invención de la bomba de vapor (1694) por Newcomen, la *spinning jenny* (hiladora de varios husos) por Hargreave (1764), el telar mecánico de Cartwright (1785-1787), transformarán la industria de la lana y abrirán paso a la Revolución Industrial del siglo XIX.⁷⁶ El comercio establece un nuevo orden económico que brinda estabilidad y riqueza a la nación, así como también libertad y poder político. Voltaire en sus *Cartas filosóficas* (1734) nos narra este fenómeno en su Décima carta "Sobre el comercio":

El comercio, que ha enriquecido a los ciudadanos en Inglaterra, ha contribuido a hacerles libres, y esta libertad ha extendido a su vez el comercio; así se ha formado la grandeza del Estado. Es el comercio el que ha establecido poco a poco las fuerzas navales por las que los ingleses son dueños de los mares. La posteridad se enterará, quizá con sorpresa, de que una isla pequeña, que no tiene de por sí misma más que un poco de plomo, estaño, tierra de batán y lana grosera, ha llegado a ser por su comercio, lo suficientemente poderosa para enviar, en 1723, tres flotas a la vez a tres extremos del mundo.⁷⁷

Con la Royal Society, la ciencia experimental se difunde rápidamente en Inglaterra, se brindan nuevas formas de aplicación y nuevos métodos a la agricultura, la ingeniería y la navegación que influyen de manera determinante en el pensamiento y la religión. Los



descubrimientos de Isaac Newton (1642-1727) y Robert Boyle (1627-1691) familiarizan a sus compatriotas con los métodos empleados en la investigación científica.⁷⁸

Los descubrimientos científicos de Newton cimentan las bases de la nueva filosofía deísta (*Deism*). En esta doctrina la naturaleza, un mecanismo ordenado y perfecto, constituye una evidencia clara de la presencia de Dios; cada individuo puede llegar a comprender la perfección de su Creador a través de la lógica y la observación. La nueva ciencia y el deísmo influyen de manera decisiva en la literatura del dieciocho. Un estilo claro y preciso sustituye a la retórica del barroco, y en pleno periodo neoclásico se escucha la voz de Alexander Pope en *Essay on Man* (1733) que proclama: "All are but parts of one stupendous whole:/ Whose body Nature is, and God the soul".⁷⁹ Los escritores de este periodo toman como modelo la poesía de Virgilio y Horacio, y afirman que si la naturaleza se rige por leyes, la poesía debe imitarla. La poesía se rige por la métrica precisa del *heroic couplet*: una estrofa de dos versos pareados de cinco yambos cada uno.

La dinámica y multifacética sociedad inglesa del dieciocho posee una visión moderna por lo particular y por el individuo, que se expresa a través del realismo, el cual brinda una nueva libertad discursiva. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se construyen en torno a la mujer imágenes de benevolencia, generosidad y receptividad emocional que aluden de manera directa a las virtudes de la clase media, entre las que destacan la diligencia, la perseverancia y la integridad moral. Lo anterior resulta evidente en *Pamela* (1740) de Samuel Richardson, en donde la protagonista sirve de modelo a la nueva imagen de la mujer y de las virtudes de la clase media.

La novela trajo consigo cambios que repercuten de manera decisiva en las escritoras. El sistema de patronazgo que subordinaba a los escritores al gusto de un número reducido de lectores desaparece y surge, en su lugar, un amplio público de lectores y lectoras que muestran interés por una gran variedad de temas. Esta nueva diversidad beneficia a un buen número de escritoras que irrumpen en el mercado literario. A partir de la Restauración varias dramaturgas como Aphra Behn (1640-1689) y Susannah Centlivre (c.1667-1723) publican sus obras. En 1688, Aphra Behn publica *Oronooko*, considerada por varias críticas contemporáneas como la primera novela inglesa y obra precursora de la ficción escrita por mujeres. Mary Delarivière Manley (c.1667-1724) y Eliza Haywood

(c.1693-1756) siguen su ejemplo. Estas primeras novelistas descubren que la literatura puede ser una de las pocas profesiones lucrativas para la mujer, sin embargo, tanto sus publicaciones como sus vidas padecieron el juicio de la doble moral.

A finales del siglo XVII la mujer dependía del consentimiento de esposos, amigos o parientes para publicar sus obras. Tal es el caso de poetas como Katherine Philips (1631-1664), *The Matchless Orinda*, casada con un acaudalado comerciante puritano, cuya obra causó admiración a Abraham Cowley y John Dryden. En las colonias americanas surge la primera poeta norteamericana de raza negra Phillis Wheatley (c.1753-1786). Su apellido proviene de la familia en Boston de quien era esclava. Su poesía, de tema religioso, se publicó primero en Londres con la ayuda de la condesa de Huntington en un volumen titulado *Poems on Various Subjects, Religious and Moral* (1773).⁸⁰ Anne Bradstreet (c.1612-1672), otra poeta norteamericana, hija de un puritano acaudalado, Thomas Dudley, emigró en 1630 a las colonias norteamericanas con su familia. Años más tarde su padre, y luego su esposo, serían gobernadores de Massachusetts. En 1650 su cuñado, John Woodbridge, publicó en Londres una colección de poemas bajo el título *The Tenth Muse*, y en el prólogo aclara que los poemas eran el resultado de:

the work of a woman, honoured and esteemed where she lives, for...her exact diligence in her place, and discreet managing of her family occasions, and...these poems are but the fruit of some few hours, curtailed from her sleep and other refreshments.⁸¹

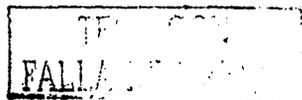
En "The Prologue", poema que inicia esta colección, Anne Bradstreet habla con humildad de su pobre talento, al que considera inferior al del hombre. Pero en sus palabras encontramos la velada ironía que a ratos se revela a través de un relámpago de ira:

1

To sing of wars, of captains, and of kings,
Of cities founded, commonwealths begun,
For my mean pen are too superior things:
Or how they all or each their dates have run,
Let poets and historians set these forth;
My obscure lines shall not so dim their worth.

5

I am obnoxious to each carping tongue
Who says my hand a needle better fits;
A poet's pen all scorn I should thus wrong,



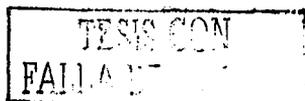
For such despite they cast on female wits;
 If what I do prove well, it won't advance,
 They'll say it's stolen, or else it was by chance.

7

And oh ye highflown quills that soar the skies,
 And ever with your prey still catch your praise,
 If e'er you deign these lowly lines your eyes,
 Give thyme or parsley wreath, I ask no bays;
 This mean and unrefinéd ore of mine
 Will make your glistening gold but more to shine.⁸²

Estas autoras que hemos mencionado constituyen unos eslabones más de la cadena que nos llevará al siglo XVIII, donde la escritora goza de una mayor libertad. Una ensayista como Elizabeth Robinson Montagu (1720-1800), figura prominente del grupo de las *bluestockings* (la historiadora Doris Stenton afirma que este término tiene su origen en el tono informal de las reuniones organizadas por damas adineradas interesadas en la literatura, y a las que los caballeros podían asistir “even in their blue stockings”),⁸³ negocia personalmente sus publicaciones con los editores. La ensayista Hannah More (1745-1833) y la novelista Charlotte Smith (1749-1806) disfrutaban de una gran popularidad, y con sus publicaciones mantienen, en gran medida, a sus familias. La mayoría de sus lectores son mujeres de clase media interesadas en temas relacionados con la esfera de lo doméstico y lo privado. Mujeres que tienen suficiente dinero y tiempo libre para hacer uso de las bibliotecas circulantes. En el siglo XVIII la mujer ingresa al mercado literario en el momento en que ser escritor(a) se convierte en una profesión remunerada, sin embargo, muchas de las obras escritas por mujeres no forman parte de la tradición literaria dominante, pues la crítica las excluye calificando su producción de: “intentos aislados”. La doble moral con que se juzga a la mujer puede ser una de las causas, y esta actitud agudiza aún más las diferencias entre el ámbito de lo masculino y lo femenino.

Es así que los argumentos sobre la igualdad moral e intelectual de mujeres y hombres resultan difíciles de conciliar con la doble moral. La doble moral juzga a la mujer como “mala” o “buena” a partir de un comportamiento sexual aceptado por la sociedad. Recordemos, en voz de Virginia Woolf, los prejuicios en contra de Aphra Behn, pieza esencial en la historia de la escritura femenina:

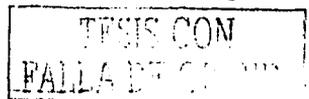


With Mrs Behn we turn a very important corner on the road. [...] We come to town and rub shoulders with ordinary people in the streets. Mrs Behn was a middle-class woman with all the plebeian virtues of humour, vitality, and courage; a woman forced by the death of her husband and some unfortunate adventures of her own to make her living by her wits. She had to work on equal terms with men. The importance of that fact outweighs anything that she actually wrote, even the splendid *A Thousand Martyrs I have made*, or *Love in Fantastic Triumph sat*, for here begins the freedom of the mind, or rather the possibility that in the course of time the mind will be free to write what it likes. For now that Aphra Behn had done it, girls could go to their parents and say, You need not give me an allowance; I can make money by my pen. Of course the answer for many years to come was, Yes, by living the life of Aphra Behn! Death would be better! and the door was slammed faster than ever. That profoundly interesting subject, the value that men set upon women's chastity and their effect upon their education, here suggests itself for discussion, and might provide an interesting book if any student at Girton or Newnham cared to go into the matter.⁴⁴

La mayoría de las escritoras del dieciocho no pusieron en duda la doble moral, y en su afán por ser consideradas mujeres "buenas" aceptaron la castidad como una condición necesaria de la mujer virtuosa. Si se calificaba a una escritora de ser una "mujer mala", los obstáculos para una de las pocas profesiones aceptadas para la mujer de clase media resultaban insalvables. Los severos juicios en contra de la mujer que infringiera la moral establecida trajeron, en consecuencia, la aceptación tácita de los prejuicios de la doble moral.

El argumento central de la doble moral proclamaba la castidad como virtud esencial en la mujer. Las reglas y restricciones morales y sociales regulaban la conducta de la mujer, alentaban su pasividad y la circunscribían a la esfera de lo privado, protegiendo así su virtud de los desenfrenos de su naturaleza (recordemos el *Emilio* de Rousseau). El tema de la castidad que escritoras como Mary Astell y Catherine Macaulay Graham abordaron nos muestran el poder de la doble moral. La doble moral influye poderosamente el discurso mismo de la mujer, creando también en él una doble moral. El discurso femenino se torna tan excluyente como el del hombre; se dirige tan sólo a la mujer virtuosa y racional, es decir, a la imagen creada de la figura femenina convencional:

A woman must be wise and good and much above what we suppose the Sex capable of, I fear much greater than e'er a Man can pretend to, who can so constantly conquer her Passions, and divest her self even of Innocent Self-love, as to give up the Cause when she is in the right, and to submit her enlightened Reason, to imperious Dictates of a blind Will, and wild Imagination, even when she clearly perceives the ill Consequences of it, the Imprudence, nay Folly and Madness of such a Conduct. [...] An ill Husband may deprive a Wife of the comfort and quiet of her Life; may give her occasion of exercising



her Virtue, may try her Patience and Fortitude to the utmost, but that's all he can do: 'tis herself only can accomplish her Ruin."⁸⁵

La doble moral se impone a los deseos naturales de hombres y mujeres, es el resultado de restricciones y leyes externas, y aunque algunas veces se elevan en contra de su injusticia —como es el caso de Mary Wollstonecraft—, éstas no son escuchadas. La mujer que cometía “pecados” sexuales era más culpable que el hombre y las sanciones, por consiguiente, más severas. La virtud de la mujer se transformó en el paradigma moral de la sociedad del dieciocho, en especial durante la segunda mitad de este siglo, y las consecuencias sociales y económicas de sus actos se sometieron a un cuidadoso control.

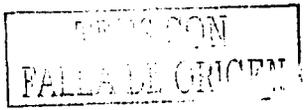
CAPÍTULO II. *The brinks of all we hate*: imágenes de la mujer en la sátira

*Ladies, like variegated Tulips, show;
 'Tis to their Changes that their charms they owe;
 Their happy Spots the nice admirer take,
 Fine by defect, and delicately weak.
 'Twas thus Calypso once each heart alarm'd,
 Aw'd without Virtue, without Beauty charm'd;
 Her Tongue bewitch'd as odly as her Eyes,
 Less Wit than Mimic, more a Wit than wise:
 Strange graces still, and stranger flights she had,
 Was just not ugly, and was just not mad;
 Yet ne'er so sure our passion to create,
 As when she touch'd the brinks of all we hate.*

Alexander Pope, "Epistle to a Lady"¹

Las nuevas ideologías de la Revolución Americana (1776) y de la Francesa (1789) así como el discurso mismo de la Ilustración plantean un doble discurso del hombre sobre el hombre y del hombre sobre la mujer. En otras palabras, un discurso universal dirigido al hombre que excluye a la mujer. En este contexto se espera que la escritora, confinada por la ley y la costumbre a la esfera de lo privado, de la domesticidad y la subordinación, trate en sus obras temas relacionados con el ámbito de *the woman's sphere*. En el siglo XVIII comienza a gestarse este concepto que llegará a su cúspide en la época victoriana. Conviene detenernos en ello. De acuerdo con Sandra Gilbert y Susan Gubar en *The Madwoman in the Attic*,² entre la imagen tradicional de la mujer y el ámbito de lo privado y doméstico se establece, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, una relación muy estrecha entre literatura y sociedad.

A modo de ejemplo, pensemos en el poema "The Angel in the House" de Coventry Patmore, publicado en 1854. A través de su lectura hallamos que la imagen de la mujer como el ángel protector de la familia se torna el epítome de la femineidad. A través del culto al *angel in the house*, la mujer se vuelve un objeto de adoración, siempre y cuando no abandone el espacio de su confinamiento: *the woman's sphere*. A través de esta imagen idealizada de la mujer se alaban las virtudes que el hombre considera eminentemente



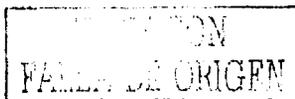
femeninas: la fragilidad, la delicadeza, el sacrificio, la abnegación, incluso la inmolación, como lo demuestran los siguientes versos del poema de Patmore:

Man must be pleased; but him to please
Is woman's pleasure; down the gulf
Of his condoled necessities
She casts her best, she flings herself.³

La mujer hereda esta imagen de femineidad en la cual es descrita como un ser pasivo, sin matices y subordinado al hombre. Esta imagen, producto de la imaginación masculina, encarna el estereotipo de lo femenino y tiene como propósito excluir, gradualmente, a la mujer del proceso creativo de la escritura. De ahí que no resulte sorprendente el temor al ridículo o al rechazo que evidencian las escritoras, como tampoco su empeño en ocultar su creatividad con el disfraz del disimulo o del silencio. Si la mujer desea escribir, señalará Virginia Woolf años más tarde en *Women and Writing*, debe, antes que nada, aniquilar al ángel:

You may not know what I mean by the Angel in the House. I will describe her as shortly as I can. She was intensely sympathetic. She was immensely charming. She was utterly unselfish. She excelled in the difficult arts of family life. She sacrificed herself daily. [...] In those days -the last of Queen Victoria- every house had its Angel. And when I came to write I encountered her with the very first words. The shadow of her wings fell on my page; I heard the rustling of her skirts in the room. Directly, I took my pen in my hand to review that novel by a famous man, she slipped behind me and whispered: 'My dear, you are a young woman. You are writing about a book that has been written by a man. Be sympathetic; be tender; flatter; deceive; use all the arts and wiles of your sex. Never let anybody guess you have a man of your own. Above all, be pure'. [...] I turned upon her and caught her by the throat. I did my best to kill her. [...] Had I not killed her she would have killed me. She would have plucked out the heart of my writing.⁴

En los siglos XVII y XVIII prevalece una imagen de la mujer que nace de una lógica de naturaleza bipolar en la cual siempre se le representa en relación con el hombre y el paradigma de sus atributos. La mujer es, por tanto, un ser pasivo y emocional carente de la lógica de la razón masculina. Los estereotipos que se originan a partir de esta imagen la describen a través de opuestos extremos e irreconciliables. A modo de ejemplo, ella puede ser: ángel o demonio; virgen o prostituta. Otro ejemplo es la contraparte al estereotipo de la mujer pura, abnegada y angelical. Este es el estereotipo de la *bluestocking*. La escritora es, en estos siglos, el blanco preferido de la sátira, en la cual se le describe como solterona, fea,



pedante, agresiva y ambiciosa, entre otros epítetos. La mujer que desafía la sociedad con sus pretensiones de escritora o de intelectual, debe enfrentar varios escollos: no sólo la doble moral sino también la misoginia que late en las imágenes femeninas creadas por el hombre. Tomemos como ejemplo "The Arraignment of Lewd, Idle, Forward and Unconstant Women" (1615) de Joseph Swetnam, quien describe a la mujer con las siguientes palabras:

Eagles eat not men till they are dead but women will devour them alive, for a woman will pick thy pocket and empty thy purse, laugh in thy face and cut thy throat, they are ungrateful, perjured, full of fraud, flouting and deceit, unconstant, waspish, toyish, light, sullen, proud, discourteous, and cruel.⁵

Hélène Cixous, en "Sorties", señala que toda teoría de la cultura parte de una lógica bipolar jerarquizante de oposiciones. Este sistema representa a la mujer, afirma Cixous, como pasiva, pasional y subordinada al hombre. El orden y la ley, explica, construyen esta estructura dual de oposiciones a través de un sistema jerárquico organizado en *parejas* (cursivas empleadas por Cixous). Y entonces se pregunta: ¿acaso el logocentrismo somete al pensamiento (códigos, valores, etcétera) a un sistema bipolar que siempre guarda relación con "la" pareja, es decir, con el binomio hombre/mujer? (entrecomillado de Cixous). Cixous en "Sorties" nos brinda un ejemplo de esta teoría de oposiciones, indicando el lugar de la mujer en la cultura patriarcal:

Where is she?
Activity/passivity
Sun/Moon
Culture/Nature
Day/Night

Father/Mother
Head/Heart
Intelligible/Palpable
Logos/Pathos⁶

Cada oposición adquiere significado a partir de las relaciones de subordinación aquí ejemplificadas. Lo cual, nos explica, trae como consecuencia la inevitable destrucción de la pareja:

TRABAJA CON
FALLECE EL ORIGEN

Father/son
The Word/Writing
Master/slave

Relations of authority, privilege, force.
Relations: opposition, conflict, return.
Violence. Repression.⁷

Como vemos, en esta organización jerárquica el hombre es el sujeto que posee el poder. El tema tan debatido de la diferencia sexual, afirma Cixous, tiene su origen en esta oposición. La oposición *activity/passivity*, señala, constituye un ejemplo de la constante absoluta en el orden de los valores implícito en el discurso filosófico:

Woman is always associated with passivity in philosophy. Whenever it is a question of a woman, when one examines kinship structures, when a family model is brought into play. In fact, as soon as the question of ontology raises its head [...] as soon as there is intended meaning. Intention: desire, authority -examine them and you are led right back...to the father. [...] *Either woman is passive or she does not exist.* What is left of her is unthinkable, unthought. Which certainly means that she is not thought, that she does not enter into the oppositions.⁸

La misoginia de la poesía erótica y de matices románticos del diecisiete parece expresar este deseo del hombre, planteado por Cixous, de someter a la mujer a esta estructura logocéntrica. A la mujer se le construye a partir de su pasividad y de su confinamiento en la prisión de la domesticidad y la familia: "Bridebed, childbed, bed of death", como afirma James Joyce en el episodio "Proteo" del *Ulises*.⁹ Estas palabras resumen la historia de la mujer y su destino. Ella es la diferencia, el otro, que existe sólo para ser nuevamente capturado, destruido y, finalmente, sometido a la pasividad y al silencio. Es en la pasividad y en el silencio que se cifra su existencia; es allí donde adquiere algún significado.

Revisemos "To Celia" (1606) de Ben Jonson y "To His Coy Mistress" (1681) de Andrew Marvell que retoman la tradición poética del *carpe diem*. A través de ellos podemos resignificar esta estructura bipolar propuesta por Cixous. En ambos poemas el hombre insiste a su amada que se entregue a él antes de que la muerte, la enfermedad o la vejez le arrebaten su juventud. El deseo de la mujer de preservar su virginidad, y por tanto su honor, pasa a un segundo término ante la insistencia del amado. Ella, irremediamente, cederá al desco del hombre que la convence con su argumento "racional" que triunfa ante lo absurdo del anhelo femenino. La mujer, en palabras de Cixous: "is passive or she does not exist"; su existencia se significa en la pasividad, en el sometimiento, en el silencio:

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

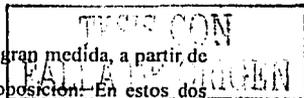
"Come, My Celia"

Come, my Celia, let us prove,
 While we may, the sports of love;
 Time will not be ours forever:
 He, at length our good will sever.
 Spend not then his gifts in vain:
 Suns that set may rise again;
 But if once we lose this light,
 'Tis with us perpetual night.
 Why should we defer our joys?
 Fame and rumour are but toys.¹⁰

"To His Coy Mistress"

Had we but world enough, and time,
 This coyness, Lady, were no crime.
 We would sit down, and think which way
 To walk, and pass our long love's day. [...]
 But at my back I always hear
 Time's wingèd chariot hurrying near;
 And yonder all before us lie
 Deserts of vast eternity.
 Thy beauty shall not no more found,
 Nor, in thy marble vault, shall sound
 My echoing song; then worms shall try
 That long-preserved virginity,
 And thy quaint honour turned to dust,
 And into ashes all my lust:
 The grave's a fine and private place,
 But none, I think, do there embrace.
 Now therefore, while the youthful hue
 Sits on the skin like morning dew,
 And while thy willing soul transpires
 At every pore with instant fires,
 Now let's us sport us while we may,
 And now, like amorous birds of prey,
 Rather at once our time devour
 Than languish in his slow-chapt power.
 Let us roll all our strength and all
 Our sweetness up into one ball,
 And tear our pleasures with rough strife
 Thorough the iron gates of life:
 Thus, we cannot make our sun
 Stand still, yet we will make him run.¹¹

La imagen de la mujer en la poesía del diecisiete se construye, en gran medida, a partir de imágenes que surgen de la ambivalencia, la contradicción y la oposición. En estos dos



poemas no se escucha la voz de la mujer; su deseo de preservar su honor y obedecer así los dictados de la sociedad. La suave y sutil ironía masculina la conducen a someterse al deseo de su amado.

Revisemos otras imágenes, en las cuales a la mujer no se le representa como un ser pasivo: las relacionadas con la inconstancia y el erotismo. Estas imágenes adquieren, por supuesto, un significado negativo. En "To Fine Lady Would-Be" (1616), Ben Jonson critica de manera devastadora a una dama de la corte que goza del placer que le brinda el sexo, y que evita a toda costa la maternidad:

the world reputes you barren; but I know
Your 'pothecary, and his drug says no. [...]
Write, then on thy womb,
"Of the not born, yet buried, here's the tomb."¹²

En "Song: Go and Catch a Falling Star" (1633), John Donne, con ironía mordaz, habla de la inconstancia de la mujer, abordando, así, otro tema favorito de la sátira:

Go and catch a falling star,
Get with child a mandrake root,
Tell me where all past years are,
Or who cleft the Devil's foot,
Teach me to hear mermaid's singing,
Or to keep off envy's stinging,
And find
What wind
Serves to advance an honest mind.

If thou beest born to strange sights,
Things invisible to see,
Ride ten thousand days and nights,
Till age snow white hairs on thee,
Thou, when thou return'st, wilt tell me
All strange wonders that befell thee,
And swear
No where
Lives a woman true, and fair.

If thou find'st one, let me know,
Such a Pilgrimage were sweet;
Yet do not, I would not go,
Though at next door we might meet,
Though she were true, when you met her,

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

And last, till you write your letter,
 Yet she
 Will be
 False, ere I come, to two, or three.¹³

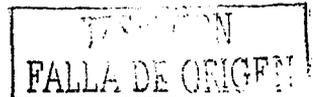
En "If I Freely May Discover" de Ben Jonson, la imagen de la mujer amada se halla, nuevamente, delineada por los extremos irreconciliables del deseo masculino:

If I freely may discover
 What would please me in my lover:
 I would have her fair and witty,
 Savoring more of court than city;
 A little proud, but full of pity;
 Light and humorous in her toying,
 Oft building hopes and soon destroying;
 Long, but sweet, in the enjoying;
 Neither too easy, nor too hard,
 All extremes I would have barred.

She should be allowed her passions,
 So they were but used as fashions;
 Sometimes froward, and then frowning,
 Sometimes sickish, and then swanning,
 Every fit with change still crowning.
 Purely jealous I would have her;
 Then only constant when I crave her,
 'Tis a virtue should not save her.
 Thus not her delicates would cloy me,
 Neither her peevishness annoy me.¹⁴

Años más tarde, durante el periodo de la Restauración y principios del siglo XVIII, la sátira de finales del siglo XVII y de principios del XVIII no expresa el lirismo erótico del diecisiete. La sátira de la primera mitad del siglo XVIII se distingue por el uso de imágenes que degradan y ridiculizan a la mujer. Es así que la vemos retratada como la arpía, la regañona, la mojegata y la orgullosa. Se censura la falta de recato de las mujeres así como su inconstancia e infidelidad. Un blanco preferido es el amor. John Wilmot, Second Earl of Rochester en "A Song" (1691) nos dice:

Love a Woman! y'are an Ass,
 'Tis a most insipid Passion,
 To choose out for your happiness
 The silliest part of God's Creation.



Let the Porter, and the Groome,
 Things design'd for dirty Slaves,
 Drudge in fair *Aurelia's* Womb,
 To get supplies for Age and Graves.

Farewel Woman, I intend,
 Henceforth, ev'ry Night to sit,
 With my lewd well-natur'd Friend,
 Drinking, to engender Wit.

Then give me Health, Wealth, Mirth, and Wine,
 And if busie Love intrinches,
 There's a sweet soft Page of mine,
 Does the trick worth Forty Wenches.¹⁵

Por su parte, Alexander Brome en "A Wife" (1661), para quien la esposa es "a thing", expresa no sólo el intento vano de hallar una esposa ideal sino también los martirios del matrimonio. La imposibilidad planteada por Brome constituye esa oposición irreconciliable de extremos que el hombre crea a través de imágenes sobre la mujer que subrayan esa imposibilidad entre el deseco idealizado y la realidad vista desde una perspectiva masculina:

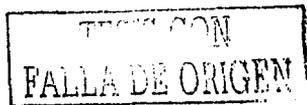
Since thou'art condemn'd to wed a thing,
 And that same thing must be a she;
 And that same she to thee must cling
 For term of life of her and thee;
 I'll tell thee what this thing shall bee.

I would not have her virtuous,
 For such a wife I ne'er did see;
 And 'tis a madness to suppose
 What never was, nor e're shall bee;
 To seem so is enough to thee.

[...]
 One part of valour let her have;
 Not to return but suffer ill,
 To her own passion be no slave
 But to thy laws obedient still,
 And unto thine submit her will.

[...]
 Tir'd she should be, not satisfi'd,
 But alwaies tempting thee for more,
 So cunningly she been't espy'd.
 Let her act all parts like a whore,
 So she been't one, I'd ask no more.

[...]

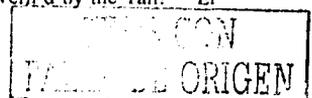


But above all things, let her be
 Short liv'd and rich, no strong-dock'd *Jone*,
 That dares to live till 53.
 Find this wife, if thou must have one;
 But there's no wife so good as none.¹⁶

Pero la comedia del periodo de la Restauración plantea un cambio trascendental entre mujer y literatura. Por vez primera se contratan actrices para actuar en obras teatrales y se escriben papeles femeninos protagónicos para el lucimiento de actrices famosas del periodo. Este es el caso de William Congreve, quien escribe el papel de Millamant en "The Way of the World" para Anne Bracegirdle.¹⁷ La presencia de la mujer en la comedia de la Restauración establece nuevas reglas, y es así que los personajes femeninos acuerdan los términos del noviazgo y el matrimonio, y sostienen combates de ingenio con los hombres, en los que demuestran que no tienen la menor intención de someterse a los deseos del marido. Tal es el caso de Millamant en "The Way of the World" de William Congreve. En la escena 5 del acto IV de esta comedia, Mirabell y Millamant discuten los términos de su futuro matrimonio y Millamant es categórica en cuanto a los siguientes:

MILLAMANT. Ah! Idle creature, get up when you will.- And d'ye hear, I won't be called names after I'm married; positively I won't be called names.
 MIRABELL. Names?
 MILLAMANT. Aye, as wife, spouse, my dear, joy, jewel, love, sweetheart, and the rest of that nauseous cant in which men and their wives are so fulsomely familiar-I shall never bear that.- Good Mirabell, don't let us be familiar or fond, nor kiss before folks, like my Lady Fadler and Sir Francis, nor go to Hyde Park together the first Sunday in a new chariot to provoke eyes and whispers, and then never be seen together again, as if we were proud of one another the first week and ashamed of one another for ever after. Let us never visit together nor go to a play together, but let us be very strange and well bred. Let us be as strange as if we had been married a great while, and as well bred as if we were not married at all.¹⁸

De la comedia de la Restauración se derivan relaciones novedosas e incluso sofisticadas entre el hombre y la mujer, sin embargo, la doble moral se halla latente. En la comedia se justifica la infidelidad del hombre, pero esta conducta en la mujer es motivo de censura y escarnio. El blanco de la sátira de los *wits* de la Restauración es la mujer; afirman que la razón no gobierna en la mujer, y, por tanto, este tema constituye uno de sus blancos preferidos. Para William Wycherley es difícil encontrar una mujer "that would steer her Conduct by her Reason", ya que en ella "The Head is always govern'd by the Tail!"¹⁹ El



hombre, se señala, está a la merced de la belleza de la mujer. Él puede, momentáneamente, perder la razón, pero la belleza es tan sólo el engeñecedor reflejo de afeites y maquillajes:

From our own Blindness, not your Brightness, so
Do our flatt'ring Faith, and strain'd Devotion grow.²⁰

Es así que el amor y la admiración hacia la mujer no provienen de la razón, paradigma de perfección de la época, sino de una imagen falsa sin fundamento racional, es decir, de una ilusión.

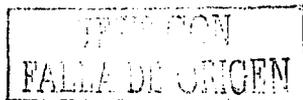
Si el amor es un asunto que se pone en duda, el matrimonio resulta una maldición. Wycherley en la comedia "The Country Wife" (1673) dice a través de su personaje Homer:

No, the word is, I'll marry and live honest. But a marriage vow is like a penitent gamester's oath; and entering into bonds and penalties to stint himself to such a particular small sum at play for the future, which makes him but the more eager; and not being able to hold out, loses his money again, and his forfeit to boot. [...] So, then you only married to keep a whore to yourself. Well, but let me tell you: women, as you say, are like soldiers -made constant by oaths and covenants. Therefore I'd advise my friends to keep rather than to marry; since too I find, by your example, it does not serve one's turn.²¹

Claro está que muchas de estas embestidas en contra de la mujer expresan también el cinismo de los *wits* de la Restauración hacia el amor idealizado de la poesía renacentista. Una actitud cínica despoja de toda idealización al amor y al matrimonio. Incluso un autor como John Dryden, no propiamente un *court wit*, comparte esta actitud:

Why should a foolish Marriage Vow
Which long ago was made,
Oblige us to each other now
When Passion is decay'd?
We lov'd, and we lov'd, as long as we cou'd,
Till our Love was lov'd out in us both:
But our Marriage is dead, when the Pleasure is fled
'Twas Pleasure first made it an Oath.²²

De John Wilmot a los poemas de Jonathan Swift, como "Phyllis Or, The Progress of Love" (1719), "The Lady's Dressing Room" (1730), "Strephon and Chloe" (1731), "A Beautiful Young Nymph Going to Bed" (1731), "Cassinus and Peter" (1731), la misoginia en la poesía construye imágenes de la mujer como adúltera, prostituta o coqueta. Los escritores del dieciocho aluden con frecuencia a la irracionalidad de la mujer, a su preocupación por la



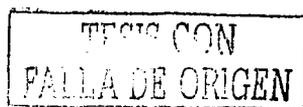
belleza y la moda, en suma, al tiempo desperdiciado en frivolidades sin sentido. Baste recordar la brillante ironía con que Alexander Pope (1688-1744) describe en "The Rape of the Lock" (1712, 1714), a través de la figura de Belinda, la superficialidad de la mujer. Belinda, la heroína de este poema, dedica una buena parte del día a su arreglo personal y a otras frivolidades para estallar, al final de la jornada, en una rabieta de dimensiones épicas cuando el Barón corta un bucle de su cabello. Gran parte de este poema está dedicado al relato delicioso y revelador de la trivialidad femenina, a través del elaborado ritual de la belleza:

And, now, unveiled, the toilet stands displayed,
 Each silver vase in mystic order laid.
 First, robed in white, the nymph intent adores,
 With head uncovered, the cosmetic powers.
 A heavenly image in the glass appears,
 To that she bends, to that her eyes she rears;
 The inferior priestess, at her altar's side,
 Trembling, begins the sacred rites of pride.²³

La vanidad, el orgullo y la falta de juicio de Belinda constituyen el objetivo de la sátira de Pope, pero el honor es uno de sus temas principales. Para las mujeres, señala Pope, el honor es tan sólo una impostura, pues viven más preocupadas por la opinión de la sociedad que por su castidad. Éste es el tema del discurso de la beligerante Thalestris en el Canto IV, quien advierte a Belinda que la mayor degradación que una mujer puede sufrir es ser la víctima del escarnio y el ridículo:

Gods! shall the ravisher display your hair,
 While the fops envy, and the ladies stare!
 Honour forbid! at whose unrivalled shrine
 Ease, pleasure, virtue, all, our sex resign.
 Methinks already I your tears survey,
 Already hear the horrid things they say,
 And all your honour in a whisper lost!²⁴

Continuemos con el tema del honor. Pope establece en el Canto II de este poema una comparación interesante entre un frágil jarrón de porcelana china y el honor de la mujer. Para lograr el efecto paródico deseado, describe a ambos de manera muy similar y les otorga, además, el mismo valor. El honor de Belinda podrá ser tan frágil como la porcelana,



pero carece de valor moral. Es así que el honor de la mujer se transforma en un objeto trivial e intrascendente, meramente ornamental:

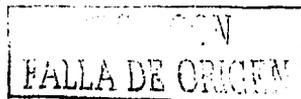
Whether the nymph shall break Diana's law,
Or some frail china-jar receive a flaw;
Or stain her honour or her new brocade;
Forget her prayers, or miss a masquerade;
Or lose her heart, or necklace, at a ball.²⁵

En el Canto V del poema Pope, a través del discurso de Clarissa, exhorta a la mujer a dejarse guiar por la razón, brindando así una solución racional al problema. El autor, a través de este discurso, arriba a su intención: mostrar cómo a la naturaleza de la mujer la define la insensatez y el desapego hacia la virtud o la razón:

'Say why are beauties praised and honoured most,
The wise man's passion, and the vain man's toast?
Why decked with all that land and sea afford,
Why angels called, and angel-liked adored?
[...]
How vain are all these glories, all our pains,
Unless good sense preserve what beauty gains:
That men may say, when we the front-box grace,
"Behold the first in virtue, as in face!"
[...]
But since, alas! frail beauty must decay,
Curled or uncurled, since locks will turn to grey;
Since painted or nor painted, all shall fade,
And she who scorns a man, must die a maid;
[...]
Beauties in vain their pretty eyes may roll;
Charms strike the sight, but merit wins the soul.'²⁶

Pope tampoco pierde la oportunidad en este poema de aludir al ingenio femenino (*female wit*). Los vapores provenientes del *spleen*, dice en el Canto IV, causan un efecto devastador en la mujer, pues destruyen la razón y el buen humor. Estos vapores, señala, son los que dan origen al ingenio femenino, al cual describe como una convulsión histérica que provoca en la mujer el deseo de escribir. Las mujeres podrán ser *scribblers* pero nunca escritoras:

Parent of vapours and of female wit,
Who gives the hysteric or poetic fit,
On various tempers act by various ways,
Makes some take physic, others scribble plays;



Who cause the prouds their visits to delay,
And send the godly in a pet to pray.²⁷

Sobre el tema del *spleen* Anne Finch, Countess of Winchilsea (1661-1720) brinda un punto de vista diferente. Esta escritora, amiga de Pope por algún tiempo, resultó tiempo después el blanco preferido de los ataques de Pope en contra de las *bluestockings*. Al parecer, Alexander Pope olvidó su admiración por los poemas de esta autora.²⁸ Anne Finch nos ofrece la otra cara de la moneda al describir el efecto que el *spleen* tiene en el hombre:

Patron thou art to evr'y gross abuse,
The sullen husband's feigned excuse,
When all the ill humour with his wife he spends,
And bears recruited wit and spirits to his friends.²⁹

En "The Rape of the Lock", bajo el disfraz chispeante y cautivador de la ironía se oculta el desprecio hacia la mujer. Esto se torna más explícito en la sátira "Epistle II. To a Lady" (1735) en *Epistles to Several Persons* de Alexander Pope. Desde el segundo verso del poema, "Women have no character at all",³⁰ a la mujer se le describe como un ser superficial e inconstante, sin un carácter que la defina. La característica que la distingue, afirma Pope, es el color de su cabello: "And best distinguished by black, brown, or fair".³¹ El personaje de Papillia en este poema sirve como ejemplo de la irracionalidad e inconstancia en la mujer:

Papillia, wedded to her amorous spark,
Sighs for the shades - 'How charming is a park!
A park is purchased, but the fair he sees
All bathed in tears - 'Oh, odious, odious trees!'³²

Sin embargo, estas imágenes de la mujer están preñadas de contradicciones. La indefinición y la inconstancia son vicios pero también, de manera paradójica, atributos necesarios del encanto femenino. En esta estructura dual de oposiciones la mujer, por tanto, sólo puede ser: "Fine by defect, and delicately weak."³³

La inconstancia, la vanidad, la pereza, la indolencia y la infidelidad de la mujer se traducen en engaño, dolor e hipocresía, y estas imágenes pueden adquirir en Alexander Pope efectos aún más destructivos. Los versos antes mencionados del poema "Epistle II. To a Lady":

TECNO CON
FALLA DE ORIGEN

Nothing so true as what you once let fall,
 'Most women have no character at all.'
 Matter too soft a lasting mark to bear,
 And best distinguished by black, brown, or fair.³⁴

refuerzan la imagen de la mujer como un ser contradictorio e irracional que tan sólo es la extensión imperfecta del hombre:

And yet, believe me, good as well as ill,
 Woman's at best a contradiction still.
 Heaven, when it strives to polish all it can
 Its last best work, but forms a softer man;³⁵

En la poesía de Pope, la mujer sirve para ilustrar conceptos considerados universales en el siglo XVIII, tales como la inconstancia, la vanidad y el orgullo. Pero Pope también crea otros personajes que sirven de modelo para el sentido común, la tolerancia y el buen humor, como Clarissa en el Canto V de "The Rape of the Lock". En "Epistle to a Lady" Pope afirma: "Most women have no character at all", pero también intenta mantener el equilibrio y la armonía, brindando una bella, pero inalcanzable, imagen de la mujer ideal:

And yet, believe me, good as well as ill,
 Woman's at best a contradiction still.
 Heaven, when it strives to polish all it can
 Its last best work, but forms a softer man;
 Picks from each sex, to make the favourite blest,
 Your love of pleasure, our desire of rest:
 Blends, in exception to all general rules,
 Your taste of follies, with our scorn of fools:
 Reserve with frankness, art with truth allied,
 Courage with softness, modesty with pride;
 Fixed principles, with fancy ever new;
 Shakes all together, and produces -You.

Be this a woman's fame: with this unblest,
 Toasts live a scorn, and queens may die a jest.
 This Phoebus promised (I forget the year)
 When those blue eyes first opened on the sphere;
 Ascendant Phoebus watched the hour with care,
 Averted half your parents' simple prayer;
 And gave you beauty, but denied the pelf
 That buys your sex a tyrant o'er itself.
 The generous god, who with and gold refines,
 Kept dress for duchesses, the world shall know it,
 To you gave sense, good humour, and a poet.³⁶

TEJIC CON
 FALLA DE ORIGEN

En "Epistle to a Lady" se hallan entrelazadas la misoginia con la imagen exquisita, pero ambigua, de la mujer ideal. En "The Rape of the Lock", Pope nos brinda una imagen de la mujer a través de la figura de la coqueta, y en *Epistle to a Lady*, a través de diversas imágenes: la orgullosa, la coqueta y la mojegata. La mujer tiene un temperamento mudable; es inconstante, desea el placer y el poder, y su fin último reside en adorar su belleza. Sin embargo, ambos poemas sugieren que la mujer sufre también las desigualdades de la educación, las costumbres y las tradiciones. Pero esta sugerencia se ve matizada por un tono de desaprobación. Sólo una mujer carente de prudencia y recato, es capaz de desplegar en público sus conocimientos o su ingenio:

But grant, in public men sometimes are shown,
 A woman's seen in private life alone:
 Our bolder talents in full light displayed;
 Your virtues open fairest in the shade.
 Breed to disguise, in public 'tis your hide;
 There, none distinguish twixt your shame or pride,
 Weakness or delicacy; all so nice,
 That each may seem a virtue, or a vice.³⁷

El tono de ambigüedad que Pope manifiesta hacia el personaje de Belinda en "The Rape of the Lock" desaparece en "Epistle to a Lady". En el primer poema, el poeta aconseja, a través del discurso de Clarissa, buen humor y sentido común para resolver el problema. Pero en el segundo poema nos muestra el futuro de Belinda, su vejez solitaria, si no dulcifica su actitud hacia los hombres. Aquí emplea el tono de exhortación de Clarissa con un matiz más implacable. En "Epistle" Pope brinda de nuevo una solución que, en este caso, no consistirá en una actitud de buen humor y tolerancia sino de sumisión y obediencia:

Yet mark the fate of a whole sex of queens!
 Power all their end, but beauty all the means:
 In youth they conquer, with so wild a rage,
 As leaves them scarce a subject in their age:
 For foreign glory, foreign joy, they roam;
 No thought of peace or happiness at home,
 But wisdom's triumph is well-timed retreat,
 As hard a science to the fair as great!
 Beauties, like tyrants, old and friendless grown,
 Yet hate repose, and dread to be alone,
 Worn out in public, weary every eye,

TESIS CON
 FALLA DE ORIGEN

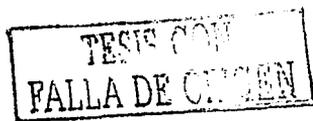
Nor leave one sigh behind them when they die.
 Oh! blest with temper whose unclouded ray
 Can make tomorrow cheerful as today;
 She, who can love a sister's charms, or hear
 Sighs for a daughter with unwounded ear;
 She, who ne'er answers till a husband cools,
 Or, if she rules him, never shows she rules;
 Charms by accepting, by submitting sways,
 Yet has her humour most when she obeys;
 Let fops or fortune fly which way they will;
 Disdains all loss of tickets, or Codille;
 Spleen, vapours, or smallpox, above them all,
 And mistress of herself, though China fall.³⁸

Hemos visto que los personajes femeninos que Pope nos muestra son seres frívolos que necesitan la guía de un hombre, pero en la obra de Jonathan Swift el tema de la mujer puede alcanzar un tono implacable. Recordemos en "The Lady's Dressing Room" la descripción escatológica que Swift hace de Celia cuando ella se despoja de sus aceites, su ropa, sus adornos y perfumes para descubrir que: "Oh! Celia, Celia, Celia shits!".³⁹ En los poemas "The Progress of Beauty" (1719), "The Lady's Dressing Room" (1730) y "A Beautiful Young Nymph Going to Bed. Written for the Honour of the Fair Sex" (1731), Swift va más allá del tono de decoro empleado por los escritores de sátira para atacar abiertamente a la mujer.

En el siglo XVIII el uso de cosméticos constituía una prueba más de la falsedad e insensatez de la mujer y uno de los propósitos, un tanto didácticos, de la literatura de la época era exhortarla a abandonar su uso. El ridículo consistía un remedio eficaz. Con frecuencia se empleaba un tono cortés y apegado a las normas del decoro pero, a fin de cuentas, el propósito era el mismo. En "The Lady's Dressing Room" Strephon entra a escondidas en el cuarto de su amada Celia y encuentra "Ointments good for scabby chops"⁴⁰, además de "a dirty smock beneath the arm-pits well besmeared".⁴¹ Sobre el tocador hallan

various combs for various uses,
 Filled up with dirt so closely fixed,
 No brush could force a way betwixt;⁴²

así como flores de alumbre:



to stop the steams,
Exhaled from sour unsavoury streams.⁴³

Strephon continúa su recorrido y se topa con el orinal de Celia y su contenido, al cual Swift describe minuciosamente a lo largo de 46 versos. El poema finaliza con el castigo de la implacable diosa Venganza y las palabras del poeta. La diosa

Soon punished Strephon for his peeping.
His foul imagination links
Each Dame he sees with all her stinks:⁴⁴

pero la venganza del poeta es aún más despiadada:

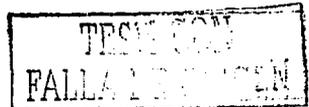
When Celia in her Glory shows,
If Strephon would but stop his nose, [...]
He soon would learn to think like me,
And bless his ravished eyes to see
Such order from confusion sprung,
Such gaudy *nulips* raised from *dung*.⁴⁵

En "A Beautiful Young Nymph Going to Bed" y "The Lady's Dressing Room", Swift aborda también otro tema: el mal uso que la mujer hace del tiempo, del desperdicio de las horas nunca más recobradas. Todo ello da cuenta, una vez más, del caos en que habita la mujer; del orden que no podrá restablecerse a causa de su indolencia y pereza. Cada mañana, señala Swift, la mujer malgasta una cantidad considerable de tiempo en poner orden al caos que, en esencia, define su condición de mujer:

The nymph, though in this mangled plight,
Must every morn her limbs unite.
But how shall I describe her arts
To recollect the scattered parts?⁴⁶

Toda la suciedad que Strephon descubre en "The Lady's Dressing Room" es el residuo indecente e indecoroso del tiempo que Celia desperdicia en su arreglo personal. La prueba de ese caos se halla en el penetrante olor del excremento que emana del orinal oculto en un ornamentado gabinete:

In vain the workman showed his wit
With rings and hinges counterfeit



To make it seem in this disguise
 A cabinet to vulgar eyes:
 Which Strephon ventured to look in,
 Resolved to go through *thick and thin*;
 He lifts the lid: there need no more,
 He smelt it all the time before.⁴⁷

Este vistoso gabinete es el equivalente al ornamentado cuerpo de Celia disfrazado por las artes de afeites, perfumes y cosméticos. El cuerpo de la mujer es, finalmente, la apariencia deslumbrante que encubre un interior caótico y pestilente. Es así que el tocador de la dama constituye uno de los temas recurrentes en la sátira del dieciocho:

The dressing-room scene from Juvenal evokes all that men found most frightening about the changing Restoration woman. It unites the three most frequent charges against the sex -pride, lust, and inconstancy. The dressing-room scenes warn men to penetrate the disguises of women in order to protect themselves.⁴⁸

Al tocador se le concibe como el lugar donde la mujer se prepara, a través de un largo ritual de belleza, para cautivar al hombre y, finalmente, avasallarlo. Recordemos tan sólo la escena del tocador en "The Rape of the Lock" y "The Lady's Dressing Room". El tocador provoca una curiosidad mórbida sobre el misterio de lo femenino. En la esfera de la mujer, éste es su ámbito más privado, y el hombre que penetra este territorio, prohibido para él, sufrirá las consecuencias de su transgresión. Es así que notamos la intención moral del poema. Se combate el vicio, pero a costa de la autonomía e identidad femeninas.

La sutil y compleja poesía de Swift suscita interpretaciones que, con frecuencia, difieren de manera notable. Se le considera misógino o misántropo o moralista; aquel que pone en evidencia los excesos y la irracionalidad de su época. Es también aquel que observa el vacío y la inutilidad de la vida de la mujer; aquel que le aconseja brindar sentido a la vida del hombre, ayudándolo a alcanzar un orden espiritual, moral y racional. Esto último resulta evidente en sus poemas a Stella. En el último poema de cumpleaños dedicado a Stella (1727), Swift la elogia por mirar con denuedo hacia su pasado y enfrentar con valor el futuro sin lamentarse inútilmente por la pérdida de su belleza y su juventud:

For Virtue in her daily Race,
 Like *Janus*, bears a double Face;
 Looks back with Joy where she has gone,
 And therefore goes with Courage on⁴⁹

TESIS CON
 FALLA DE ORIGEN

En un poema de cumpleaños anterior (1725), Swift describe el paso del tiempo en su amada a la vez que transforma el inevitable deterioro físico en un emblema de amor y respeto. En sus poemas escatológicos, Swift aconseja a los amantes que observen a las “ninfas” en sus salones íntimos y descubran sus secretos, pero el poeta se declara incapaz de ver los defectos físicos de Stella. No sólo su visión, mermada por la edad, sirve como equilibrio frente al deterioro físico de su amada, sino que, más importante aún, el implacable paso del tiempo no ha sido capaz de restar en Stella los atributos de honor, virtud, sentido común e ingenio:

But, Stella say, what evil tongue
 Reports you are no longer young?
 That Time sits with his scythe to mow
 Where erst sat Cupid with his bow;
 That half your locks are turned to grey;
 I'll ne'er believe a word they say.
 'Tis true, but let it not be known,
 My eyes are somewhat dimmish grown;
 For nature, always in the right,
 To your decays adapts my sight,
 And wrinkles undistinguish'd pass,
 For I'm ashamed to use a glass;
 And till I see them with these eyes,
 Whoever says you have them, lies.
 No length of time can make you quit
 Honour and virtue, sense and wit,
 Thus you may still be young to me,
 While I can better *hear* than *see*;
 Oh, ne'er may fortune show her spite,
 To make me *deaf*, and mend my *sight*.⁵⁰

Los poemas a Stella evocan la imagen de un ideal femenino. Para Swift, la honestidad, la racionalidad, la sensibilidad, el ingenio, la generosidad, el valor y la amistad de Stella constituyen las virtudes que tanto hombres como mujeres deberían poseer. Pero, insiste, la mujer debe esforzarse en abrigar *a manly soul* con los atributos de belleza, racionalidad y nobleza:

Say Stella, was Prometheus blind,
 And forming you, mistook your kind?
 No: 'twas for you alone he stole
 The fire that forms a manly soul;
 Then to complete it every way,

He molded it with female clay:
 To that you owe the nobler flame.
 To this, the beauty of your frame.⁵¹

En la oda "To Lord Harley since Earl of Oxford on His Marriage" (1713), Swift brinda otra interpretación del ideal de la mujer en la figura de Lady Henrietta Cavendish Holles, emblema de la mujer virtuosa que restaura el orden, aunque este panegírico, debemos señalar, poco tiene que ver con Stella y sus imperfecciones humanas. En esta oda Swift brinda una nueva visión al mito de Dafne y Apolo:

Had Bacchus after Daphne reeled,
 The nymph had soon been brought to yield;
 Or, had embroidered Mars pursued,
 The nymph would ne'er have been a prude.
 The thousand footsteps, full in view,
 Mark out the way where Daphne flew.
 For such is all the sex's flight,
 They fly from learning, wit, and light:
 They fly, and none can overtake
 But some gay coxcomb, or a rake.⁵²

Dafne constituye una representación del sexo femenino ("all the sex's flight") que huye aterrorizado de Apolo, es decir, de la unión con Lord Harley, símbolo del apolíneo ideal masculino. Pero el poema establece una clara diferencia entre la joven esposa de Harley y la horrorizada Dafne. No es Lady Cavendish quien huye del dios Apolo, sino el tropel de vírgenes a quienes Atenas transforma en trozos de madera por intentar escapar de las virtudes apolíneas:

that glittering crowd,
 Of titles, birth, and fortune proud,
 (As fools are insolent and vain)
 Madly aspired to wear her chain:
 But Pallas, guardian of the maid,
 Descending to her charge's aid,
 Held out Medusa's snaky locks,
 Which stupefied them all to stocks.⁵³

Y así Swift logra de nuevo su propósito, el elogio de una imagen idealizada de la mujer a costa del sexo femenino:

FALLA DE ORIGEN

Terrestrial nymphs, by formal arts,
 Display their various nets for hearts:
 Their looks are all by method set,
 When to be prude and when coquette;
 Yet, wanting skill and power to choose,
 Their only pride is to refuse.
 But, when a goddess should bestow
 Her love on some bright youth below,
 Round all the earth she casts her eyes;
 And then, descending from the skies,
 Makes choice of him she fancies best,
 And bids the ravished youth be blessed.⁵⁴

A este respecto, resulta interesante citar al crítico inglés Denis Donoghue quien muestra una interpretación novedosa en relación con las sátiras de Swift hacia la mujer. Afirma que aquello que censura en la mujer constituye lo que le resulta ofensivo de la sociedad inglesa:

As a poet he distrusts the vague, transitional moments when a thing is neither fully itself nor something else. He is restless with things that do not maintain their own identity. [...] All that Swift finds intolerable -the unconscious, sleep, dream, visions of fancy, delusions of pride, the passions- is particularly associated with women in the satiric tradition.⁵⁵

Swift da muestra del vacío, la inutilidad y la superficialidad de la vida de la mujer, pero también hace responsable a la sociedad por su educación. Además, señala, la mujer tiene en sus manos los medios de brindar algún significado a su vida, empleando su tiempo de diferente manera. En "Epistle to a Lady" (1733), Swift pone en labios de Lady Acheson el descontento e insatisfacción de la mujer por su educación. Este descuido sólo podrá traducirse en las tan criticadas imprevisión, ligereza e irreflexión femeninas:

'Bred a fondling, and an heiress;
 Dressed like any Lady Mayoress;
 Cockeyed by the servants round,
 Was too good to touch the ground,
 Thought the life of every lady
 Should be one continual play-day:
 Balls, and masquerades, and shows,
 Visits, plays, and powdered beaux.⁵⁶

Estos versos, claro está, también aluden a la soberbia y la vanidad de la mujer, a su incapacidad de poner un alto al torbellino de sus compromisos sociales para brindar otra

TESIS CON
 FALLA DE ORIGEN

dimensión a su vida. Ignorar el paso del tiempo, parece decirnos Swift, resulta un intento inútil porque es imposible negar lo efímero de la belleza y el deterioro del cuerpo:

You will, in Time, grow a Thing indifferent, and perhaps contemptible, unless you can supply the Loss of Youth and Beauty with more durable Qualities. You have but a very few Years to be young and handsome in the Eyes of the World; and as few Months to be so in the Eyes of a Husband, who is not a Fool.⁵⁷

Como hemos visto, la mujer en la sátira de los siglos XVII y XVIII toma el papel, en palabras de Felicity Nussbaum, de todo aquello que resulta ofensivo para la sociedad de estos siglos:

[...] the entire female sex comes to embody all that is offensive to a larger society -most frequently as a threat to the patriarchal order. Or sometimes the antifeminist satires may express an individual satirist's desire to project whatever is most frightening or unsettling in his own psyche onto another person.⁵⁸

Es así que en la sátira se crea una imagen de la mujer que justifica, muchas veces a través de la crueldad, los temores y los deseos de otros. Todo ello forma parte de una antigua y compleja tradición antifeminista. Surgen así imágenes sumamente poderosas —la mujer indulgente o la prostituta, la mujer ilustrada, la mujer ideal, el ángel— que comparten entre sí características comunes. Asimismo, en la sátira se entrelazan aspectos negativos con un ideal positivo o con un propósito moral. En la crítica mordaz se halla implícita la esperanza de algo mejor, y es así que la voz del autor se diluye en esta convención literaria que disculpa sus ataques.

En relación con la mujer, la sátira nos ofrece una visión dual: el elogio de los valores femeninos y el ridículo de la mujer que desafía el orden establecido —pensemos en el caso de la *bluestocking*—. Surgen así toda una gama de extremos irreconciliables en la sátira contra la mujer: amor/odio, racionalidad/sensibilidad, ángel/prostituta, creadora/destructora, etcétera. Escritores como John Wilmot, Second Earl of Rochester, Alexander Pope o Jonathan Swift defienden la superioridad y el poder masculinos e instan al hombre a penetrar en los ámbitos privados de la mujer y a abandonar las imágenes idealizadas de lo femenino. La sátira desmitifica la mística de lo femenino en su descripción minuciosa de los ritos de la belleza, de la intimidad. Varias escritoras expresaron su desacuerdo con aquellas imágenes creadas por el hombre que resultaron en

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

mitos de lo femenino y, por tanto, con aquella sátira que las ridiculizaba al mostrarlas como inconstantes, frívolas, orgullosas, vanidosas y pedantes.

Éste es el caso de Mary Collier (1740-1760) quien en su poema "The Woman's Labour: an Epistle to Mr. Stephen Duck in Answer to his late Poem, called The Thresher's Labour" (1739), le responde a este sujeto quien señala que la mujer pierde el tiempo en chismes e incensateces en vez de trabajar. Es así que en su respuesta, Mary Collier pone en tela de juicio la superioridad masculina y los mitos del hombre sobre la mujer:

No Learning ever was bestow'd on me;
 My Life was always spent in Drudgery;
 And not alone; alas! with Grief I find,
 It is the portion of poor Woman-kind.
 Oft have I thought as on my Bed I lay,
 Eas'd from the tiresome Labours of the Day,
 Our first Extraction from a Mass refin'd,
 Could never be for Slavery design'd;
 [...]
 Our Corn we carry, and our Infant too;
 Weary, alas! but 'tis not worth our while
 Once to complain, or *rest at ev'ry Stile*;
 We must make haste, for when we Home are come,
 Alas! we find our Work but just begun;
 So many Things for our Attendance call,
 Had we ten Hands, we could employ them all.
 Our Children put to Bed, with greatest Care
 We all Things for your coming Home prepare:
 You sup, and go to Bed without delay,
 And rest yourselves till the ensuing Day;
 While we, alas! but little Sleep can have,
 Because our froward Children cry and rave;
 Yet, without fail, soon as Day-light doth spring,
 We in the Field again our Work begin,
 And there, with all our Strength, our Toil renew,
 Till *Titan's* golden Rays have dry'd the Dew;
 Then home we go unto our Children dear,
 Dress, feed, and bring them to the Field with care.
 Were this your Case, you justly might complain
 That Day nor Night you are secure from Pain;
 Those mighty Troubles which perplex your Mind,
 (*Thistles* before, and *Females* come behind)
 Would vanish soon, and quickly disappear,
 Were you, like us, encumber'd thus with Care.⁵⁹

Sin embargo, es de hacer notar que aunque la mujer del dieciocho conoce muy bien la fórmula creada para el ideal femenino: ser la compañera recatada, obediente y sumisa que brinda orden, paz y serenidad al ámbito doméstico, en sus escritos también hallamos un matiz de rebeldía silenciado por la voz del decoro.

La sátira, como ya se ha mencionado, describe a la mujer como un ser inconstante, frívolo e inestable para crear, por otra parte, la imagen de la mujer ideal —reflejo de las aspiraciones y deseos masculinos— encargada de establecer el orden. Pero uno se pregunta, ¿si la mujer es un ser inestable, cómo podrá crear orden? En otras palabras, ¿cómo podrá trascender las inclinaciones naturales de su sexo y lograr que la razón triunfe sobre la naturaleza?

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

CAPÍTULO III. *We live not the Life of a Rational Creature but only of an Animal*: educación y racionalidad de la mujer

For till we are capable of Chusing our own Actions and directing them by some Principle, tho we Move and Speak and do many such like things, we live not the Life of a Rational Creature but only of an Animal.

Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies"¹

La figura idealizada de la mujer, una imagen ausente en la sátira del siglo XVII, renace en el dieciocho con otros matices. La mujer, aquella imagen que encarnaba el caos, se transforma, en la segunda mitad del dieciocho, en paradigma de valores y tradiciones:

traditional mysogyny was replaced by the image of the chaste maiden and obedient wife. [...] Juvenal, as interpreted by his mid- and late eighteenth-century translators, begins to develop a tear in his eye; the path from the whore to the fallen woman leads to greater understanding of the woman's plight, and a shift in blame from her inherent sexual characteristics to her social plight.²

Es así que se crea la imagen de la mujer débil y pasiva, a quien se le encomienda custodiar los valores morales de la familia. Ella es, por tanto, el objeto de consejos y de advertencias.

La imagen de la mujer casta y obediente, muy cercana a la de un ángel, recrea también una imagen de fragilidad que necesita de la protección masculina. Es así que surge una transición importante en la segunda mitad del dieciocho: la mujer, de ser objeto de odio y ridículo, se transforma en uno de desamparo. Nace también un mayor interés por la educación de la mujer. Se considera que es posible encauzar su educación a través de argumentos basados en la razón.

La función natural de la mujer, coinciden varios autores, es la de brindar estabilidad a la sociedad a través del orden en el mundo doméstico: "She seeks wool and flax, and works with willing hands".³ Esta imagen bíblica de la mujer propicia otras imágenes que la definirán, nuevamente, mediante extremos irreconciliables: ella es frívola e inconstante, aunque, también se encarga de atender el hogar y crear el orden doméstico —importante tarea moral y social que redundará en un bien colectivo—. La idea de educar y reformar a la mujer por medio de la razón se hace patente en el ensayo periodístico. En 1711, Joseph

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Addison brinda su visión de la mujer ideal a través de la figura de Aurelia en "The Spectator":

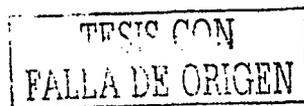
Aurelia, though a Woman of Great Quality, delights in the Privacy of Country Life, and passes away a great part of her Time in her Own Walks and Gardens. Her Husband, who is her Bosom Friend, and Companion in her Solitudes, has been in Love with her ever since he knew her. They both abound with good Sense, consummate Virtue, and a mutual esteem; and are a perpetual Entertainment to one another. Their Family is under so regular an Oeconomy, in its Hours of Devotion and Repast, Employment and Diversion, that it looks like a little Common-Wealth within itself.⁴

Ocho décadas más tarde cuando el clérigo John Bennett publica "Strictures on Female Education Chiefly as It Relates to the Culture of the Heart" en 1795, los debates sobre educación se toman más polémicos y radicales. Sin embargo, ni Bennett, un influyente defensor de la igualdad como un derecho natural de la mujer, logra desembarazarse de una visión de la mujer sembrada de contradicciones irreconciliables. La misión principal de la mujer, afirma Bennett, es ser encantadora; la sensibilidad, la debilidad y, nótese, la superficialidad, constituyen la esencia de la femineidad:

The truth is, that restlessness of sensibility, and that inquietude of imagination, which debar the possibility of great attainments, were providentially designed to compose the very life and essence of their grace. They are the very medium by which they please. If they were constituted to have our *firmness* and our *depth*, they would want their native and strongest attraction. They would cease to be *women* and they would cease to *charm*.⁵

Es así que a lo largo del siglo XVIII, se incorpora en el imaginario colectivo lo que podríamos llamar la figura femenina ideal, y esto da lugar a un número considerable de libros, ensayos y artículos donde los escritores formulan una serie de consejos sobre moral y conducta. En ellos, desde luego, se intenta inculcar en la mujer el ideal de femineidad aceptado por el pensamiento de ese siglo. Veamos tan sólo ciertos pasajes de obras distintas.

François de Salignac de la Mothe-Fénélon escribe en 1687 un tratado sobre la educación de las hijas que circula en Inglaterra en su versión al inglés hacia 1707. El siguiente pasaje de "Treatise on the Education of Daughters" es representativo del pensamiento de la época:



It is true, that we should be on our guard not to make them ridiculously learned. Women, in general, possess a weaker but more inquisitive mind than men; hence it follows that their pursuits should be of a quiet and sober turn. They are not formed to govern the state, to make war, or to enter into the church; so that they must well dispense with any profound knowledge relating to politics, military tactics, philosophy, and theology. The greater part of the mechanical arts are also improper for them: they are made for moderate exercise; their bodies as well as minds are less strong and energetic than those of men; but to compensate for their defects, nature has bestowed on them a spirit of industry, united with propriety of behaviour, and an economy which renders them at once the ornament and comfort of home.⁶

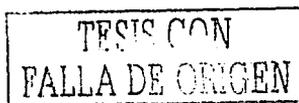
Un ensayista de tanta influencia en la opinión pública como Joseph Addison, creador con Richard Steele de una de las formas más características de la literatura del siglo XVIII, el ensayo periodístico, en el momento en que la literatura con fines morales adquiere un peso enorme, publica en 1711 en "The Spectator", el ensayo "Party Patches". En él expresa su crítica hacia las mujeres que opinan sobre política en público:

As our English women excel those of all nations in beauty, they should endeavor to outshine them in all other accomplishments proper to the sex, and to distinguish themselves as tender mothers and faithful wives, rather than as furious partisans. Females virtues are of a domestic turn. The family is the proper province for private women to shine in. [...] Would our English ladies, instead of sticking on a patch against those of their own country, show themselves so truly public-spirited as to sacrifice every one her necklace against the common enemy, what decrees ought not to be made in favor of them? [...] I cannot omit a sentence in the celebrated funeral oration of Pericles, which he made in honor of those brave Athenians that were slain in a fight with the Lacedemonians. After having addressed himself to the several ranks and orders of his countrymen, and shown them how they should behave themselves in the public cause, he turns to the female part of his audience: "And as for you," says he, "I shall advise you in very few words. Aspire only to those virtues that are peculiar to your sex; follow your natural modesty, and think it your greatest commendation not to be talked of one way or the other."⁷

En "A Father's Legacy to His Daughters" de 1774, el Dr. John Gregory aconseja a sus hijas:

Be even cautious in displaying your good sense. It will be thought you assume a superiority over the rest of the company.- But if you happen to have any learning, keep it a profound secret, especially from the men, who generally look with a jealous and malignant eye on a woman of great parts, and a cultivated understanding.⁸

Quizá de estos pasajes seleccionados, el de Vicesimus Knox, que data de 1779, sea el más progresista, pero sin dejar de participar del ideal común. En "Of the Insensibility of the Men to the Charms of a Female Mind Cultivated with Polite and Solid Literature" confiesa Knox:



I must confess, I ever thought it the most valuable recommendation of a wife to be capable of becoming a conversable companion to her husband: nor did I ever conceive that the qualifications of a cook-maid, a laundress, or a house-keeper were the most desirable accomplishments in a partner for life. A woman of improved understanding and real sense is more likely to submit to her condition, whatever it may be, than the uneducated or half-learned; and such an one will always be willing to superintend oeconomy when it becomes her duty; and to take an active part in household management, when the happiness of him she loves, and of herself, depends upon her personal interference.⁹

Los fragmentos anteriores establecen, mediante un tono cortés y condescendiente, las obligaciones de esposas e hijas. Su finalidad es convencer a las mujeres de clase media, a quienes están dirigidos estos consejos y modelos de conducta, a permanecer en el ámbito de lo doméstico.

Si la literatura es un medio para brindar consejo a la mujer, que la encauza a guiarse por la razón —y no por la insensatez y la extravagancia— podemos deducir que los escritores del dieciocho consideran a la mujer como un ser capaz de razonar. Sin embargo, prevalece la imagen de la mujer como una creatura de naturaleza frágil con una inclinación natural hacia la irracionalidad. Esta actitud la hallamos, por ejemplo, en las cartas de Lord Chesterfield a su hijo. En ellas, el autor nos da su versión del asunto en la que se deja entrever cómo una cierta dosis de misoginia puede ser una buena educación sentimental para su hijo:

They are only children of a larger growth; they have an entertaining tattle, and sometimes, wit; but for solid reasoning, good sense, I never knew in my life one that had it, or who reasoned or acted consequentially for all four-and-twenty hours together. [...] A man of sense only trifles with them, plays with them, humours and flatters them, as he does with a sprightly, forward child; but he neither consults them about, nor trusts them with serious matters; though he often makes them believe that he does both; which is the thing in the world that they are proud of; for they love mightily to be dabbling in business (which, by the way, they always spoil).¹⁰

La literatura del dieciocho hace hincapié en la conducta de la mujer. El ideal neoclásico de sobriedad, decoro y urbanidad se halla latente en la literatura dirigida a la mujer, por ser ella la encarnación de los ideales de la modestia y el decoro:

How vain are all these glories, all our pains,
Unless good sense preserve what beauty gains:

That men may say, when we the front-box grace,
'Behold the first in virtue, as in face!'¹¹

Las convenciones neoclásicas del decoro contribuyen a gestar el concepto de sentimentalismo y a que surga en la clase media un culto hacia la sensibilidad de la mujer, hacia su pureza, su emotividad y, sobre todo, su pasividad. La burguesía ve plasmada su superioridad moral en la imagen de la mujer casta y angelical que lucha por preservar su virginidad en una batalla solitaria en contra de los embates de una clase aristócrata, depredadora y masculina. Lo anterior constituye el tema de *Pamela* (1747) y *Clarissa* (1748) de Samuel Richardson. La sexualidad femenina es un tema que en la novela del dieciocho se describe, se analiza, y se somete a juicio, en un afán de controlarla. A este respecto, declara Ruth Perry en *Women, Letters, and the Novel*:

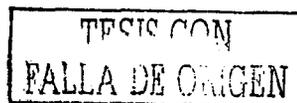
It is undeniably true that whenever the novels of the period are about women, they are about the politics of their sexuality: avoiding premarital sexual traps, fencing with suitors, catching husbands, leaving the father's home for a husband's home or, some of the plots suggest, turning the father's home into a husband's home.¹²

La política sexual para la mujer le concede cierta capacidad de razonar, pero también le niega su condición de ser racional, por no considerarlo natural a su condición de mujer. Esto lo expresa puntualmente Felicity Nussbaum de la siguiente manera:

Woman is not a rational animal, but only *rationis capax*. [...] They need not rise above their sex in order to attain the goals -they need only concentrate their energy and attention on becoming reasonable creatures-¹³

La mujer no es un ser racional, y, por tanto, resulta el blanco idóneo para que el hombre ejercite la crítica y la sátira con el fin de subrayar la fragilidad y vulnerabilidad del "sexo débil". Por lo mismo, los escritores, apegados a las convenciones de la época, se hallan más interesados en mantener a la mujer subordinada al hombre que en estimular su pensamiento. Insisten, como James Miller en "The Humours of Oxford", que el estudio puede dañar sus mentes frágiles:

The Dressing-Room, not the Study is the Lady's Province -and a Woman makes as ridiculous a Figure, poring over Globes, or thro' a Telescope, as a Man would with a pair of *Preservers* mending Lace.¹⁴



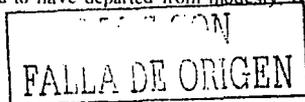
Si tomamos en cuenta que para esa época las aspiraciones intelectuales de la mujer a menudo se consideran una amenaza para el orden social y una transgresión a los ideales de la femineidad, quien se atreve a escribir y publicar sabe que esta acción equivale a poner en entredicho el honor. Los textos escritos por mujeres que, por una analogía sexual, se asocian con el decoro sexual (*sexual decorum*) se someten al juicio de un estricto código moral que se rigidiza a medida que el número de escritoras aumenta. Veamos parte del siguiente poema que Richard Polwhele publica a finales del dieciocho en el año 1798:

"The Unsex'd Females: A Poem"

Survey with me, what ne'er our fathers saw,
A female band despising NATURE'S law,
As 'proud defiance' flashes from their arms,
And vengeance smothers all their softer charms.
I shudder at the new unpictur'd scene,
Where unsex'd woman vaunts her imperious mien;
[...]
See Wollstonecraft, whom no decorum checks,
Arise, the intrepid champion of her sex;
O'er humbled man assert the sovereign claim,
And slight the timid blush of virgin fame.¹⁵

Hannah More (1745-1833) maestra, escritora profesional y miembro del círculo de las *bluestockings*, muestra un punto de vista diferente. En "Strictures on the Modern System of Female Education" (1799) emplea un argumento racional difícil de refutar cuando denuncia la injusticia de las críticas en contra de la mujer. Ella sostiene que se culpa a la mujer de defectos e imperfecciones que sólo son el resultado de una educación deficiente:

It is a singular injustice which is often exercised towards women, first to give them a very defective Education, and then to expect from them the most undeviating purity of conduct; -to train them in such a manner as shall lay them open to the most dangerous faults, and then to censure them for not proving faultless. [...] Some reflections on the present erroneous system are here with great deference submitted to public consideration. The Author is apprehensive that she shall be accused of betraying the interests of her sex by laying open their defects. [...] So to expose the weakness of the land as to suggest the necessity of internal improvement, and to point out the means of effectual defence, is not treachery, but patriotism. [...] For this purpose, not only novels and romances have been made the vehicles of vice and infidelity, but the same allurements has been held out to the women of our country, which was employed by the first philosopher to the first sinner - Knowledge. [...] Let us jealously watch every deepening shade in the change of manners; let us mark every step, however inconsiderable, whose tendency is downwards. Corruption is neither stationary nor retrograde; and to have departed from modesty is



already to have made progress. [...] A lady studies, not that she may qualify herself to become and orator or a pleader; nor that she may learn to debate, but to act. She is to read the best books, not so much to enable her to talk of them, as to bring the improvement which they furnish, to the rectification of other principles, and the formation of her habits. The great uses of study are to enable her to regulate her own mind, and to be useful to others.¹⁰

A pesar de las desventajas presentadas por la educación, muchas escritoras demuestran su capacidad y talento y ponen en tela de juicio la imagen convencional de la femineidad. Cuando nos acercamos a la escritura femenina del dieciocho, con cierta frecuencia hallamos una voz que señala a sus lectoras los modelos de conducta que deben seguir. Pero una lectura más cuidadosa nos lleva a descubrir una velada y sutil transgresión hacia el argumento central que aboga por dichos modelos de conducta. Éste es el caso de Hannah More. Al hacer uso de argumentos empleados por el hombre —por ejemplo: el conocimiento como una fuente de pecado que puede corromper a la mujer— More se ciñe al argumento supremo de la época, la razón, para demostrar que la educación haría de la mujer un ser racional y, por lo tanto, útil a la sociedad.

Otro ejemplo es el de Susannah Centlivre (?-1723) quien, de manera más directa y agresiva, critica fuertemente la educación deficiente y la doble moral que someten a la mujer. Centlivre denuncia las desventajas que la escritora debe afrontar, siglo y medio antes de Virginia Woolf en *A Room of One's Own* (1929). Esta autora hace uso de un personaje ficticio —que nos recuerda al personaje de la hermana de Shakespeare en ese mismo texto de Woolf— a quien los prejuicios y convenciones de su época le impiden revelar su identidad y dar a conocer su talento, los que, finalmente, permanecerán olvidados en el silencio:

[...] but our Poetess had Modesty, the general Attendant of Merit. She was even ashamed to proclaim her own great Genius, probably because the Custom of the Times discountenanced poetical Excellence in a Female. The Gentlemen of the Quill published it not, perhaps envying her superior Talents; and her Bookseller, complying with national Prejudices, put a fictitious Name to her *Love's Contrivance*, thro' Fear that the Work shou'd be condemned, if known to be Feminine. With modest Diffidence she sent her Performances, like Orphans, into the World, without so much as a Nobleman to protect them; but they did not need to be supported by her Interest, they were admired as soon as known, their real Standards, Merits, brought crowding Spectators to the Play-houses, and the female Author, tho' unknown, heard Applauses, such as have been heaped on that great Author and Actor *Colley Cibber*.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

[...] See here the effects of Prejudice, a Woman who did Honour to the Nation, suffer'd because she was a Woman. Are these Things fit and becoming a free-born People, who call themselves polite and civilized! Hold! let my Pen stop, and not reproach the present Age for the Sins of their Fathers...

[...] This convinces me that not only that barbarous Customs of denying Women to have Souls, begins to be rejected as foolish and absurd, but also that bold Assertion, that Female Minds are not capable of producing literary Works, equal even to those of *Pope*, now loses Ground, and probably the next Age may be taught by our Pens that our Geniuses have been hitherto cramped and smothered, but not extinguished, and that the Sovereignty which made the male Part of the Creation have, until now, usurped over us, is unreasonably arbitrary: And further, that our natural Abilities entitle us to a larger Share, not only in Literary Decisions, but that, with the present Directors, we are equally intitled to Power both in Church and State.¹⁷

Estas escritoras ofrecen otras imágenes de la mujer que desafían las imágenes convencionales e idealizadas del siglo XVIII, como las que planteara el Dr. John Gregory en "A Father's Legacy to His Daughters" (1774). Gregory alienta a la mujer a desplegar su obediencia hacia el hombre y, por tanto, aceptar su inferioridad, por ser el hombre la única fuente de seguridad. Señala que el ingenio (*wit*) constituye "the most dangerous talent a woman can have", inapropiado al decoro, dulzura y delicadeza naturales de la mujer, y advierte: "it so flattering a vanity, that they who possess it become intoxicated, and lose all self-command".¹⁸ La opinión de Gregory trae a la memoria las sátiras de Swift y Pope, y no se encuentra muy distante del juicio de Oliver Goldsmith quien, en 1760, publica en *The Ladies' Magazine* :

What a comfort and delight a woman may be to everyone around her if she acts like a woman, but how are they changed, and how shocking do they become, when the rage of ambition, or the pride of learning, agitates and swells those breasts, where only love, friendship, and tender care should dwell!¹⁹

También sobre el amor brinda consejos el Dr. Gregory. La mujer debe ser pasiva y nunca mostrar —y en ese sentido hacer público— su deseo de iniciar una relación amorosa:

It is a maxim laid down among you, and a very prudent one it is, that love is not to begin on your part, but is entirely to be the consequence of our attachment to you. [...] A woman of equal taste and delicacy marries him because she esteems him, and because he gives her that preference.²⁰

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Por lo tanto, la mujer nunca debe mostrar en público su ingenio, sus conocimientos o su amor. Debe ser cautelosa para no arriesgarse a ser criticada por su falsa superioridad. Lo más apropiado es silenciar su voz y ocultar sus sentimientos:

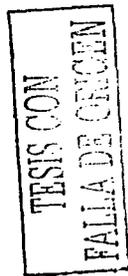
This modesty, which I think so essential to your sex, will naturally dispose you to be rather silent in company, especially in a large one. People of sense and discernment will never mistake such silence for dullness. *One may take a share in conversation without uttering a syllable.* The expression in the countenance shews it, and this never escapes an observing eye...²¹

Resulta más apropiado y cercano a la naturaleza femenina, afirma John Gregory, mostrar interés por las prendas de vestir que por la lectura:

The love of dress is natural to you, and therefore it is proper and reasonable. Good sense will regulate your expence in it, and good taste will direct you to dress in such a way as to conceal any blemishes, and set off your beauties, if you have any, to the greatest advantage.²²

El énfasis en la razón, en la racionalidad femenina, en lo razonable y lo racional resultan, como ya se ha visto, temas constantes de debate, los cuales adquirirán matices diversos y distintas formas de abordarlos. Para entender cómo se van dando estos cambios, será conveniente situarnos en la Restauración y avanzar hasta finales del dieciocho. Paradójicamente, los *Restoration wits* muestran a la mujer bajo la enneguecedora luz de la razón para demostrar su irracionalidad. La crítica del dieciocho señala, por otra parte, que la conducta femenina se aleja de los parámetros considerados racionales y exhorta a la mujer a evitar la trivialidad, la insensatez, la extravagancia, es decir, conductas inapropiadas en los seres racionales.

De la Restauración hasta finales del siglo XVIII la actitud hacia las mujeres se suaviza gradualmente, o podemos afirmar, se oculta tras la máscara de la urbanidad y la cortesía para ocultar el desprecio hacia ellas. La crítica, en gran medida, cruel y devastadora de los periodos de la Restauración y el Neoclasicismo se transforma, a través de la corrección y el decoro del siglo XVIII, en una crítica gentil, pero también devastadora. Algunos escritores se abstienen de formular ataques ásperos, e incluso crueles, en contra de la mujer, logrando así establecer un equilibrio que compensa las críticas con un tono condescendiente, paternalista y protector. Jonathan Swift, por su parte, encarna el retorno al



carácter duro y poco sentimental de la Restauración, y su actitud cínica hacia el amor y la belleza es quizás una postura crítica en contra de la idealización y la ilusión, contrarias al cultivo de la razón. Richard Steele y Joseph Addison nos brindan una visión diferente. La caballerosidad escrupulosa de sus escritos en los que abogan por la racionalidad de la mujer, oculta también sus dudas por la capacidad y el talento femeninos.

Resulta interesante observar los diversos matices que el tema de la razón adquiere a lo largo del siglo XVIII. John Gregory, por ejemplo, considera razonable que la mujer dedique horas interminables a su arreglo personal, pero no así a la lectura. Quizá la palabra *rational* fue adquiriendo el mismo significado de *proper*. Los cánones sociales a los que la palabra *propriety* aludía: decoro, corrección, en otras palabras, la suma de las convenciones morales y sociales, encarnan una imagen idealizada de la mujer, a la que se le incita a ser débil, pasiva, dependiente y, sobre todo, a no pensar. Los ataques manifiestos y explícitos en contra de la mujer dejan de ser aceptables para la sociedad del dieciocho, pero el menosprecio que toma su lugar no resulta menos destructivo. A la escritora se le considera un ser anómalo, pero todas las mujeres padecen las leyes de desigualdad y desventaja.

Ya para 1632 *The Law's Resolution of Women's Rights* determina que las mujeres "have nothing to do in constituting laws, of consenting to them, in interpreting of laws, or in hearing them interpreted...and yet they stand strictly tied to men's establishments, little or nothing excused by ignorance".²³ En 1770 el Parlamento inglés decreta que:

all women of whatever age, rank, profession, or degree, whether virgin maid or widow, that shall from and after such Act impose upon, seduce, and betray into matrimony any of His Majesty's subjects by means of scent, paints, cosmetics, washes, artificial teeth, false hair, Spanish wool, iron stays, hoops, high-heeled shoes, or bolstered hips, shall incur the penalty of the law now in force against witchcraft and like misdemeanours, and that marriage upon conviction shall stand null and void.²⁴

Los libros de conducta (*conduct books*) de la segunda mitad del dieciocho adoptan un tono paternal en sus consejos hacia la mujer casada, pero también le advierten de los castigos si no se obedecen las normas del matrimonio:

"A Letter of Genteel and Moral Advice to a Young Lady" de Wetenhall Wilkes, (1740); octava edición 1766

"The Duties of a Married Female"

There is a great discretion required, to keep love alive after marriage; and the conversation of a married couple, cannot be agreeable for years together, without an earnest endeavour to please on both sides. If the love of a wife be tempered with a tolerable share of good sense, she will be sure never to have any private views of her own; nor do anything of consequence, which her husband may possibly dislike, without consulting him.

[...]

The utmost happiness we can hope for in this world, is contentment; and if we aim at anything higher, we shall meet with nothing but grief and disappointments. Hence, it reasonably follows, that a wife must direct all her studies, and endeavours, to the attainment of this virtue; before her thoughts can attend to all the softnesses, and endearments, of refined love in the married state. Without this disposition, if she were possessed of all the happiness that is dispersed through the world, her life would be uneasy - her pleasures all insipid.²⁵

La situación de la mujer soltera y de la viuda, curiosamente, resulta ser menos desventajosa. La soltera puede poseer propiedades y la viuda tiene derecho a una parte de las propiedades de su esposo, pero la mujer casada no puede tener propiedades y carece del derecho de heredar. El concepto jurídico de *femme covert* anula la existencia legal de la mujer en el matrimonio. Ella forma parte legal de la persona de su esposo, depende de su protección y aprobación, al grado de no tener derecho ni sobre sus hijos ni sobre su cuerpo, y, menos todavía, derecho al divorcio. Esta situación llega a tales extremos que aún en 1891 el marido posee el derecho legal de mantener prisionera a su esposa en su propia casa.²⁶ En el siglo XVIII, afirma Ruth Perry, a pesar de las desventajas legales, la mujer y el hombre disfrutaban de mayor libertad para elegir su pareja en matrimonio. Sin embargo, en las familias adineradas los matrimonios se continúan pactando, y muchas mujeres son forzadas a casarse en contra de su voluntad o a esperar, a veces durante años, el consentimiento del padre —tema común en muchas novelas de los siglos XVIII y XIX —:

The economic, social and even institutional changes which affected women's place in English society and which created a new kind of heroine, defined almost entirely by her relation to men, struggling for integrity and happiness in a world in which she was entirely dependent on other people. Women had become pawns in the game of economic redistribution without being recognized as full, productive members of the community which used them this way.²⁷

TRIPS CON
FALLA DE ORIGEN

Su dependencia e improductividad llega a tal grado que el ocio de la mujer de clase media se convierte, al paso del tiempo, en el símbolo de la riqueza del padre o del marido. Su tiempo libre, irremediabilmente desperdiciado, constituye el reflejo del nivel social y económico del hombre y, por tanto, está sujeto al control y aprobación del esposo o del padre.²⁸

A pesar del temor a la censura y al ridículo, muchas mujeres de clase media se convierten en escritoras profesionales. Actividad a la que pueden dedicarse sin salir del hogar y, más importante aún, que se hace acreedora a una cierta remuneración económica. Otras mujeres, sobre todo si son adineradas y disponen de una buena cantidad de tiempo libre, siguen el consejo de Joseph Addison y escriben cartas y diarios:

I have often thought there has not been sufficient pains taken in finding out proper employments and diversions for the fair ones. Their amusements seem contrived for them, rather as they are women, than as they are reasonable creatures, and are more adapted to the sex than to the species. [...] They should apply themselves to letters for they have more spare time on their hands, and lead a more sedentary life than men.²⁹

Las mujeres del siglo XVIII, a quienes constantemente se les recuerda sus deficiencias y, por tanto, son susceptibles de recibir consejos, con seguridad compartirían el punto de vista de Anne Finch, Countess of Winchilsea (1661-1720), sobre los obstáculos a la creación femenina. Éstos, afirma, se podrían reducir a una educación inadecuada y deficiente, al temor al ridículo y a las preocupaciones por el hogar y las tareas domésticas:

"The Introduction"

Did I my lines intend for public view,
 How many censures would their faults pursue,
 Some would, because such words they do affect,
 Cry they're insipid, empty, uncorrect.
 And many have attained, dull and untaught,
 The name of wit only by finding fault.
 True judges might condemn their want of wit,
 And all might say they're by a woman writ.
Alas! a woman that attempts the pen
Such an intruder on the rights of men,
Such a presumptuous creature is esteemed,
The fault by no virtue be redeemed.
They tell us we mistake our sex and way;
Good breeding, fashion, dancing, dressing, play

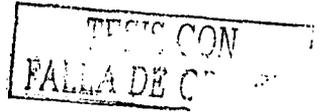
TESIS CON
 FALLA DE ORIGEN

*Are the accomplishments we should desire;
To write, or read, or think, or to inquire
Would cloud our beauty, and exhaust our time,
And interrupt the conquests of our prime;
Whilst the dull management of a servile house
Is held by most our utmost art, and use.*

[...]

*How are we fallen, fallen by mistaken rules?
And education's, more than nature's fools,
Debarred from all improvements of the mind,
And to be dull, expected and designed;
And if some one would soar above the rest,
With warmer fancy and ambition pressed,
So strong the opposing faction still appears
The hopes to thrive can ne'er outweigh the fears.*

*Be cautioned then my Muse, and still retired;
Nor be despised, aiming to be admired;
Conscious of wants, still with contracted wing,
To some few friends and to thy sorrows sing;
For groves of laurel thou wert never meant;
Be dark enough thy shades, and be thou there content.³⁰*



Escritoras como Anne Finch, bajo la protección del rango social o del anonimato, cuestionan abiertamente la supuesta inferioridad femenina. Veamos el siguiente fragmento de un texto anónimo publicado en 1696:

The question is simply this: Is woman persecuted and oppressed because she is the *weaker* creature? Supposing that to be the order of Nature; let me ask these human despots, whether a woman, of strong mental and corporeal powers, is born to yield obedience, merely because *she is a woman*, to those shadows of mankind who exhibit the effeminacy of women, united with the mischievous foolery of monkeys?³¹

Años más tarde, otras escritoras conservadoras, como Hannah More, brindan consejo a la mujer bajo otros matices:

aspire only to those virtues that are *peculiar to your sex*; follow you natural modesty, and think it your greatest commendation not to be talked of one way or another³²

y comparten la idea de que el éxito no es una "virtud natural" del sexo femenino. Pero estas advertencias irán transformándose gradualmente, y la misma Hannah More escribirá en 1799: "women's potential is unknown, for their minds have been as stunted and cramped as the crippled feet of Chinese women".³³

Durante el imperio de la razón y la virtud, toda protesta en contra de la educación que tradicionalmente se imparte a la mujer desafía el orden y las convenciones establecidas. La educación de la mujer, como ya se ha reiterado, es quizás el tema que suscita mayor polémica en el dieciocho. Los argumentos acerca de si la mujer debe recibir una educación y, de ser así, cuál debe ser ésta y cómo debe llevarse a cabo, constituyen una importante fuente de debates. Si pensamos en términos de política sexual, la educación pone de manifiesto el concepto fundamental de la diferencia y sirve para que las escritoras desafíen en sus críticas a los libros de conducta los prejuicios de la época sobre la inferioridad femenina. Libros, que por otra parte, construyen una imagen distorsionada de la sexualidad y de la naturaleza femenina. Esto es evidente en el siguiente fragmento que tomamos de 'A Physician', "The Pleasures of Conjugal Love Explained. In an Essay Concerning Human Generation", publicado en 1740:

'At What Age a Young Man and a Young Woman Ought to Marry'

[...] some Physicians have maintained, that Women were hotter than Men, because they are sooner ripe for Business, for if generally speaking, say they, they have more Blood, they have also more Heat, because the natural Heat resides after a more eminent manner, where there is most of that Humour.

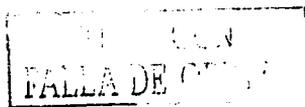
[...]

If I might allow some Digression from the subject I treat of, I think, I might without any manner of difficulty prove the contrary of what is said of the Constitutions of Women. I could show, that the great quantity of Blood proceeds rather from the Mediocrity than any Excess of Heat; that Women are rather fickle and light than ingenious; that if they Engender and grow old sooner, it shows the weakness of that Heat: That Excess of Love cannot be particularly ascribed to the force of this same Heat, but to the Inconstancy of their Imagination, or rather to the Providence of Nature, that has made them to serve us for Playtoys after our more serious Occupations.

[...]

Man, to the contrary, acts with more firmness, feeds more happily, defends himself with more Courage and Presence of Mind, reasons with more Strength, and contributes towards the getting of Children with more Alacrity. He acts particularly in Generation, where he communicates himself, and by other Actions of the Body and Mind gives proofs of his Strength and Heat; whereas the Woman only suffers the Impressions a Man makes upon her, and often is not ready so soon as he to furnish wherewithal to form a Man. In short, she is only to Conceive, to give Suck, and to breed up Children.³⁴

En el siglo XVIII, las diferencias de opinión entre las posiciones conservadora y radical en los textos sobre educación escritos por mujeres no se encuentran totalmente delimitadas. Los textos conservadores hacen hincapié en la necesidad de brindar educación a la mujer,



pero siempre en relación con el ámbito de lo doméstico (como es el caso de Hannah More). Los textos radicales proponen modelos de educación más innovadores, aunque también en ellos no desaparece del todo la subordinación hacia la ideología dominante.

Veamos dos textos sobre educación titulados "Letters on Education" (1790) de Catherine Macaulay Graham (1731-1791) —considerada la primera historiadora republicana, autora de *History of England from the Accession of James I to that of the Brunswick Line*—. ³⁵ En ellos podemos observar dos puntos de vista diferentes que provienen de la misma autora. El primero, radical y, al mismo tiempo, sutilmente transgresor, nos recuerda el estilo retórico de "Strictures on the Modern System of Female Education" de Hannah More. Macaulay Graham matiza el argumento central que califica como *absurd notion* con un argumento totalmente racional: los deberes sociales de la mujer no se cumplen cabalmente porque nacen de la ignorancia y la frivolidad. El punto de vista del segundo fragmento encierra un mensaje conservador más apegado a las convenciones de la época, siempre proclive a brindar consejos y advertencias:

"Letters on Education"; "Part One. Letter IV" (1790)

The moderns, in the education of their children, have too much followed the stiff and prudish manners of ancient days, in the separating the male and female children of a family. This is well adapted to the absurd unsocial rigour of Grecian manners; but as it is not agreeable to that mixture of the sexes in a more advanced age, which prevails in all European societies, it is not easy to be accounted for, but from the *absurd notion that the education of females should be of an opposite kind to that of males.* [...] but if, before her natural vivacity is entirely subdued by habit, little Miss is inclined to show her locomotive tricks in a manner not entirely agreeable to the trammels of custom, she is reproved with a sharpness which gives her a consciousness of having highly transgressed the laws of decorum; and with the vigilance of those who are appointed to superintend her conduct, and the false bias they have imposed on her mind, every vigorous exertion is suppressed, the body and the mind yield to the tyranny of error, and Nature is charged with all those imperfections which we alone know to the blunders of art [...] *The social duties in the interesting characters of a daughter, wife, and mother, will be but ill performed by ignorance and levity; and in the domestic converse of husband and wife, the alternative of an enlightened, or an unenlightened companion, cannot be indifferent to any man of taste and true knowledge.* ³⁶

"Letters on Education"; "Part One. Letter XXIV". *Chastity* (1790)

[...] coquetry in women is as dangerous as it is dishonorable. That a coquette finds her own perdition, in the very flames which she raises to consume others; and that if any thing can excuse the baseness of female seduction, it is the baits which are flung out by

women to entangle the affections, and excite the passions of men. [...] *if women has as much regard for the virtue of chastity as in some cases they pretend to have, a reformation would long since have taken place in the world; but whilst they continue to cherish immodesty in the men, their bitter persecution of their own sex will not save them from the imputation of those concealed propensities with which they are accused by Pope, and other severe satirists on the sex.*³⁷

Las escritoras que hasta ahora se han mencionado comparten opiniones, proponen temas y puntos de vista de suma importancia para el pensamiento de su época y, al igual que sucede con las feministas en la actualidad, sus análisis pueden diferir y, en algunos casos, incluso llegar a ser antagónicos. Entre el rumbo más integral del feminismo actual y estos textos del dieciocho se puede establecer una continuidad a partir de una misma finalidad compartida: mostrar las prácticas culturales responsables de la opresión de la mujer, e intentar cambiarlas. Los discursos del dieciocho encierran una especificidad histórica que podría resultar anacrónica en nuestra época si solamente los reducimos a versiones tempranas de debates modernos en defensa de la educación de la mujer. Sin embargo, la riqueza del discurso de la mujer del dieciocho ilumina esa misma especificidad histórica al mostrar la ceguera intelectual o moral de su época. Asimismo, no permite que la ideología dominante circunscriba y anule su discurso; procura hallar nuevos caminos que apunten a hacer estallar la ideología dominante; insiste en buscar nuevas formas de expresión que, usando un término actual, incorporen la perspectiva de género en su discurso. Resulta interesante observar cómo la actitud y el discurso que nos legaron estas escritoras apuntan a lo que podríamos denominar como feminismo incipiente o protofeminismo. Si bien la palabra feminismo no se usó sino hasta finales del siglo XIX, las preocupaciones de estas mujeres sí son feministas en tanto que apuntan a la necesidad de cambiar el *statu quo*.

Este discurso explora y cuestiona temas que, o sólo los hombres podían plantear o simplemente no eran temas sujetos a discusión; aborda el racionalismo como atributo meramente masculino; se atreve a plantear el origen de la autoridad masculina; discute sobre otra visión de la naturaleza femenina; responde a las sátiras que se escriben en contra de la mujer. Estas aproximaciones discursivas constituyen un corpus que nos permite ver cómo se dio la construcción de "la mujer en el siglo XVIII" a través de una visión ideologizada de escritores, periodistas, clérigos y médicos de la época que, entre otros

profesionales, vierten por escrito su concepción de la mujer, de lo que es "por naturaleza" una mujer o de lo que no lo es.

A este respecto podemos hallar en "Appeal to the Men of Great Britain in Behalf of the Women" (1798) de Mary Hays (1760-1843) un análisis devastador de la construcción social de la femineidad y de los mecanismos que llevan a la mujer a internalizar los valores impuestos por una conducta social establecida. Para Hays, a finales del siglo XVIII, el verdadero ataque en contra de la mujer reside en la imagen absurdamente contradictoria creada por el discurso racionalista:

'What Men Would Have Women To Be'

Of all the systems, -if indeed a bundle of contradictions and absurdities may be called a system,- which human nature in its moment of intoxication has produced; that which men have contrived with a view to forming the minds, and regulating the conduct of women, is perhaps the most completely absurd. And, though the consequences are often very serious to both sexes, yet if one could for a moment forget these, and consider it only as a system, it would rather be found a subject of mirth and ridicule than serious anger.

What a chaos! - What a mixture of strength and weakness, - of greatness and littleness, - of sense and folly,- of exquisite feeling and total insensibility, - have they jumbled together in their imaginations, - and then given to their pretty darling the name of woman! How unlike the father of gods and men, the gay, the gallant Jupiter, who on producing wisdom the fruit of his brains, presented it to admiring worlds under the character of a female!

But in the composition of Man's woman, wisdom must not be spoken of, nay nor even hinted at, yet strange to tell! there it must be in full force, and come forth upon all convenient occasions. This is a mystery which, as we are not allowed to be amongst the initiated, we may admire at an awful distance, but can never comprehend.¹⁸

Las palabras de Mary Hays constituyen una poderosa respuesta a la sátira y al pensamiento ilustrado del dieciocho. Su discurso es riguroso y basa sus argumentos en la razón para mostrar lo absurdo y lo falso de la imagen contradictoria que de la mujer ha creado el hombre. Asimismo, ella aclara que los temas favoritos de los escritores de sátira —tales como la insensatez, la irracionalidad, la inconstancia, la pereza, la frivolidad, el orgullo y la superficialidad, entre otros— constituyen el reflejo de una construcción ilusoria de lo femenino, muy alejada de la razón.

En el siglo XVIII las discusiones sobre la "naturaleza" de la mujer aluden al papel que Dios asignó a la mujer, y así la historia del Génesis es un tema recurrente y

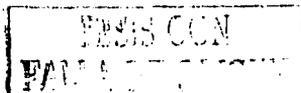
trascendental —como lo ha sido en la formación del pensamiento occidental—. Su influencia afecta de manera determinante la construcción de la “mujer” a través de imágenes que parten de una lógica bipolar de oposiciones creadas por el discurso racionalista. Veamos cómo Katharine M. Rogers en *The Troublesome Helpmate* se acerca a esta problemática:

Early in Genesis, comes a story which is unquestionably misogynistic. After the Elohist's story of God's creating man male and female in His own image -which implies not only that the two sexes were created simultaneously as necessary complements to each other, but that they existed in God as well as man- comes the Jahvist's contrasting version, in which Eve was made from Adam's rib as an afterthought. This implies first that woman was created almost reluctantly, when no other creature could satisfy man's needs. Secondly, there is the more significant implication that to this day she exists not in her own right, but as a “help-meet”, an accessory to man. Lastly, she was not created in the divine image, but only in man's; hence she is further removed from God than man is, and as a consequence more prone to folly and vice. [...] Thus for many centuries women's appeals for rights have been denied on the ground that humans only created as helpers were not entitled to rights: they live only through their male relatives.³⁹

La mujer del dieciocho, a pesar de las críticas, refuta abiertamente el argumento masculino que la condena a la subordinación física, moral e intelectual. Citemos como ejemplo otro fragmento del texto anónimo “An Essay in Defence of the Female Sex” (1696):

The first of these Causes is that, which is most generally urg'd against us, whether it be Raillery, or Spight. I might easily cut this part of the Controversy short by an irrefragable Argument, which is, that the express intent, and reason for which Women was created, was to be a Companion and help meet to Man; and that consequently those, that deny 'em to be so, must argue a Mistake in Providence, and think themselves wiser than their Creator. But these Gentlemen are generally such passionate Admirers of themselves, and have such a profound value and reverence for their own Parts, that they are ready at any time to sacrifice their Religion to the Reputation of their Wit, and rather than lose their point, deny the truth of the History. There are others, that though they allow the Story yet affirm, that the propagation, and continuance of Mankind, was the only Reason for which we were made; as if the Wisdom that first made Man, cou'd not without trouble have continu'd that Species by the same or any other Method, had not this been most conducive to his happiness, which was the only gracious and only end of his Creation.⁴⁰

Si bien es a través del racionalismo que el hombre construye su imagen de mujer ideal, también es el racionalismo el que brinda a la mujer los argumentos para combatir la diferencia sexual que la define como un ser débil e imperfecto —una extensión imperfecta del hombre, como afirma Pope— creado con el único fin de preservar la especie humana y



ayudar al hombre. Al inicio del periodo de la Ilustración, Mary Astell propone la creación de seminarios para mujeres a partir del argumento de que la mujer, al igual que el hombre, es una creatura hecha por Dios y, por lo tanto, tiene derecho a una educación clásica y religiosa:

A desire to advance and perfect its Being, is planted by GOD in all Rational Natures, to excite them hereby to every worthy and becoming Action; [...] And therefore, to be ambitious of Perfections is no fault, [...] one great end of this Institution shall be, to expel that cloud of Ignorance which Custom has involv'd us in, to furnish our minds with a stock of solid and useful Knowledge, that the Souls of Women may no longer be the only unadorn'd and neglected things.⁴¹

El concepto de *Rational Natures* al que alude Astell carece de género y, por tanto, la obligación tanto del hombre como de la mujer es alcanzar la perfección. Mary Astell es una de las primeras escritoras en proponer —y publicar— cambios en la educación de la mujer, los cuales tienen una enorme influencia a finales de la Restauración y en los primeros años del siglo XVIII. En 1694, a la edad de 28 años, publica “A Serious Proposal to the Ladies for the Advancement of their True and Greatest Interest”, y aquí defiende la igualdad de la mujer y plantea una tesis sumamente novedosa. Ella sostiene en este ensayo que la educación de la mujer es inadecuada e insuficiente y que, por tanto, es la responsable de la desigualdad. Propone, entonces, la creación de *colleges* y monasterios protestantes (*Protestant nunneries*) donde las mujeres podrían encontrar un refugio temporal —si deseaban ser esposas y madres— o un retiro permanente —si deseaban dedicar su vida a la meditación y al estudio—. Con ésto, Astell brinda una solución práctica al problema económico de la mujer cuya única alternativa es el matrimonio. En estas instituciones de recogimiento y estudio, la mujer, afirma Astell, puede estudiar filosofía y religión sin presiones sociales o familiares. Hace hincapié en esta alternativa de vida en el argumento central de “A Serious Proposal to the Ladies”, donde describe, de manera muy elocuente, la dinámica del mercado matrimonial y el destino humillante para la mujer que no logra sobresalir como sí lo hace una mercancía apetecible:

For the poor Lady...having spread all her Nets and us'd all her Arts for Conquest, and finding that the Bait fails where she wou'd have it take, and having all this while been so over-careful of her Body, that she had no time to improve her mind, which therefore affords her no safe retreat now she meets with Disappointment abroad, and growing every

day more and more sensible that the respect which us'd to be paid to her, decays as fast as her Beauty; quite terrified with the dreadful Name of *Old Maid*, which yet none but Fools will reproach her with, nor any wise Woman be afraid of; to avoid this terrible *Mormo*, and the scoffs that are thrown on superannuated Virgins, she flies to some dishonourable Match as her last, tho' much mistaken Refuge, to the disgrace of her Family, and her own irreparable Ruin.⁴²

Sobra decir que Mary Astell nunca se casó y dedicó su vida al estudio. En relación con el impacto que la idea de crear monasterios protestantes tuvo en la sociedad inglesa, Felicity Nussbaum en *English Satires on Women* comenta:

At one point Princess Anne even promised 10,000 pounds toward the realization of the dream, but upon learning of Bishop Burnet's fear that such a "lay monastery" would be dangerous to the church, Anne withdrew her support.⁴³

Aunque resulta difícil imaginar el peligro que el obispo Burnet temía, pues Mary Astell explícitamente señala:

We pretend not that women should teach in the church, or usurp authority where it is not allowed them; permit us only to understand our own duty, and not be forced to take it upon trust from others; to be at least so far learned, as to be able to form in our minds a true idea of Christianity, it being so very necessary to fence us against the danger of these last and perilous days.⁴⁴

Las cabezas huecas que Alexander Pope y Jonathan Swift ridiculizan —las que dedican largas horas a rizarse el cabello, a jugar cartas, a intercambiar chismes a la hora del té, a consentir a sus perros falderos, etcétera— son, para Astell, el resultado de una educación imperfecta e insuficiente que no fomenta la inteligencia en la mujer. Mary Astell también critica la superficialidad de la mujer y el mal uso que hace de su tiempo, pero no deja de reconocer la crueldad y la falta de visión de aquellos que la critican sin considerar las causas ni ofrecer remedio alguno. Los que confinan a la mujer a la frivolidad y a la ignorancia, afirma Astell, y la consideran un ser inferior, no comprenden el designio divino de la vida y la inteligencia humanas, poseen una estrecha visión materialista y viven atados a convenciones, para ella, caducas:

Women are from their very Infancy debar'd those Advantages, with the want of which they are afterwards reproached, and nursed up in those Vices which will hereafter be upbraided to them. So partial are Men as to expect Brick where they afford no Straw; and so abundantly civil as to take care we shou'd make good that obliging Epithet of

Ignorant, which out of an excess of good Manners, they are pleased to bestow on us! [...] For that Ignorance is the cause of most Feminine Vices, may be instanc'd in that Pride and Vanity which is usually imputed to us, and which I suppose if throughly sifted, will appear to be some way or other, the rise and Original of all the rest. These, though very bad Weeds, are the product of a good Soil, they are nothing else but Generosity degenerated and corrupted.

[...]

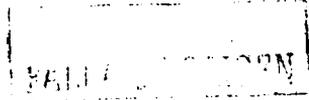
As for those who think so Contemptible of such a considerable part of GOD's Creation, as to suppose that we were made for nothing else but to Admire and to do them Service, and to make provision for the low concerns of an Animal Life, we pity their mistake, and can calmly bear their Scoffs, for they do not express so much Contempt of us as they do of our Maker; and therefore the reproach of such incompetent Judges is not an Injury but an Honour to us.⁴⁵

La inteligencia y la razón, insiste Astell, pueden guiar a la mujer hacia logros más importantes y satisfactorios que las tareas domésticas, el matrimonio o los pasatiempos frívolos. Mary Astell emplea los argumentos del discurso racionalista y religioso para poner en evidencia la situación desventajosa de la mujer y proponer soluciones. El estudio y la razón, afirma, conducen a la perfección, la cual es una idea abstracta, sembrada por Dios en cada ser humano con el propósito de: "advance and perfect its Being."⁴⁶ Para Astell, el poder de la mente humana se halla en su lucha contra la ignorancia y la indolencia: "A rational mind will be employed, it will never be satisfied in doing nothing, and if you neglect to furnish it with good materials, 'tis like to take up with such as come to hand."⁴⁷ La mujer, como todo ser racional, debe tener algún propósito en su vida y, si carece de alternativas edificantes como es el estudio para ennoblecer el alma, dedicará su tiempo a la lectura de romances y obras de teatro:

A woman may study plays and romances all her days, and be a lot more knowing but never a jot the wiser. Such a knowledge as this serves only to instruct and put her forward in the practice of the greatest follies, yet how can they justly blame her who forbid, or at least won't afford opportunities of better?⁴⁸

Pero Astell no se engaña, conoce bien la magnitud de su lucha; sabe que un adversario muy poderoso es la mujer misma y su complacencia en la indolencia y la ignorancia:

A being content with Ignorance is really but a Pretence, for the frame of our nature is such that it is impossible we shou'd be so; even those very Pretenders value themselves for some Knowledge of other, tho' it be a trifling of mistaken one: She who makes the most Grimace at a Woman of Sense, who employs all her little skill in endeavoring to



render Learning and Ingenuity ridiculous, is yet very desirous to be thought Knowing in Dress, in the Management of an Intreague, in Coquetry or good Housewifry. If then either the Nobleness or Necessity of our Nature unavoidably excites us to a desire of Advancing, shall it be thought a fault to do it by pursuing the best things?⁴⁹

La educación es parte del deseo universal de la humanidad para lograr la perfección, señala Mary Astell, y cuando plantea la creación de centros de estudio para mujeres no sólo tiene en mente un propósito espiritual. Pienso que propone una idea más ambiciosa: la dignidad de un ser racional, lo que justifica su existencia humana y le garantiza cierta independencia es la educación. La educación, por tanto, es el argumento medular en la obra de Mary Astell. Si resulta imposible cambiar las circunstancias sociales, económicas, legales o familiares de la mujer, intentar perfeccionar el aspecto intelectual y espiritual constituye una manera de brindarle alguna protección en la vida.

En la época actual la demanda de Mary Astell por la igualdad de la mujer a partir de la educación puede parecer un refinamiento innecesario, por ser la igualdad un derecho político y natural. En nuestra época, mucho más orientada hacia la acción, la actitud de Mary Astell puede resultar elitista, pasiva e intrascendente, pero es necesario entender que ella encarna a la mujer ilustrada en los albores de la Ilustración en Inglaterra. El compromiso de Mary Astell es con la razón, sus argumentos son prudentes, sensatos y juiciosos, y no la llevan a un camino sin retorno ni a la desesperación. Sus argumentos tienen un propósito e intentan brindar algún significado a la vida de la mujer, es por esto que varias escritoras posteriores a Astell hacen uso de ellos para propiciar cambios.

Mary Astell, al insistir que la mujer tiene derecho a un pensamiento propio — condición esencial antes de poseer “un cuarto propio”— abre paso a la mujer para que ejerza su derecho a opinar, a hacer públicas sus ideas, en suma, a hacer valer su voz. Por todo ello, Mary Astell es un importante eslabón en la cadena de la escritura femenina —o en palabras de Ruth Perry en *The Celebrated Mary Astell*—:

Our earliest historians of feminism placed Mary Astell at the start of a tradition that resurfaced at the end of the eighteenth century in Mary Wollstonecraft, and at the end of the nineteenth century in Charlotte Perkins Gilman.⁵⁰

Para remarcar la importancia de Mary Astell en el siglo XVIII no podemos dejar de citar otro fragmento del libro de Ruth Perry en donde queda clara la repercusión e influencia de Astell en varios escritores ingleses inscritos en el canon tradicional:

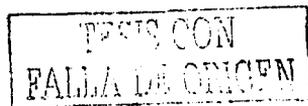
Defoe, that cultural magpie, was dazzled by *A Serious Proposal*, and seized upon its central idea for a section on "An Academy for Women" in his *Essay Upon Projects* (1697). Steele incorporated over a hundred pages of it in his *The Ladies Library* (1714), without ever acknowledging the theft. [...] Samuel Richardson was then a young man when he first heard of Astell. Forty years later, his Sir Charles Grandison, that ideal proponent of bourgeois culture, expounds a "Protestant nunnery" scheme very much like Astell's to the company after dinner, for two pages. It has been suggested too, that Astell was the model for his pious and articulate Clarissa, both because of her eloquence and wit and because of her ardent religiousness. How fitting that the independent, passionately rational tones of Mary Astell helped Richardson imagine the first real heroine of English fiction.⁵¹

A finales del siglo XVIII, Mary Robinson (1758-1800) retoma la demanda de igualdad para la mujer: "In what is woman inferior to man? In some instances, but not always, in corporeal strength, in activity of mind, she is his equal."⁵² Robinson, partidaria de las ideas de Catherine Macaulay y Mary Wollstonecraft, tiene una posición más radical y directa frente a los ideales de la Ilustración. Ella señala el difícil —y casi imposible— equilibrio entre razón y sensibilidad que se le exige a la mujer, y hace responsable al hombre de crear imágenes falsas de la figura femenina, a quien, por otra parte, critica y desprecia:

Let me ask this plain and rational question, -is not woman a human being, gifted with all that inhabit the bosom of man? Has not woman affections, susceptibility, fortitude, and an acute sense of injuries received? [...] Why then is she denied the exercise of the nobler feelings, an high consciousness of honour, a lively sense of what is due to dignity of character? Why may not woman resent and punish? Because the long established laws of custom, have decreed her *passive*!
[...]

Man makes woman a frivolous creature, and then condemns her for the folly he inculcates. He tells her, that beauty is her first and most powerful attraction; her second complacency of temper, and softness of manners. She therefore dedicates half her hours to the embellishment of her person, and the other half to the practice of soft, languishing, sentimental insipidity. She disdains to be strong minded, because she fears being accounted masculine; she trembles at every breeze, faints at every peril, and yields to every assailant, because it would be unwomanly to defend herself.⁵³

Muchos autores de la Ilustración defienden los ideales de justicia, igualdad y libertad, pero las escritoras que siguen esa pauta, como Mary Robinson, son severamente criticadas por



sus ideas liberales y libertarias. Para que lo absurdo de la desigualdad se palpe en la superficie, podemos preguntar si sería motivo de elogio o de rechazo el siguiente fragmento de Mary Robinson si se aplicara al hombre: "Seek not the visionary triumph of universal conquest; know yourselves equal to greater, nobler, acquirements: and by prudence, temperance, firmness, and reflection, subdue that prejudice that has, for ages past, been your inveterate enemy."⁵⁴ Igual que Mary Wollstonecraft, Mary Robinson constituye un ejemplo de la escritora radical de finales del dieciocho que es permeable a la influencia de los ideales de la Revolución Francesa y que habla abiertamente de los logros literarios de la mujer, de su influencia en el mercado literario y de la importancia de la educación en su desarrollo intelectual:

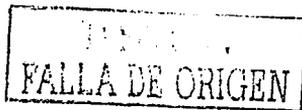
they have successfully taken up the pen and their writings exemplify both energy of mind, and capability of acquiring the most extensive knowledge. The press will be the monuments from which the genius of British women will rise to immortal celebrity: their works will, in proportion as their educations are liberal, from year to year, challenge an equal portion of fame, with the labours of their classical *male* contemporaries.⁵⁵

Podemos afirmar que los textos de Catherine Macaulay Graham, Mary Hays y Mary Robinson pertenecen a la tradición racionalista de la filosofía de la Ilustración porque cuestionan con seriedad ya sea la autoridad política o doméstica como un poder arbitrario. De hecho, estas autoras aplican los ideales políticos del racionalismo a la situación de la mujer. De acuerdo con Alice Browne en *The Eighteenth Century Feminist Mind* :

The adaptation of the language of political libertarianism for a feminist position is a recurrent strategy, and it is no coincidence that the main feminist debates take place at the beginning and end of the period, after the 'Glorious Revolution' of 1688 and the French Revolution of 1798.⁵⁶

En relación con los escritos que tratan sobre la situación de la mujer durante el periodo que Alice Browne señala, no debemos olvidar que Mary Astell es una de las primeras voces, uno de los primeros eslabones en la cadena de la escritura femenina que estudia y analiza la situación de la mujer. Califica de vanos e insignificantes a los hombres quienes:

as exact as they wou'd seem, and as much as they divert themselves with our Miscarriages, are often guilty of greater faults, and such, as considering the advantages they enjoy, are much more inexcusable.⁵⁷



El juicio, para la época, nos sorprende por innovador, implacable y absoluto; la mujer, señala, sólo debe respeto a un orden jerárquico concebido por Dios, el cual le exige "to understand our own duty".⁵⁸ Es así como Mary Astell señala cómo la imagen femenina se construye a partir de la sumisión y la obediencia, y, más aún, cómo la mujer acepta esta imagen sin cuestionamientos mayores.

La racionalidad y la educación de la mujer son ejes temáticos centrales en la discusión feminista. El clamor de Mary Astell por una educación que brinde madurez moral e intelectual a la mujer es tolerado al inicio del dieciocho, pero los reclamos que surgen más tarde no tiene la misma acogida. El tema de la educación suele tener implicaciones intelectuales, morales y sociales que resultan riesgosas si se aplican a la mujer. Es por esto que los debates sobre este tema provocan controvertidos puntos de vista: ¿tiene derecho la mujer a la educación?, ¿su educación tiene que ser diferente a la del hombre?, de ser así, ¿cuál es la educación apropiada? Durante el siglo XVIII la educación se convierte en un instrumento de reforma social que trae consigo cambios importantes para la mujer, especialmente en relación con el lugar que ésta debe ocupar en la sociedad. La construcción de un modelo basado en una imagen idealizada de lo femenino va a ejercer una influencia determinante en el siglo XIX.

Recordemos lo propuesto por Rousseau en *Emilio*: la educación de Emilio se basa en la confianza en sí mismo mientras que a Sofía se le educa para agradar, y, claro está, depender de Emilio. La educación de la mujer es diferente de la masculina, pero no debe ser un mero ornamento. Su educación debe contener un marcado propósito moral. Rousseau insiste en la diferencia radical entre hombres y mujeres a partir de un punto de vista moral. La moral es tan importante en la mujer como en el hombre, señala, pero como su ámbito de desarrollo tiene límites más precisos, su educación debe ser diferente a la del hombre. Varios escritores y escritoras, como Vicesimus Knox, Francois de Salignac, Dr. John Gregory, John Bennett, Hannah More, señalan que la educación de la mujer debe ser la consecuencia lógica de su condición femenina, la cual sigue confinada, en mayor o menor medida, al ámbito de lo privado. Mary Wollstonecraft, como otras autoras de finales del dieciocho —pensemos en Mary Hays y Mary Robinson— brindan puntos de vista insólitos para ese momento histórico. Para ellas, las diferencias en la educación tiene su origen en

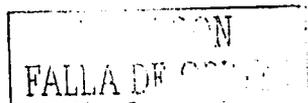
una desigualdad social basada en una imagen falsa de la mujer. Una imagen que la define con ciertas cualidades aceptadas y alentadas por la sociedad: la subordinación, la sumisión, la inferioridad, en pocas palabras, "a 'help-meet', an accessory to man."⁵⁹

A finales del siglo XVIII Mary Wollstonecraft, en *A Vindication of the Rights of Women* (1792), señala reivindicaciones importantes para la mujer que, lamentablemente, no logran tener una influencia mayor en su época. Aquellas mujeres, afirma Wollstonecraft subvirtiendo el argumento racionalista, que llegan a trascender las inclinaciones naturales de su sexo —es decir, aquellas en las que la razón triunfa sobre la naturaleza— no logran elogios ni reconocimiento sino el repudio de la sociedad. En otras palabras, son víctimas de la doble moral que exige que se comporten como criaturas racionales, pero si emplean un discurso racional se les ridiculiza y humilla. De acuerdo con el pensamiento de la época, la conducta y el discurso de la razón no son connaturales al sexo femenino; se advierte que la naturaleza de la mujer es diferente. Las mujeres que transgreden las normas establecidas sufren el terrible castigo de perder su belleza e identidad sexual:

"The Unsex'd Females: A Poem" (1798) de Richard Polwhele

To the bolds heights where glory beams, aspire,
 Blend mental energy with Passion's fire,
 Surpass their rivals in the powers of mind
 And vindicate *the Rights of womankind*.
 She spoke: and veteran BARBAULD caught the strain,
 And deemed her songs of Love, her Lyrics vain;
 And ROBINSON to Gaul her Fancy gave,
 And trac'd the picture of a Deist's grave!
 And charming SMITH resign'd her power to please,
 Poetic feeling and poetic ease;
 [...]
 And YEARSELEY, who had warbled, Nature's child,
 Midst twilight dews, her minstrel ditties wild,
 (Tho' soon wanderer from her meads and milk,
 She longed to rustle, like her sex, in silk)
 Now stole the modish grin, the sapient sneer,
 And flippant HAYS assum'd a cynic leer.⁶⁰

A pesar de los ataques, *A Vindication of the Rights of Women* denuncia las desventajas de la educación que recibe la mujer así como la necesidad imperiosa de cambios y señala, una y



otra vez, el sentido excluyente del discurso ilustrado del hombre sobre la mujer, en el que ella es tan sólo un objeto más de estudio:

"Author's Introduction"

One cause of this barren blooming I attribute to a false system of education, gathered from the books written on this subject by men, who considering females rather as women than human creatures, have been more anxious to make them alluring mistresses than affectionate wives and rational mothers. [...] The education of women has, of late, been more attended to than formerly, yet they are still reckoned a frivolous sex, and ridiculed or pitied by writers who endeavour by satire or instruction to improve them.⁶¹

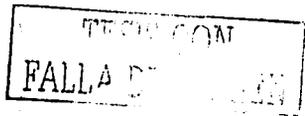
Chapter II. "The Prevailing Opinion of a Sexual Character Discussed"

Women are told from their infancy, and taught by the example of their mothers, that a little knowledge of human weakness, justly termed cunning, softness of temper, *outward* obedience, and a scrupulous attention to a puerile kind of propriety, will obtain for the protection of a man; [...] Gentleness bears on its front all the characteristics of grandeur, combined with the winning graces of condescension; but a different aspect it assumes when it is the submissive demeanour of dependence, the support of weakness that loves, because it wants protection, and is forbearing, because it must silently endure injuries; smiling under the lash at which it dare not snarl. Abject as this picture appears, it is the portrait of an accomplished woman, according to the received opinion of female excellence, separated by specious reasoners from human excellence. [...] I shall only insist that men have increased that inferiority till women are almost sunk below the standard of rational creatures. Let their faculties have room to unfold, and their virtues to gain strength, and then determine where the whole sex must stand in the intellectual scale. Yet let it be remembered that for a small number of distinguished women I do not ask a place.⁶²

Wollstonecraft aporta, además, una perspectiva importante al discurso sobre la mujer cuando señala la responsabilidad de la mujer en su situación. Tema al que, como hemos visto, Mary Astell también hace alusión y que más de un siglo después denunciaría Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*. Dice Wollstonecraft:

My own sex, I hope, will excuse me, if I treat them like rational creatures, instead of flattering their *fascinating* graces, and viewing them as if they were in a state of perpetual childhood, unable to stand alone. [...] I wish to persuade women to endeavour to acquire strength, both of mind and body, and to convince them that the soft phrases, susceptibility of heart, delicacy of sentiment, and refinement of taste, are almost synonymous with epithets of weakness, and that those beings who are only the objects of pity and that kind of love will soon become objects of contempt.⁶³

Y de Beauvoir:



[...] negar la complicidad con el hombre sería, para ellas, renunciar a todas las ventajas que les puede conferir la casta superior. El hombre-soberano protegerá materialmente a la mujer-vasallo, y se encargará de justificar su existencia; junto con el riesgo económico, la mujer esquivo el riesgo metafísico de una libertad que debe inventar sus propios fines sin ayuda. En efecto, al lado de la pretensión de todo individuo de afirmarse como sujeto, que es una pretensión ética, también hay en él la tentación de huir de su libertad y constituirse en cosa; éste es un camino nefasto, por pasivo, equivocado y perdido [...] Pero es un camino fácil: así se evitan la angustia y la tensión de la existencia auténticamente asumidas.⁶⁴

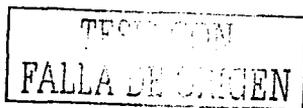
En relación con la educación de la mujer, se plantean dos propósitos esenciales. En primer lugar, una educación básicamente ornamental aunque siempre matizada por la moral —por ejemplo, la mujer como acompañante agradable y complaciente del hombre— y, segundo, una educación decididamente instrumental, es decir, que motivará la utilidad de la mujer en la sociedad o, más precisamente, en el hogar. En otras palabras, la mujer como buena madre y ama de casa que, de ser necesario, pudiera ayudar al sustento de la familia. Los escritos feministas, como hemos visto, añaden otro argumento al problema de la educación: la imperante necesidad de que la mujer desarrolle su racionalidad y su sentido moral para no depender de los demás:

"Reflections on the Present Condition of the Female Sex; with Suggestions for its Improvement" (1798) de Priscilla Wakefield

Chapter V

There is scarcely a more helpless object, in the wide circle of misery which the vicissitudes of civilized world display, than a woman genteelly educated, whether single or married, who is deprived, by any unfortunate accident, of the production and support of male relations: unaccustomed to struggle with difficulty, unacquainted with any resource to supply an independent maintenance, she is reduced to the depths of wretchedness, and not unfrequently, if she be young and handsome, is driven by despair to those paths which lead to infamy. [...]

There appears then no moral impediment to prevent women from the application of their talents to purposes of utility: on the contrary, an improvement in public manners must infallibly result from it. As their influence over the other sex is universally acknowledged, it may be boldly asserted, that a conversion of their time from trifling and unproductive employments, to those that are both useful and profitable, would operate as a check upon luxury, dissipation, and prodigality, and retard the progress of that general dissoluteness, the offspring of idleness, which is deprecated by all political writers, as the sure forerunner of national decay.⁶⁵



Dichos argumentos constituyen temas de debate, pero la educación real de la mujer en el siglo XVIII se resume así:

Early in the century, many women could not spell correctly or write coherently, and knew nothing about subjects which were commonplaces later. [...] Even in the middle of the century, educational writing pays a good deal of attention to quite simple skills. Women should be able to tell a story coherently, without interjection phrases like 'And so, -in short, -however, -well to be sure, -do you see, -do you mind me, -without any more ado', and they should be able to purge their speech of slang and exaggerated language: 'We must not talk of an *immense* tea-cup, not a *prodigious* fly; we are not allowed to *detest* a daffodil, *doat* on a rose, or *adore* a honey-suckle'. By the end of the century, upper- and middle-class women were expected to be able to spell correctly, write coherent and readable letters, and have a good grasp of geography and history.⁶⁶

El tema de la mujer y la razón, al que hemos aludido reiteradamente —esto es, si la mujer es tan racional como el hombre y, de ser así, si ambos ejercen la razón de la misma manera— suscita respuestas muy diferentes y a veces contradictorias que se relacionan de manera muy cercana con el tema de la educación. Desde un punto de vista tradicional se explora la racionalidad en la mujer, aunque siempre a partir del paradigma planteado por el hombre. Por ejemplo, si la mujer es un ser racional y ejerce la razón de la misma manera que el hombre, el argumento es favorable para la mujer. Pero la más ligera variación en este delicado equilibrio da origen al argumento contrario. Por ejemplo, si se comprueba que la mujer se halla más cercana a las emociones y, por tanto, posee una naturaleza intuitiva, ella, por su misma "naturaleza", es incapaz de tener un pensamiento lógico y abstracto. En consecuencia, el tema educación y mujer propone dos perspectivas fundamentales: si la razón en la mujer se plantea en un plano de desigualdad con el hombre, su educación debe contener una fuerte dosis de adoctrinamiento moral y religioso (recordemos a Rousseau); y si en la mujer impera una mayor sensibilidad, su educación debe tomar rumbos más acordes con el ideal femenino planteado en los libros de conducta (pensemos en los escritos del Dr. John Gregory).

Este debate atrae la atención de muchas escritoras que descubren en él un campo novedoso y fértil. Muchas de ellas logran dar un giro sutil a los argumentos racionalistas y le confieren a la mujer un valor positivo, a pesar de la tajante división bipolar impuesta por el pensamiento de la época. Dicho valor reside precisamente en la diferencia. La llamada *Age of Sentimentality* en la segunda mitad del siglo XVIII, brinda una nueva imagen a la

mujer. Se afirma que toda conducta virtuosa emana de los sentimientos, sin considerarla una elección racional. A la mujer, desde un punto de vista moral, se le considera superior al hombre porque el sentimiento y no la razón imperan en ella. Pero esta nueva imagen resulta un arma de doble filo. Los argumentos pueden variar, pero el lugar y la función asignadas a la mujer continúan siendo los mismos. Si la superioridad de la mujer reside en su "espiritualidad", ella debe complementar, embellecer y brindar armonía a la existencia de otros. Su educación, por lo tanto, debe observar dichas normas, como las propuestas por Wetenhal Wilkes en "A Letter of Genteel and Moral Advice to a Young Lady" (1740):

Other changes in what women symbolised gave them a more positive value. The idea that women were more religious than men became a commonplace in this period, and this associated women with one of the highest values of the culture. However, the idea is not an assertion of women's superiority, for several reasons. It can imply that women are less rational than men, more emotional, more superstitious, or more willing to obey authority. Sometimes writing on this theme becomes voyeuristic, and authors indulge in rhapsodic descriptions of beautiful young women at prayer, comparing them to angels and saying this is when they are at their most beautiful. [...] Sometimes women were thought to be morally superior to men, as well as more religious; however, this also is not the statement of female superiority it might seem to be at first. If women behave better than men, it is because they lead more restricted lives than men, and are not exposed to so many of the world's temptations. If they have less scope for doing harm than men, they also have less scope for doing good.⁶⁷

Cuando los discursos sobre racionalidad y sensibilidad se entrelazan, surge un terreno favorable para el nacimiento de una visión feminista (como es el caso de Mary Wollstonecraft, Mary Robinson y Catherine Macaulay Graham). A la mujer se le otorga un mayor valor moral y ella, por consiguiente, desea cambios en su educación. Se insiste en la igualdad, pero también se alude a un elemento de gran importancia: la diferencia biológica que la mujer esgrime como un argumento a su favor. La racionalidad, se insiste, es la misma en hombres y mujeres; ambos ejercen la razón de la misma manera y, puesto que en la mujer impera la sensibilidad, la moral es quien guía su conducta. Más aún, la mujer, por su posibilidad de llegar a ser madre, necesita de una educación diferente. A este respecto, Alice Browne en *The Eighteenth Century Feminist Mind* señala:

Usually progress in women's education was linked to social progress in general. By the end of the century, all writers agree that women have a vital influence on the well-being of society. Their views about women are affected by the fact that they had available to them far more complex ways of thinking about the nature of society than were available

FALLA DE

at the beginning of the century. Earlier moralistic notions did not disappear, but social ideas were added to them. The early instrumental feminism which argued that men would gain improvements in women's education was enlarged into the view that these improvements would benefit society as a whole. Alexander Jardine's summing up of the message of his *Letters from Barbary* shows this new confidence in the malleability of society and the power of education:⁶⁸

...the most remarkable conclusions to be drawn from these *Letters* seem to be, that the improvement of the world depends most on education, and principally on that of princes, of women, and of the the lower classes; and then on legislation, the form and formation of which seem to be of the the utmost importance.⁶⁹

Lo anterior establece una cuestión de vital importancia. Se plantea el vínculo entre sociedad y educación, y el poder de la sociedad en la formación del individuo. El siglo XVII proclama que la diferencia biológica entre hombres y mujeres constituye la señal de una racionalidad diferente. En el siglo XVIII se discute esta diferencia en otros términos: ¿si la racionalidad es diferente en los dos sexos, es acaso producto de la naturaleza o de la educación?, ¿cuál es la función de la educación: subsanar las diferencias o perpetuarlas? Las respuestas, como hemos visto, son muy variadas y las voces de dos mujeres, poco escuchadas en su tiempo, resultan de gran importancia en esta polémica. Catherine Macaulay Graham señala que el carácter se forma a través de la experiencia y rechaza la idea de que la mente femenina posea ciertas cualidades innatas que la haga diferente de la del hombre. Y Mary Wollstonecraft, con argumentos más radicales y combativos, aborda la compleja imagen de la mujer en el siglo XVIII.

Resulta difícil afirmar que para finales del dieciocho se aceptara la idea de una igualdad intelectual entre ambos sexos. Pero lo que esta idea planteó a la sociedad germinaría en el siglo XIX.

CONSIDERACIONES FINALES

I make no doubt that you will shortly become a he-she philosopher; that you will pretend to inculcate new doctrines on the potency of feminine understanding, and the absurdity of sexual subordination. You will preach on the sublimity of intellectual gratification, and oppose the majesty of mind against the supremacy of the senses. You will become an advocate for universal toleration: you will hope to equalise the authority of the sexes, and to prove that woman was formed to think, and to become the rational companion of man; though we all know that she was merely created for our amusement.

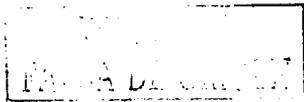
Mary Robinson, "The False Friend"¹

A finales del siglo XVIII, muchas escritoras abogan por cambios en la situación de la mujer y, como hemos visto, su reclamo se centra en tres áreas fundamentales. La primera hace hincapié en la necesidad de brindar a la mujer una educación igual a la del hombre y en rechazar la superioridad intelectual masculina. En la segunda se abordan las desventajas legales y económicas de la mujer. Recordemos a Mary Hays en "Appeal to the Men of Great Britain in behalf of the Women" (1798):

They ask, in a masculine tone, by what pretence we make laws for them without their concurrence, exclude them from the acquisition of property, and from the possession of civil privileges, rendering them utterly dependent for comfort, for importance, even for existence in society, upon Men's caprices?²

Una tercera posición pone en evidencia y rechaza la doble moral, en la cual la moral sexual es pieza fundamental.

Mucho de lo anterior fue tema de debate a lo largo del siglo XVIII y marcó las discusiones de finales del dieciocho sobre la mujer. Estas ideas cobran fuerza si se vinculan unas con otras, pero se debilitan en planteamientos aislados. Por ejemplo, si el argumento sobre la racionalidad de la mujer no se vincula con otros argumentos —como podrían ser la educación y la función social de la mujer— no se establece la necesidad de brindar a la mujer la misma educación que al hombre y, por tanto, tampoco se reconoce que ambos comparten una misma racionalidad. Si los argumentos sobre racionalidad y educación no se



vinculan con otros —por ejemplo, la utilidad social de la mujer— se corre el riesgo de considerar a la educación como un privilegio reservado para una minoría de mujeres. O se puede también correr el riesgo de otorgar a la educación un valor religioso que sólo ofrece bienestar espiritual a la mujer, sin tomar en cuenta la función social de ésta.

Un planteamiento similar ocurre con la doble moral y la castidad. Los argumentos religiosos y seculares sobre la castidad de la mujer constituyen otro tema de debate debido, en gran parte, a la idealización sentimental del matrimonio y la maternidad, así como también a factores sociales y económicos, como lo son las leyes de la herencia. Los argumentos sobre la racionalidad de la mujer se apoyan en los debates sobre la castidad, y es así que el respeto hacia la madre y la esposa se integra a estos argumentos.

Hemos visto que el tema de la mujer lleva incluso a recomendaciones de índole práctica —como las que aparecen en los libros de conducta—, pero también estructura un sistema de ideas que años más tarde se emplearía tanto para la polémica feminista como para debates más conservadores sobre el papel de la mujer en la sociedad. Dicho sistema se halla en los planteamientos feministas de finales del siglo XIX y en los feminismos modernos, por lo que no podemos olvidar que estas formas de debate seculares que se unificaron en torno a la situación de la mujer, se llevaron a cabo en el siglo XVIII.

El feminismo incipiente de finales del siglo XVIII se nutre de dos planteamientos vinculados con el concepto de diferencia, cuyo propósito reside en mejorar la situación de la mujer en la sociedad. Uno de ellos plantea que la mujer no es esencialmente diferente del hombre y que comparte con él alguna racionalidad. O, en palabras de Alexander Pope:

Heaven, when it strives to polish all it can
Its last best work, but forms a softer man;³

Pero este argumento tiene su punto débil, pues construye la diferencia a partir de la inferioridad de la mujer. Un segundo planteamiento habla del concepto de diferencia a partir de la función social más importante de la mujer: la maternidad. Pero este argumento conlleva también sus riesgos. No nace de la idea de conferir una misma racionalidad a hombres y mujeres, sino que brinda valor a la mujer únicamente en función de su utilidad hacia el hombre y los hijos. Sin embargo, los dos argumentos proponen, de manera velada, una figura que se acepta sin reservas: la de la madre racional —la racionalidad le brinda

PALLA DE ORGEN

igualdad con el hombre, ya que la maternidad le otorga una utilidad social imposible para el hombre—. En relación con lo anterior, examinemos un fragmento del texto “Beauty’s Triumph: or, The Superiority of the Fair Sex invincibly proved” (1751), escrito por ‘Sophia’:

And all mankind give to persons such a degree of respect as they suppose them to merit by being useful. And since this is the case throughout life, are not the *Women* indispensably wanted? In a peaceful orderly state, the major part of *Men* are useless in their office, with all their authority; but *Women* will never cease to be useful, while there are *Men*, and those *Men* have children. Of what other use are Judges, Magistrates, and their dependant officers in the execution of justice, any more than to secure their property to persons, who, if the Constitution allowed it, wou’d perhaps be able to do themselves justice in a more exact and expeditious manner? But *Women*, more truly useful, are employ’d in preserving their lives to enjoy that property.⁴

Los argumentos que proponen la igualdad racional y educativa para la mujer, así como leyes más justas, se expresan a través de un tono práctico que raya en lo didáctico. Estos argumentos intentan demostrar que los cambios propuestos llegarán a beneficiar al hombre, a los hijos y a la sociedad, pero no toman en cuenta la igualdad como un derecho, ya que la mujer, al igual que el hombre, es un sujeto dotado de razón. Con frecuencia, muchos de estos argumentos aluden a la idea de que la mujer sería un mejor ser humano si se pareciera más al hombre. Esta actitud fortalece aquellos juicios tradicionales sobre la mujer que la consideran un objeto pasivo —susceptible de consejos y reformas— y no un ser moral y responsable. Este feminismo blando o pseudofeminismo que habla de la educación de la mujer como un medio para ser una compañía agradable para el hombre y una mejor madre y esposa, se hace presente en muchas obras de corte moral o educativo y constituye el mensaje central de Joseph Addison y Richard Steele en los influyentes “The Spectator” y “The Tatler”.

Este feminismo de tono práctico y didáctico se empleó tanto en escritos feministas como en aquellos de opiniones contrarias. Los escritos feministas partieron de argumentos basados en la utilidad social de la mujer, por ejemplo, la idea de que una mayor justicia hacia la mujer redundaría en un mayor beneficio social. Los argumentos en contra reconocían la opresión hacia la mujer, pero aun así consideraban que las reformas legales y sociales en Inglaterra eran ya suficientes y que otros cambios podrían conducirla a competir con el hombre y a descuidar a la familia. Hemos citado a John Bennett quien en “Strictures

on Female Education" comienza empleando una retórica pseudofeminista claramente didáctica para criticar la educación que se ofrece a la mujer, para después emplear el argumento contrario:

In that ardour of understanding, which rouses emulation, she would lose that soothing manner, which conciliates and endears. The world would be deprived of its fairest ornaments, life of its highest zest, and man of that gentle bosom, on which he can recline amidst the toils of labour, and the agonies of disappointment.⁵

De manera paradójica, este feminismo práctico, blando y didáctico aumenta el interés por la mujer en el siglo XVIII. Es el inicio a una visión más integral de la mujer, nos abre caminos para conocer sus experiencias y sus necesidades.

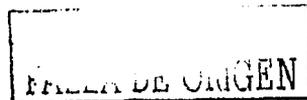
La discusión de temas relacionados con la mujer resulta un primer paso hacia el desarrollo del feminismo. En la Inglaterra del dieciocho se escribe para la mujer y sobre ella, y el número de mujeres que publican aumenta de manera notable. Es así que los gustos y las preferencias de la mujer ejercen una importante influencia en el mercado editorial. Pero es también durante este siglo que la teología, la ley y la medicina formulan juicios erróneos sobre ella; algunos llegan a formar parte de la sabiduría popular. Veamos, a modo de ejemplo, el siguiente fragmento tomado de *A Medical Dictionary* (1743) de R. James M.D.:

HYSTERICA: ... the frequency of this Disease is not more remarkable than the Variety of Forms, by which it discovers itself, as it assumes the Appearance of almost every Distemper with which miserable Mortals are afflicted. [...]

It is to be observed, that all Women are not equally subject to this Disorder, but that it more particularly seizes Virgins, before their first menstrual Discharge, such as are marriageable, young Widows, and Wives; especially if they are full of Blood and Moisture, and have not borne Children: As, also, such as are brought up in Idleness, or are of a soft Texture and delicate Constitution...

[...] Besides, we have among others, the Testimony of *Aretaeus*, that young Women, whose nervous Systems are delicate and weak, who are of a tender Habit, and subject to exorbitant Sallies of lawless Passion, are in greater Danger of this spasmodic Disease, than those who are robust, hardy, laborious, and of a more steady Mind. [...]

There still remains another highly natural and efficacious Method of Cure, which is, that to be expected from Marriage. Reason, Experience, and the Authorities of the greatest Physicians, concur in pronouncing Matrimony highly beneficial in removing hysteric Disorders.⁶



A la mujer se le ataca en la sátira y se le elogia en obras que defienden su conducta. Sus obligaciones constituyen el tema de sermones y libros de conducta. Muchos de estos libros de corte ético se estructuran a partir de un personaje de ficción, por ejemplo, un padre devoto que lega a sus hijas un libro de consejos, con frecuencia escrito en forma epistolar (recordemos "A Father's Legacy to his Daughters" del Dr. John Gregory). Asimismo, las obras de ficción contienen también un fuerte propósito educativo.

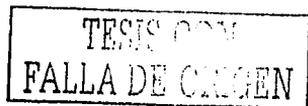
Gran parte de lo escrito en el dieciocho sobre la mujer no constituye la expresión de nuevas ideas, sin embargo, ayuda a que surja un nuevo público de lectoras y lectores interesados en discutir los derechos de la mujer. Las teorías políticas, como hemos visto, centran sus discusiones en el ciudadano como individuo y excluyen a la mujer de la vida pública. Todo esto pone en tela de juicio la situación de la mujer y se exige —de manera velada o abierta— cambios. Es así que encontramos voces anónimas, como la de 'Sophia', que se atreve a decir que la mujer, al igual que el hombre, puede ejercer una profesión, alistarse en el ejército o gobernar; en suma, tener poder:

...But why do the *Men* persuade themselves that we are less fit for public employments than they are? Can they give any better reason than custom, and prejudice, form'd in them by external appearances, for want of a closer examination? [...] And particularly with regard to *Women*, they wou'd be able to see, that if we have been subjected to their authority, it has been by no other law than that of the stronger: And that we have not been excluded from a share in the power and privileges which lift their sex above ours, for want of a natural capacity, or merit, but for want of an equal spirit of violence, shameless injustice, and lawless oppression, with theirs.

[...] It wou'd be extremely odd, they think, to see a *Woman* at the head of an army giving battle; or at the helm of a nation giving laws; pleading causes in a court of judicature; preceded in the street with sword, mace, and other ensigns of authority, as magistrates; or teaching rhetoric, medicine, philosophy, and divinity, in quality of university professors.

[...] If from time immemorial the *Men* had been so little envious, and so very impartial, as to do justice to our abilities, by admitting us to our right of sharing with them in public action, they wou'd have been as accustom'd to see us filling public offices, as we are to see them disgrace them; and to see a lady at a bar, or on a bench, wou'd have been no more strange, than it is now, to see a grave judge whimpering at his maid's knees, or, a lord embroidering his wife's petticoat.⁷

Si opinamos sobre el feminismo del dieciocho desde una perspectiva actual, hallaremos, con seguridad, contradicciones y vacíos en sus conceptos. Sin embargo, éstos logran formular nuevas reflexiones y maneras de pensar sobre la mujer, en especial, como parte de



un grupo social y político. Se pueden brindar varias lecturas al feminismo del dieciocho, y todas ellas resultan válidas. Se le puede considerar como punto de partida del feminismo de los siglos XIX y XX, o tan sólo un episodio más en la historia de la mujer. Pero consideremos un logro notable del feminismo del siglo XVIII: una nueva manera de pensar sobre la mujer no muy distante a la actual. Las feministas de ese siglo se ven influenciadas por las ideas científicas sobre la mujer y las convenciones sociales que rigen su conducta, por los consejos religiosos y morales, y por las imágenes que, acerca de la mujer, se crean en las obras de ficción. Todas estas formas de pensar e imaginar a la mujer dejan huellas profundas en la escritura femenina, y, por tanto, en el desarrollo de las ideas feministas. Es así que a finales del siglo XVIII se gestan cambios en las formas de pensar a la mujer.

También en este siglo se brinda reconocimiento a la escritora de acuerdo con un ideal femenino y no literario. Incluso la yuxtaposición de términos en la palabra *woman writer* resulta una paradoja. En otras palabras, *woman writer* une dos esferas irreconciliables —la privada y la pública—, al combinar un término neutral y femenino con otro que denota una profesión. Se establecen de este modo asociaciones no carentes de consecuencias. La doble moral establece formas de conducta para la escritora; ella debe comportarse como un ser débil, frágil, desamparado —en suma, una dama— y como tal será tratada en artículos y ensayos:

The nature of woman demands that to perfect it in life which must half lame it for art... Thus a woman-Shakspeare [sic] would really have to be doubly as great as the man Shakspeare, for he had not to bear a family with all its precious burdens; nor does it appear that he paid very much attention to his family when it had been borne for him. So that, if woman should never stand on an equality with her brother at his noblest height, she may fairly plead inequality at starting, and more hindrances by the way. Great writers are the exception amongst women. Women, who are happy in all hometies, and who amply fill the sphere of their love and life, must, in the very nature of things, very seldom become writers.*

La mujer, por tanto, debe hallar plenitud y satisfacción en una esfera de vida inferior a la del hombre. La mujer depende del hombre, y la educación, por tanto, debe encauzarla a encontrar un esposo y conservarlo. La sensibilidad, el recato, la delicadeza, la vivacidad y la religiosidad constituyen sus virtudes más importantes. Debido a la influencia de la mujer en la familia, ella debe permanecer aislada de la esfera pública para preservar la pureza de su espíritu. En resumen, la imagen convencional de la mujer encarna virtudes idealizadas, es

decir, todas aquellas inherentes a la naturaleza humana —la sensualidad, la vanidad, la avaricia, el egoísmo, etcétera—.

En el siglo XVIII, este ideal imposible hizo sumamente difícil la labor de la escritora, en especial si sus ideas eran distintas a las dictadas por la sociedad. Muchas fueron las opiniones en su contra y, aun cuando escribir se transformó en una profesión respetable, siempre existía un riesgo latente. Si el recato constituye la virtud esencial de la mujer, resulta inexplicable su deseo de publicar y ser famosa. La literatura, en cierta medida, pone al descubierto la intimidad del ser y, por tanto, una mujer modesta y delicada rehuye y aborrece la mirada escrutadora de extraños.

Es por esto que el acto mismo de publicar pone en entredicho el recato de la mujer, y cualquier acto de rebeldía provoca una feroz hostilidad. La mujer que se atreve a rebelarse abiertamente transgrede el ideal femenino, y por ello se justifican los ataques en su contra. Este es el caso de Mary Wollstonecraft, la más conocida de las feministas del siglo XVIII, cuyas críticas claras y abiertas en contra del ideal femenino se expresan en *A Vindication of the Rights of Women*, publicado en 1792. Las reformas que Wollstonecraft plantea en materia de educación, leyes y conducta resultan tan avanzadas que tuvo que transcurrir más de un siglo para que pudieran materializarse. Sin embargo, a pesar de la fuerza y solidez de sus argumentos, el escándalo que rodeó su vida personal tuvo un gran peso y esta doble moral la descalificó de inmediato ante los ojos de la sociedad.

Esta doble moral impuso un lastre poderoso: el ideal de la mujer pura, además de los estereotipos negativos sobre la escritora: la *bluestocking* y la solterona. La imagen opuesta a la mujer ideal es la escritora-solterona-*bluestocking*, a quien se considera fea, pedante, vanidosa y agresiva. Es por ello, que en el siglo XVIII las escritoras intentan defenderse de las críticas expresando claramente los buenos propósitos que las inducen a escribir. Muchas de ellas explican en los prefacios a sus obras que se vieron obligadas a publicar a causa de necesidades económicas. Otras afirman que sus intenciones son estrictamente morales: "to recommend and promote the Social and Domestic Virtues, by representing them as the only means of Happiness."⁹ Varias menosprecian su talento para apaciguar la indignación y el orgullo masculinos. Este es el caso de Fanny Burney quien,

ante el éxito de su novela *Evelina* (1776), publicada primero de manera anónima, explica que la escribió durante sus ratos libres y le pide a la crítica no juzgarla muy severamente:

TO THE
AUTHORS OF THE MONTHLY
AND CRITICAL REVIEWS

Gentlemen,

The liberty which I take in addressing to You the trifling production of a few idle hours, will, doubtless, move your wonder, and, probably, your contempt. I will not, however, with the futility of apologies, intrude upon your time, but briefly acknowledge the motives of my temerity: lest, by a premature exercise of the patience from which I hope to profit, I should abate of its benevolence, and be myself accessory to my own condemnation.

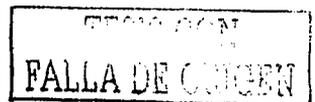
Without name, without recommendation, and unknown alike to success and disgrace, to whom can I so properly apply for patronage, as to those who publicly profess themselves Inspectors of all literary performances?¹⁰

Sin embargo, los logros individuales no ayudan a cambiar los estereotipos en torno a la escritora. Ya que escribir no es plenamente una ocupación apropiada para la mujer, las novelas y los ensayos se escriben en secreto o durante los ratos libres que se pueden rescatar del trajín diario de los quehaceres domésticos. Las mujeres solteras se cuidan de no mostrar talento intelectual alguno, ya que pueden perder su oportunidad en el mercado matrimonial. La escritora siempre corre el riesgo de padecer ataques personales, de ser la víctima de la curiosidad pública y de sufrir el ridículo. Incluso si tiene una vida ordenada y una reputación intachable, a la escritora del siglo XVIII la acecha la voz maliciosa de la especulación y de los chismes.

Es así que a lo largo de esta investigación se ha tratado de recrear diversas imágenes de la mujer en el siglo XVIII. También de mostrar que es en este siglo que la mujer comienza abiertamente a incursionar en diversos campos literarios. Las obras de ficción publicitaron lo privado y ayudaron a desarrollar, a partir de la segunda mitad del dieciocho, un culto hacia la sensibilidad que también mostró su influencia en el surgimiento del movimiento romántico. Otro propósito de esta investigación reside en el hecho de querer mostrar el papel activo de la mujer en los cambios culturales del dieciocho. Lo anterior, no tiene el afán único de exaltar a la mujer, ya que esa actitud podría, de manera paradójica, restar importancia a las relaciones de poder que vuelven invisible a la mujer. La sensibilidad es

TE. CON
FALLA DE ORIGEN

ejemplo de ello. Cuando se brinda una mayor importancia al discurso que privilegia las cualidades "femeninas", se olvidan muy fácilmente los otros discursos que subordinan la sensibilidad a las virtudes femeninas. La historia de la recepción de lo escrito por la mujer es la historia de una continua marginalización y represión. Para la mujer del dieciocho, escribir y publicar, constituye un acto transgresivo y, a la vez, liberador; una incursión en el mundo prohibido de la esfera pública. Un estudio sobre la historia literaria del dieciocho debe prestar especial atención a la posición ambivalente de la escritora. Lo escrito por la mujer brinda la oportunidad de hacer nuevas lecturas, pero también de leer la historia que ellas ayudaron a construir.



NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

¹Ruth Perry, *Women, Letters, and the Novel*, Nueva York, AMS Press, 1980, pp. 51-52.

²Alexander Pope, "The Dunciad", Book II, versos 152-166, en *Poetical Works*, edición de Herbert Davis, Londres, Oxford University Press, 1967, pp. 506-507.

[En la nota 157, página 507 de esta edición, Alexander Pope señala en una nota original a "The Dunciad":

In this game is exposed, in the most contemptuous manner, the profligate licentiousness of those shameless scribblers (for the most part of that Sex, which ought least to be capable of such malice and impudence) who in libellous Memoirs and Novels, reveal the faults or misfortunes of both sexes, to the ruin of public fame, or disturbance of private happiness. Our good poet (by the whole cast of his work being obliged not to take off the Irony) where he could not shew his indignation, hath shewn his contempt, as much as possible; having there drawn as vile a picture as could be represented in the colours of Epic poesy. SCRIBL.

Eliza Haywood; this woman was authoress of those most scandalous books called the Court of Carimania, and the New Utopia. For the *two babes of love*, see CURL, Key p. 22. But whatever reflection he is pleased to throw upon this Lady, surely it was what from him she little deserved, who had celebrated Curl's undertakings for *Reformation of manners*, and declared herself 'to be so perfectly acquainted with the *sweetness of his dispositions*, and that *tendernes with which he considered the errors of his fellow creatures*; that, though she should find the *little inadvertencies of her own life* recorded in his papers, she was certain it would be done in such a manner as she could not but approve'.]

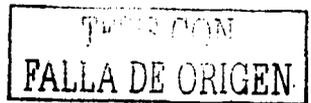
³Anne Finch, Countess of Winchilsea, "The Introduction" (1713), versos 1-2, en Sandra M. Gilbert & Susan Gubar, *The Norton Anthology of Literature by Women*, p. 100.

⁴Chagrin the Critick, "A Comparison Between the Two Stages" (1702), en *Women in the Eighteenth Century. Constructions of Femininity*, edición de Vivien Jones, Londres, Routledge, 1990, p. 144.

⁵Jane Spencer, *The Rise of the Woman Novelist: From Aphra Behn to Jane Austen*, Oxford, Basil Blackwell, 1987, p. 76.

⁶*Ibid*, versos 152-166, p. 78.

⁷*Idem*.



NOTAS AL CAPÍTULO I

¹Virginia Woolf, "Women and Fiction", en *Women and Writing*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1979, p. 44.

²Elaine Showalter, "Toward a Feminist Poetics", en Elaine Showalter, ed., *The New Feminist Criticism. Essays on Women, Literature and Theory*, Nueva York, Pantheon Books, 1985, p. 128.

³*Ibid*, p. 129.

⁴Dale Spender, *Mothers of the Novel*, Nueva York, Pandora, 1986, p. 14.

⁵Charlotte Lennox, *The Female Quixote or the Adventures of Arabella*, "Preface", Nueva York, Oxford University Press, 1989.

⁶Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of their True and Gentle Interest" (1694), (3rd. edn 1696), en *Women in the Eighteenth Century. Constructions of Femininity*, Vivien Jones, ed., Londres, Routledge, 1990, p. 199.

⁷Jane Spencer, *op. cit.*, p. 7.

⁸*Idem*.

⁹"Critical Review" 33, "Virtue in Distress; or the History of Miss Sally Pruen, and Miss Laura Spencer" By a Farmer's Daughter in Gloucestershire (1772), p. 472, en Jane Spencer, *op. cit.*, p. 34.

¹⁰Elaine Showalter, *A Literature of their Own*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1977, p. 17.

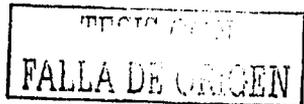
¹¹Jane Todd, ed., "Introduction", *A Dictionary of British and American Women Writers 1650-1800*, Londres, Methuen, 1984, p. 10.

¹²Ian Watt, *The Rise of the Novel*, Hammondsorth, Penguin Books, 1979, pp. 339-340.

¹³Myra Reynolds, *The Learned Lady in England 1650-1760*, Gloucester, Massachussetts, Peter Smith, 1964, pp. 89-91.

¹⁴Elaine Showalter, *op. cit.*, p. 17.

¹⁵Dale Spender, *op. cit.*, pp. 5-6.



- ¹⁶Ellen Moers, *Literary Women*, Nueva York, Doubleday, 1985, p. 29.
- ¹⁷Jane Spencer, *op. cit.*, pp. 17-18.
- ¹⁸Antonia Fraser, *The Weaker Vessel: Woman's Lot in the Seventeenth Century England*, Nueva York, Vintage Books, 1994, p. 95.
- ¹⁹*Ibid.*, p. 100.
- ²⁰Elaine Showalter, *op. cit.*, p. 17.
- ²¹Trevelyan, G.M., *English Social History*, Harmondsworth, Penguin Books, 1970, p. 565.
- ²²George Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 6, Traducción de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus Ediciones, 1993, p. 92.
- ²³Ruth Perry, *Women, Letters, and the Novel*, Nueva York, AMS Press, 1980, p. 27, p. 28, p. 30, p. 32.
- ²⁴Voltaire, (François-Marie Arouet), *Cartas filosóficas*, Treceava carta: "Sobre el Sr. Locke", Traducción de Fernando Savater, Barcelona, Ediciones Altaya, S. A., 1993, p. 67.
- ²⁵Alice Browne, *The Eighteenth Century Feminist Mind*, Londres, The Harvester Press, 1987, p. 14, p. 20.
- ²⁶Alexander Pope, "An Essay on Man", Epistle II, en *The Oxford Anthology of English Literature*, vol. I, edición de Frank Kermode y John Hollander, Nueva York, Oxford University Press, 1973, p. 1891.
- ²⁷Ernst Cassirer, *La filosofía de la Ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 21-22.
- ²⁸Ian Watt, *op. cit.*, p. 68.
- ²⁹G. M. Trevelyan, *op. cit.*, p. 538.
- ³⁰*Ibid.*, p. 530.
- ³¹*Ibid.*, p. 532.
- ³²*Ibid.*, pp. 534-536.
- ³³Juan Jacobo Rousseau, *Emilio o de la educación*, México, Editorial Porrúa, S.A., 1993, p. 279.

³⁴ *Ibid.*, p. 122.

³⁵ *Ibid.*, p. 146.

³⁶ *Ibid.*, p. 289.

³⁷ *Ibid.*, pp. 291-292.

³⁸ *Ibid.*, p. 295.

³⁹ *Ibid.*, pp. 312-313,

⁴⁰ *Ibid.*, p. 278.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 283-284.

⁴² *Ibid.*, p. 278.

⁴³ *Ibid.*, p. 283.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 279.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 281.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 280.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 279.

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *Ibid.*, p. 304.

⁵⁰ Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies" (1694), en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, pp. 116-117.

⁵¹ Janet Todd, ed., *op. cit.*, p. 4.

⁵² *Ibid.*, p. 6.

⁵³ Antonia Fraser, *op. cit.*, pp. 124-125.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 129.

- ⁵⁵Virginia Woolf, *Un cuarto propio*, traducción de Jorge Luis Borges, México, Colofón, 1994, p. 59.
- ⁵⁶Eliza Haywood, "The Female Spectator" (1746), en *The Female Spectator: English Women Writers before 1800*, edición de Mary Mahl & Helene Koon, Bloomington, Indiana University Press, 1989, pp. 227, 235-236.
- ⁵⁷Ian Watt, *op. cit.*, p. 85.
- ⁵⁸*Ibid.*, p. 74.
- ⁵⁹*The Norton Anthology of Literature by Women, op. cit.*, p. 40.
- ⁶⁰G. M. Trevelyan, *op. cit.*, pp. 310-312, pp. 314-316.
- ⁶¹*The Norton Anthology of Literature by Women, op. cit.*, p. 43.
- ⁶²Juan A. Ortega y Medina, *Destino manifesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, pp. 87-88.
- ⁶³*Ibid.*, pp. 90-92.
- ⁶⁴Perry Miller, *El pensamiento de Nueva Inglaterra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 24.
- ⁶⁵Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, pp. 98-99.
- ⁶⁶Ian Watt, *op. cit.*, p. 66.
- ⁶⁷*Ibid.*, p. 68.
- ⁶⁸G. M. Trevelyan, *op. cit.*, p. 320.
- ⁶⁹*Ibid.*, p. 271.
- ⁷⁰*Ibid.*, *passim*, pp. 260-270.
- ⁷¹Voltaire, Sexta carta: "Sobre los presbiterianos", *op. cit.*, p. 37.
- ⁷²*The Oxford Anthology of English Literature, op. cit.*, pp. 2017-2018.
- ⁷³Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1988, p. 4.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

⁷⁴*Ibid.*, p. 1.

⁷⁵Joseph Addison, "Spectator", No. 69, May 19, 1711, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, pp. 2028-2029.

⁷⁶G. M. Trevelyan, *op. cit.*, pp. 446-449.

⁷⁷Voltaire, Décima carta: "Sobre el comercio", *op. cit.*, p. 51.

⁷⁸G. M. Trevelyan, *op. cit.*, pp. 460-465.

⁷⁹Alexander Pope, "Epistle III", en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1894.

⁸⁰Phillis Wheatley, "Poems on Various Subjects, Religious and Moral" (1773), en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 133.

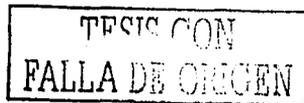
⁸¹*Ibid.*, p. 60.

⁸²Anne Bradstreet, "The Prologue", *Ibid.*, pp. 61-62.

⁸³*Ibid.*, p. 56.

⁸⁴Virginia Woolf, "Aphra Behn", en *Women and Writing*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1979, pp. 89-90.

⁸⁵Mary Astell, "Reflections upon Marriage" (1700; 1730), en Ruth Perry *The Celebrated Mary Astell*, Chicago, The University of Chicago Press, 1986, p. 159.



NOTAS AL CAPÍTULO II

¹Alexander Pope, "Epistle to a Lady", versos 41-52, en *The Oxford Anthology of English Literature*, vol. I, *op. cit.*, p. 1904.

²Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, "The Queen's Looking Glass: Female Creativity, Male Images of Women, and the Metaphor of Literary Paternity" (*passim*), en *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*, New Haven, Conn., Yale University Press, 1984.

³Coventry Patmore, "The Angel in the House" en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 168.

⁴Virginia Woolf, "Professions for Women" (1931), en *Women and Writing*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1979, p. 59.

⁵Joseph Swetnam, "The Arraignment of Lewd, Idle, Forward and Unconstant Women" (1615), en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 50.

⁶Hélène Cixous, "Sorties: Out and Out: Attacks/Ways Out/Forays", en *The Newly Born Woman*, edición de Hélène Cixous y Catherine Clément, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988, p. 63.

⁷*Ibid.*, p. 64.

⁸*Idem.* Las cursivas son mías.

⁹James Joyce, "Proteus", en *Ulysses*, Nueva York, Random House, 1946, p. 48.

¹⁰Ben Jonson, "Come, My Celia", en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1077.

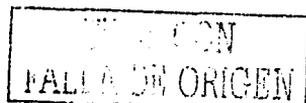
¹¹Andrew Marvell, "To His Coy Mistress", en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, pp. 1148-1149.

¹²Ben Jonson, "To Fine Lady Would-Be", en *The Portable Elizabethan Reader*, edición de Hiram Haydn, Nueva York, The Viking Press, 1960, p. 671.

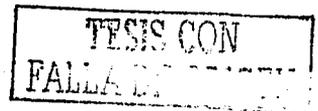
¹³John Donne, "Song: Go and Catch a Falling Star", en *The Norton Anthology of English Literature*, vol. I, edición de M. H. Abrams, Nueva York, W. W. Norton & Co., p. 1183.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

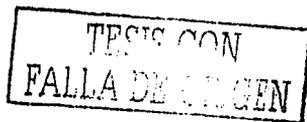
- ¹⁴Ben Jonson, "If I Freely May Discover", en *The Portable Elizabethan Reader*, *op. cit.*, p. 674.
- ¹⁵John Wilmot, "A Song", en *The Penguin Book of Restoration Verse*, edición de Harold Love, Harmondsworth, Penguin Books, 1968, p. 166.
- ¹⁶Alexander Brome, "A Wife", en *The Penguin Book of Restoration Verse*, *op. cit.*, pp. 171-172.
- ¹⁷William Congreve, "The Way of the World", en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1699.
- ¹⁸*Ibid.*, pp. 1712-1713.
- ¹⁹William Wycherley, "To His Friend, a Cautious Lover", en Katharine M. Rogers, *The Troublesome Helpmate: A History of Mysogyny in Literature*, Seattle, University of Washington Press, 1966, p. 163.
- ²⁰*Idem.*
- ²¹William Wycherley, "The Country Wife", acto I, escena I, en *Four Great Comedies of the Restoration and the Eighteenth Century*, Nueva York, Bantam Books, Inc., 1971, p. 15.
- ²²John Dryden, Song from "Marriage A-la-Mode", en *The Penguin Book of Restoration Verse*, *op. cit.*, p. 175.
- ²³Alexander Pope, "The Rape of the Lock", Canto I, versos 121-128, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1871.
- ²⁴Alexander Pope, "The Rape of the Lock", Canto IV, versos 103-110, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1882.
- ²⁵Alexander Pope, "The Rape of the Lock", Canto II, versos 105-109, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1874.
- ²⁶Alexander Pope, "The Rape of the Lock", Canto V, versos 9-12; 15-18; 25-28; 33-34, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, pp. 1884-1885.
- ²⁷Alexander Pope, "The Rape of the Lock", Canto IV, versos 60-65, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1881.
- ²⁸*The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 98.
- ²⁹Anne Finch, "The Spleen. A Pindaric Poem" (1711), versos 90-93, en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 109.



- ³⁰Alexander Pope, "Epistle II. To a Lady", verso 2, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1903.
- ³¹*Ibid.*, verso 4, p. 1903.
- ³²*Ibid.*, versos 37-40, p. 1904.
- ³³*Ibid.*, verso 43, p. 1904.
- ³⁴*Ibid.*, versos 1-4, p. 1903.
- ³⁵*Ibid.*, versos 269-272, p. 1910.
- ³⁶*Ibid.*, versos 269-292, p. 1910.
- ³⁷*Ibid.*, versos 199-206, p. 1908.
- ³⁸*Ibid.*, versos 219-268, pp. 1908-1909.
- ³⁹Jonathan Swift, "The Lady's Dressing Room", verso 118, en *Jonathan Swift: The Complete Poems*, edición de Pat Rogers, Harmondsworth, Penguin Classics, 1983, p. 451.
- ⁴⁰*Ibid.*, verso 36, p. 449.
- ⁴¹*Ibid.*, versos 11-12, p. 448.
- ⁴²*Ibid.*, versos 20-22, p. 449.
- ⁴³*Ibid.*, versos 27-28, p. 449.
- ⁴⁴*Ibid.*, versos 120-122, p. 451.
- ⁴⁵*Ibid.*, versos 135-136; 141-144, p. 452.
- ⁴⁶Jonathan Swift, "A Beautiful Young Nymph Going to Bed", versos 65-68, en *The Complete Poems*, *op. cit.*, p. 455.
- ⁴⁷Jonathan Swift, "The Lady's Dressing Room", versos 75-82, en *op. cit.*, p. 450.
- ⁴⁸Felicity Nussbaum, *English Satires on Women, 1660-1750*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1984, p. 105.
- ⁴⁹Jonathan Swift, "Stella's Birthday" (1727), versos 73-76, en *The Complete Poems*, *op. cit.*, p. 315.



- ⁵⁰Jonathan Swift, "Stella's Birthday" (1725), versos 45-54, en *The Complete Poems, op. cit.*, pp. 286-287.
- ⁵¹Jonathan Swift, "To Stella, Visiting me in My Sickness", versos 85-92, en *The Complete Poems, op. cit.*, p. 203.
- ⁵²Jonathan Swift, "To Lord Harley, since Earl of Oxford, on His Marriage", versos 13-22, en *The Complete Poems, op. cit.*, p. 128.
- ⁵³*Ibid.*, versos 39-46, p. 129.
- ⁵⁴*Ibid.*, versos 53-64, p. 129.
- ⁵⁵Denis Donoghue, *Jonathan Swift: A Critical Introduction*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, p. 191.
- ⁵⁶Jonathan Swift, "To a Lady", versos 35-42, en *The Complete Poems, op. cit.*, p. 515.
- ⁵⁷Jonathan Swift, "A Letter to a Young Lady on Her Marriage", en *Women in the Eighteenth Century. Constructions of Femininity*, edición de Vivien Jones, Londres, Routledge, 1990, p. 37.
- ⁵⁸Felicity Nussbaum, *English Satires on Women, 1660-1750, op. cit.*, p. 4.
- ⁵⁹Mary Collier, "The Woman's Labour", en *Women in the Eighteenth Century. Constructions of Femininity*, edición de Vivien Jones, Londres, Routledge, versos 1-14; 112- 126, p. 154-155.



NOTAS AL CAPÍTULO III

¹Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies", Part II, 1696, en Ruth Perry, *The Celebrated Mary Astell*, Chicago, The University of Chicago Press, 1986, p. 56.

²Felicity Nussbaum, *English Satires on Women, 1660-1750*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1984, p. 6.

³Proverbios 31:13, *ibid.*, p. 117.

⁴Joseph Addison, "Spectator", No. 15, (17 March, 1711), en Alice Browne, *The Eighteenth Century Feminist Mind*, Londres, The Harvester Press, 1987, p. 6.

⁵John Bennett, "Strictures on Female Education Chiefly as It Relates to the Culture of the Heart" (1795), en *The Eighteenth Century Feminist Mind*, *op. cit.*, p. 7.

⁶François de Salignac de la Mothe-Fénélon, traducción del Rev. T.F. Dibdin, "Treatise on the Education of Daughters" (1687), primera traducción al inglés (1707), esta traducción: 1805, en *The Eighteenth Century Feminist Mind*, *op. cit.*, p. 102.

⁷Joseph Addison, "Party Patches", 'The Spectator', No. 81, Saturday, June 2, 1711, en *The Norton Anthology of English Literature*, vol. I, edición de M. H. Abrams, Nueva York, W. W. Norton & Co., 1974, p. 2114.

⁸Dr. John Gregory, "A Father's Legacy to his Daughters" (1774), en *Women in the Eighteenth Century. Constructions of Femininity*, *op. cit.*, p. 46.

⁹Vicesimus Knox, "Of the Insensibility of the Men to the Charms of a Female Mind Cultivated with Polite and Solid Literature. In a Letter", *Essays Moral and Literary* (1779), en *Women in the Eighteenth Century. Constructions of Femininity*, *op. cit.*, p. 109.

¹⁰Lord Chesterfield (Philip Dormer Stanhope, 4th Earl of Chesterfield), "The Letters of Lord Chesterfield to His Son", en Katharine M. Rogers, *The Troublesome Helpmate. A History of Misogyny in Literature*, *op. cit.*, p. 178.

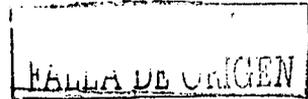
¹¹Alexander Pope, "The Rape of the Lock", Canto V, versos 15-18, en *The Oxford Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 1885.

¹²Ruth Perry, *Women, Letters, and the Novel*, *op. cit.*, p. 52.

¹³Felicity Nussbaum, *English Satires on Women, 1660- 1750*, *op. cit.*, p. 113.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

- ¹⁴James Miller, "The Humours of Oxford" (1730), en *The Troublesome Helpmate. A History of Misogyny in Literature*, *op. cit.*, p. 180.
- ¹⁵Richard Polwhele, "The Unsex'd Females: A Poem" (1798), versos 11-16, 63-66, en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 186, 187, 188.
 "Unsex me now" son las palabras que pronuncia Lady Macbeth en la obra de Shakespeare y que el espectador vincula a su ambición desmedida. Al ponerle como título del poema "The Unsex'd Females" exagera, por asociación, la "falta" y sugiere así que escribir y publicar es una suerte de crimen que cometen algunas mujeres. (Nota de Argentina Rodríguez)
- ¹⁶Hannah More, "Strictures on the Modern System of Female Education" (1799), *op. cit.*, pp. 131, 133-134, 137.
- ¹⁷Susannah Centlivre, "To the World" en *Works* (1761), *op. cit.*, pp. 168-169.
- ¹⁸Dr. John Gregory, "A Father's Legacy to His Daughters" (1774), *op. cit.*, pp. 46-47.
- ¹⁹Oliver Goldsmith, "The Ladies' Magazine" (1760), en *The Troublesome Helpmate. A History of Misogyny in Literature*, *op. cit.*, p. 185.
- ²⁰Dr. John Gregory, "A Father's Legacy to His Daughters" (1774), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 50.
- ²¹*Ibid.*, p. 46. Las cursivas son más.
- ²²*Ibid.*, p. 47.
- ²³*The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 53.
- ²⁴*Idem.*
- ²⁵Weitenhall Wilkes, "A Letter of Genteel and Moral Advice to a Young Lady" (1740), octava edición 1766, en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 35.
- ²⁶Ruth Perry, *Women, Letters, and the Novel*, *op. cit.*, p. 50.
- ²⁷*Ibid.*, p. 62.
- ²⁸*Ibid.*, p. 55.
- ²⁹Joseph Addison, "The Aims of the Spectator", 'The Spectator', No. 10, Monday, March 12, 1711, en *The Norton Anthology of English Literature*, *op. cit.*, p. 2122.



- ³⁰Anne Finch, "The Introduction" (1713), versos 1-20, 51-64, en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, pp. 100-102. Las cursivas son mías.
- ³¹Anónimo, "A Essay in Defence of the Female Sex" (1696), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 208.
- ³²*The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 57.
- ³³*Idem.*
- ³⁴'A Physician', "The Pleasures of Conjugal Love Explained. In an Essay Concerning Human Generation" (1740), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 81-82.
- ³⁵Catherine Macaulay Graham, "Letters on Education" (1790), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 101.
- ³⁶Catherine Macaulay Graham, "Letters on Education", Part One, Letter IV (1790), *op. cit.*, pp. 112, 113-114. Las cursivas son mías.
- ³⁷Catherine Macaulay Graham, "Letters on Education", Part One, Letter XXIV (1790), *op. cit.*, pp. 115-116. Las cursivas son mías.
- ³⁸Mary Hays, "Appeal to the Men of Great Britain in Behalf of the Women" (1798), *op. cit.*, p. 231.
- ³⁹Katharine M. Rogers, *op. cit.*, pp. 3-4.
- ⁴⁰Anónimo, "An Essay in Defence of the Female Sex" (1696), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 207-208.
- ⁴¹Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of their True and Greatest Interest" (1694), en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, pp. 113, 114.
- ⁴²Ruth Perry, *The Celebrated Mary Astell*, *op. cit.*, p. 106.
- ⁴³Felicity Nussbaum, *English Satires on Women, 1660-1750*, *op. cit.*, p. 11.
- ⁴⁴Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of their True and Greatest Interest" (1694), en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 116.
- ⁴⁵Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of their True and Greatest Interest" (1694), 3rd. ed. 1696, en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 200-201.

⁴⁶Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of their True and Greatest Interest" (1694), en *The Norton Anthology of Literature by Women*, *op. cit.*, p. 114.

⁴⁷*Ibid.*, p. 116.

⁴⁸*Idem.*

⁴⁹Mary Astell, "A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of their True and Greatest Interest", (1694), 3rd. ed. 1696, en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 201.

⁵⁰Ruth Perry, *The Celebrated Mary Astell*, *op. cit.*, p. 99.

Esta afirmación se basa en la nota de la página 487 del texto de Ruth Perry: "The anonymous 'Mary Astell: A Seventeenth Century Advocate for Women,' *Westminster Review* 149 (April 1898): 440-449 refers to Mary Astell as a feminist forerunner; a review of Charlotte Perkins [Gilman] in *The Englishwoman's Review* (October 16, 1899) compares Astell at the close of the seventeenth century to Wollstonecraft at the close of the eighteenth century, and to Perkins [Gilman] at the close of the nineteenth century."

⁵¹*Ibid.*, p. 100.

⁵²'Anne Frances Randall' [Mary Robinson], "A Letter to the Women of England, on the Injustice of Mental Subordination" (1799), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 239.

⁵³*Ibid.*, pp. 238, 241.

⁵⁴*Ibid.*, p. 242.

⁵⁵*Ibid.*, p. 241.

⁵⁶Alice Browne, *op. cit.*, p. 102.

⁵⁷Mary Astell, "A Serious Proposal for the Ladies, for the Advancement of their True and Great Interest", 1694, 3rd. ed. 1696, en Vivien Jones, *op. cit.*, p. 198.

⁵⁸*Ibid.*, p. 199.

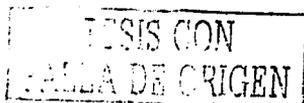
⁵⁹Katharine M. Rogers, *op. cit.*, p. 4.

⁶⁰Richard Polwhele, "The Unsex'd Females: A Poem" (1798), versos 87-96, 99-104, en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 188.

⁶¹Mary Wollstonecraft, "Author's Introduction", en *A Vindication of the Rights of Woman* (1792), Harmondsworth, Penguin Books, 1992, pp. 79, 83.



- ⁶²Mary Wollstonecraft, Chapter II "The Prevailing Opinion of a Sexual Character Discussed", *op. cit.*, pp. 100, 118, 120.
- ⁶³Mary Wollstonecraft, "Author's Introduction", *op. cit.*, p. 81.
- ⁶⁴Simone de Beauvoir, "Los hechos y los mitos", en *El segundo sexo*, Traducción de Pablo Palant, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1981, p. 17.
- ⁶⁵Priscilla Wakefield, "Reflections on the Present Condition of the Female Sex; with Suggestions for its Improvement" (1798), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 123-124.
- ⁶⁶Wetenhal Wilkes, "A Letter of Genteel and Moral Advice to a Young Lady" (Dublin, 1740), en Alice Browne, *op. cit.*, p. 106.
- ⁶⁷*Ibid.*, p. 125.
- ⁶⁸*Ibid.*, p. 114.
- ⁶⁹Alexander Jardine, *Letters from Barbary*, 2 vols. (London, 1788), vol. 2, p. 495, en Alice Browne, *op. cit.*, p. 114, nota p. 201.



126

NOTAS A CONSIDERACIONES FINALES

- ¹Mary Robinson, "The False Friend", en Alice Browne, *The Eighteenth Century Feminist Mind*, *op. cit.*, p. 154.
- ²Mary Hays, "Appeal to the Men of Great Britain in behalf of the Women" (1798), en *Women in the Eighteenth Century. Constructions of Femininity*, *op. cit.*, p. 236.
- ³Alexander Pope, "Epistle to a Lady", versos 271-272, en *The Oxford Anthology of English Literature*, vol. I, edición de Frank Kermode y John Hollander, Nueva York, Oxford University Press, 1973, p. 1910.
- ⁴'Sophia', "Beauty's Triumph: or, The Superiority of the Fair Sex invincibly proved" (1751), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 226-227.
- ⁵John Bennett, "Strictures on Female Education" en Alice Browne, *op. cit.*, p. 7.
- ⁶R. James, M.D., *A Medical Dictionary* (1743), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 85-86.
- ⁷'Sophia', "Beauty's Triumph: or, The Superiority of the Fair Sex, invincibly proved" (1751), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, pp. 229-230.
- ⁸Gerard Massey, "North British Review", XXXVI (1762), p. 271, en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 180.
- ⁹Clara Reeve, "Plans of Education; with Remarks on the Systems of other Writers" (1792), en Vivien Jones, ed., *op. cit.*, p. 117.
- ¹⁰Fanny Burney, *Evelina*, Nueva York, Oxford University Press, 1982, p. 3.

BIBLIOGRAFÍA

- Backsreider, Paula R., ed., *Revising Women: Eighteenth Century "Women's Fiction" and Social Engagement*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2000.
- Backsreider, Paula R. & Dykstal, Timothy, eds., *The Intersection of the Public and Private Spheres in Early Modern England*. Portland, Oregon, Frank Cass, 1996.
- Backsreider, Paula R. & Richetti, John J., eds., *Popular Fiction by Women 1660-1730. An Anthology*. Oxford, Oxford University Press, 1996.
- Bannet, Eve Tavor, *The Domestic Revolution. Enlightenment Feminisms and the Novel*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2000.
- Barney, Richard A., *Plots of Enlightenment. Education and the Novel in Eighteenth Century England*. Stanford, Stanford University Press, 1999.
- Behn, Aphra, *The Rover and other Plays: The Rover, The Feigned Courtesans, The Lucky Chance, The Emperor of the Moon*. Oxford, Oxford University Classics, 1995.
- _____, *Oroonoko and other Stories*. Köln, Könnemann Verlagsgesellschaft, 1999.
- Bridenthal, Renata, ed., *Becoming Visible. Women in European History*. Boston, Houghton Mifflin, Co., 1977.
- Brooks, Peter, *Body Work. Objects of Desire in Modern Narrative*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1993.
- Brophy, Elizabeth Bergen, *Women's Lives and the 18th-Century English Novel*. Tampa, University of South Florida, 1991.
- Browne, Alice, *The Eighteenth Century Feminist Mind*. Londres, The Harvester Press, 1987.
- Burney, Fanny, *Evelina*. Nueva York, Oxford University Press, 1982.
- Butt, John, ed., *The Mid-Eighteenth Century*. Oxford, Clarendon Press, 1979.
- Colby, Vineta, *Yesterday's Woman: Domestic Realism in the English Novel*. Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1974.
- Davidson, Cathy N. & Brone, E.M., eds., *The Lost Tradition: Mothers and Daughters in Literature*. Nueva York, Frederick Ungar, 1980.

- Décimo Junio Juvenal, *Sátiras*. Introducción, traducción y notas de Roberto Heredia Correa, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- Doody, Margaret Anne, *The True Story of the Novel*. Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1997.
- Duby, George & Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*. Vol. 6, Traducción de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus Ediciones, 1993.
- Eagleton, Mary, ed., *Feminist Literary Theory*. Londres, Basil Blackwell, 1988.
- Ellmann, Mary, *Thinking about Women*. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, Publishers, 1968.
- Ferguson, Mary Anne, *Images of Women in Literature*. Boston, Houghton Mifflin, 1977.
- Finke, Laura A., *Feminist Theory, Women's Writing*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1992.
- Flint, Christopher, *Family Fictions. Narrative and Domestic Relations in Britain. 1688-1798*. Stanford, Stanford University Press, 1998.
- Fraiman, Susan, *Unbecoming Women. British Women Writers and the Novel of Development*. Nueva York, Columbia University Press, 1993.
- Fraser, Antonia, *The Weaker Vessel: Woman's Lot in the Seventeenth Century England*. Nueva York, Vintage Books, 1994.
- Gilbert, Sandra M. & Gubar, Susan, eds., *The Norton Anthology of Literature by Women*. Nueva York, W.W. Norton & Co., 1985.
- _____, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*. New Haven, Conn., Yale University Press, 1984.
- Haydn, Hiram, *The Portable Elizabethan Reader*. Nueva York, The Viking Press, 1960.
- Haywood, Eliza, *The History of Miss Betsy Thoughtless*. Nueva York, Oxford University Press, 1997.
- _____, *The Injur'd Husband and Lasselia*. Lexington, The University Press of Kentucky, 1999.
- Heilbrun, Carolyn & Higonnet, Margaret, eds., *The Representation of Women in Fiction*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982.

- Henderson, Philip, *Shorter Novels: Seventeenth Century*. Londres, Everyman's Library, 1967.
- Jacobus, Mary, ed., *Reading Woman: Essays in Feminist Criticism*. Londres, Methuen, 1987.
- Jones, Vivien, ed., *Women in the Eighteenth Century: Constructions of Femininity*. Londres, Routledge, 1990.
- _____, ed., *Women and Literature in Britain, 1700-1800*. Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- Kahn, Madeline, *Narrative Transvestism. Rethoric and Gender in the Eighteenth-Century English Novel*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1991.
- Lennox, Charlotte, *The Female Quixote or the Adventures of Arabella*. Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- Love, Harold, ed., *The Penguin Book of Restoration Verse*. Hardmondsworth, Penguin Books, 1968.
- MacCarthy, B.G., *The Female Pen. Women Writers and Novelists, 1621-1818*. Nueva York, New York University Press, 1994.
- Mahl, Mary R. & Koon, Helene, *The Female Spectator: English Women Writers before 1800*. Bloomington, Indiana University Press, 1977.
- Mandel, Laura, *Misogynous Economies. The Business of Literature in Eighteenth-Century England*. Lexington, The University Press of Kentucky, 1999.
- Miles, Rosalind, *The Female Form. Women Writers and the Conquest of the Novel*. Nueva York, Routledge, 1987.
- Mill, John Stuart, *On Liberty*. Londres, Penguin, 1985.
- Moers, Ellen, *Literary Women*. Nueva York, Doubleday, 1985.
- Nussbaum, Felicity, *The Brink of All We Hate. English Satires on Women, 1660-1750*. Lexington, Kentucky, The University Press of Kentucky, 1984.
- _____, *The Autobiographical Subject: Gender and Ideology in the Eighteenth Century England*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995.
- Nussbaum, Felicity & Brown, Laura, eds., *The New 18th Century: Theory-Politics-English Literature*. Nueva York, Methuen, 1987.

- Perry, Ruth, *Women, Letters, and the Novel*. Nueva York, AMS Press, 1980.
- _____, *The Celebrated Mary Astell*. Chicago, The University of Chicago Press, 1986.
- Poovey, Mary, *The Proper Lady and the Woman Writer: Ideology as Style in the Works of Mary Wollstonecraft, Mary Shelley and Jane Austen*. Chicago, Chicago University Press, 1984.
- Rabine, Leslie, *Reading the Romantic Heroine: Text, History, Ideology*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 1984.
- Reynolds, Myra, *The Learned Lady in England 1650-1760*. Gloucester, Massachusetts, Peter Smith, 1964.
- Rogers, Katharine M., *The Troublesome Helpmate: A History of Misogyny in Literature*. Seattle, University of Washington Press, 1966.
- Rogers, Katharine M. & McCarthy, William, eds., *The Meridian Anthology of Early Women Writers: British Literary Women from Aphra Behn to Maria Edgeworth, 1660-1800*. Nueva York, Meridian Books, 1987.
- Rogers, Pat, ed., *Jonathan Swift: The Complete Poems*. Hardmonsworth, Penguin Classics, 1983.
- Rousseau, Juan Jacobo, *Emilio o de la educación*. México, Editorial Porrúa, S.A., 1993.
- Ruthven, K.K., *Feminist Literary Studies: An Introduction*. Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1984.
- Scheuermann, Mona, *Her Bread to Earn: Women, Money and Society from Defoe to Austen*. Lexington, The University Press of Kentucky, 1993.
- Schofield, Mary Anne, *Masking and Unmasking the Female Mind. Disguising Romances in Female Fiction*. Newark, University of Delaware Press, 1990.
- Showalter, Elaine, *The Double Standard: Criticism of Women Writers in England 1845-1880*. Los Angeles, University of California Press, 1970.
- _____, *A Literature of their Own*. Princeton, N.J., Princeton University Press, 1977.
- _____, *The Female Malady*. Nueva York, Penguin, 1985.
- _____, ed., *Feminist Criticism*. Nueva York, Pantheon Books, 1985.

- _____, ed., *Speaking of Gender*. Nueva York, Routledge, 1991.
- Spacks, Patricia Meyer, *The Female Imagination*. Nueva York, Alfred A Knopf, 1975.
- _____, *Desire and Truth: Functions of Plot in Eighteenth Century Novels*. Chicago, The University of Chicago Press, 1990.
- _____, *Imagining a Self: Autobiography and the Novel in the Eighteenth Century*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1976.
- Spencer, Jane, *The Rise of the Woman Novelist: From Aphra Behn to Jane Austen*. Oxford, Basil Blackwell, 1987.
- Spender, Dale, *Mothers of the Novel*. Nueva York, Pandora, 1986.
- Steeves, Harrison R., *Before Jane Austen: The Shaping of the English Novel in the Eighteenth Century*. Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1965.
- Todd, Janet, ed., *Gender and Literary Voice*. Nueva York, Holmes & Meier, 1983.
- Todd, Jane, *The Sign of Angelica: Women, Writing and Fiction 1650-1800*. Londres, Virago, 1989.
- Voltaire (François-Marie Arouet), *Cartas filosóficas*. Traducción de Fernando Savater, Barcelona, Ediciones Altaya, S.A., 1993.
- Warner, William B., *Licensing Entertainment. The Elevation of Novel Reading in Britain, 1684-1750*. Berkeley, University of California Press, 1998.
- Wilcox, Helen, et al., eds., *The Body and the Text*. Hertfordshire, Gran Bretaña, Harvester Wheatsheaf, 1990.
- Wollstonecraft, Mary, *A Vindication of the Rights of Woman*. Harmondsworth, Penguin Books, 1992.
- Woolf, Virginia, *The Death of the Moth and Other Essays*. Londres, Penguin Modern Classics, 1961.
- _____, *A Room of One's Own*. Nueva York, Harvester Brace Jovanovich, 1957.
- _____, *Un cuarto propio*. Traducción de Jorge Luis Borges, México, Colofón, 1994.
- _____, *Collected Essays*. Londres, Penguin, 1967.
- _____, *Moments of Being (Unpublished Autobiographical Writings)*. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1979.

- _____, *Women and Writing*. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1979.
- Wycherley, William., "The Country Wife" en *Four Great Comedies of the Restoration and the Eighteenth Century*. Nueva York, Bantam Books, Inc., 1971.